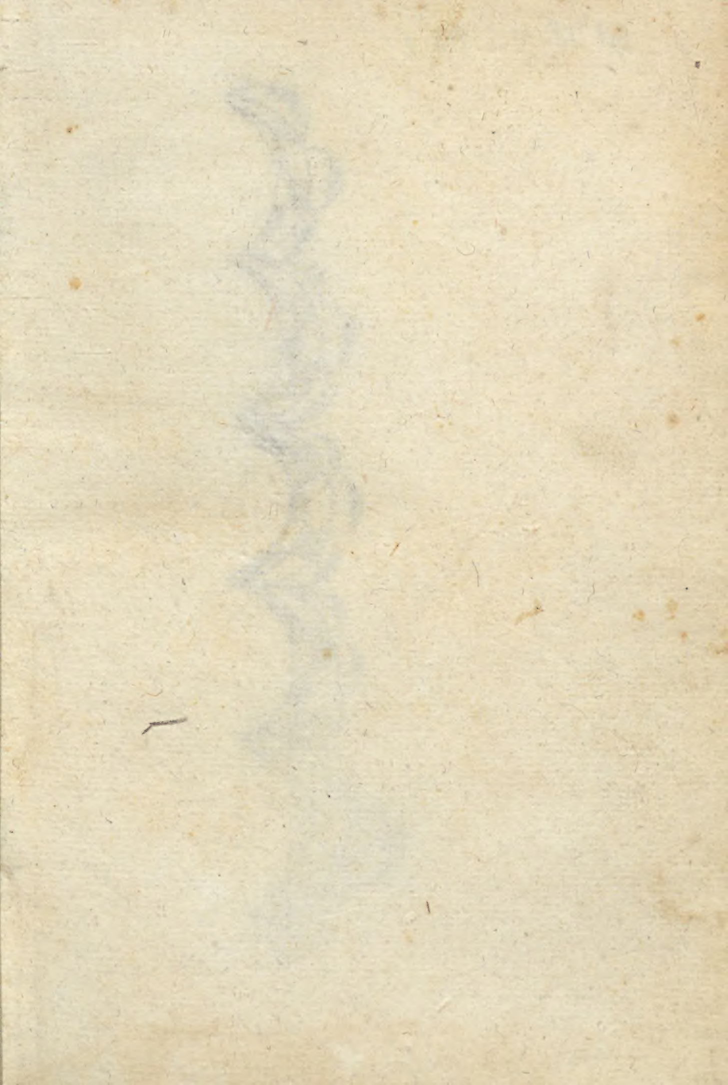
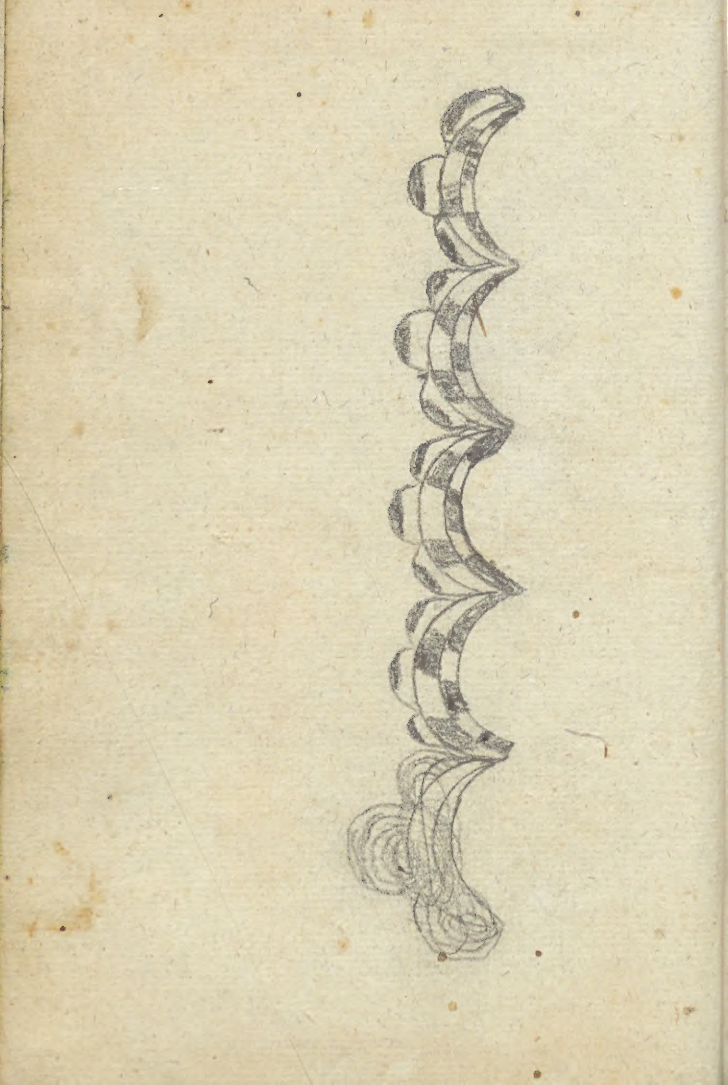
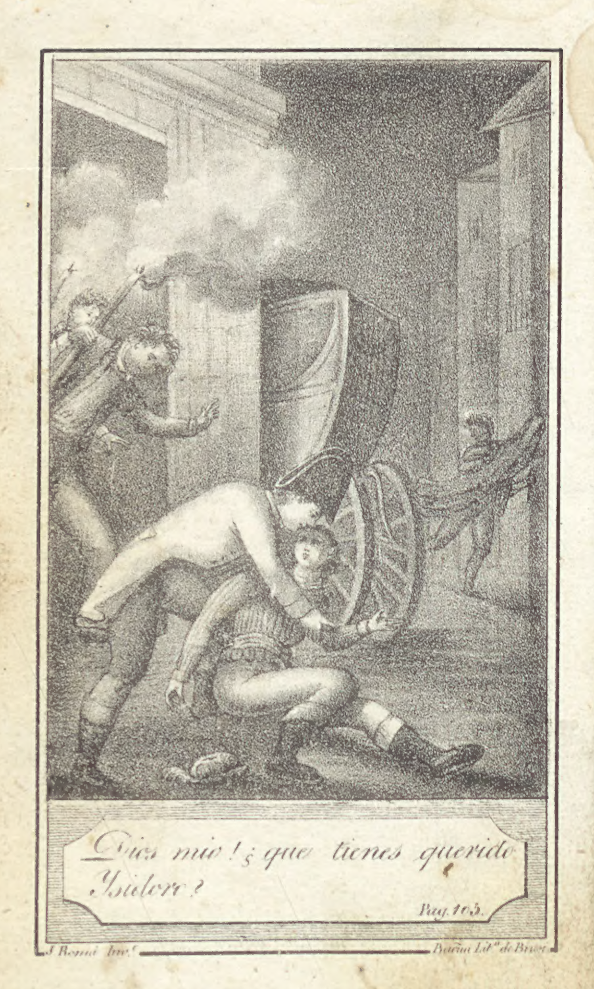












Dios mio! ¿que tienes querido Ysidoro?

Pag. 103.

# ISIDORO
Ó
# el Page misterioso:

ESCRITO EN FRANCES POR

*M. J. Cohen, ex-Censor Regio;*

y puesto en castellano

POR

Don Luis Lamarca.

TOMO II.



CON LICENCIA:
VALENCIA, OFICINA DE LOPEZ.
1830.

# ISIDORO
Ó
# EL PAGE MISTERIOSO.

## *CAPÍTULO XIV.*

Lo primero que hizo el Marques al otro dia por la mañana, fue llamar al fiel mayordomo Fabricio, y pedirle noticias circunstanciadas sobre lo que habia ocurrido en Tavira durante el tiempo de su larga ausencia: quiso saber cual era la suerte de todos los antiguos objetos de la liberalidad de la Marquesa y suya; y despues de haber escuchado con interes lo que Fabricio tenia que decirle, se preparó á salir para recorrer con él una parte de sus dominios.

Desde que Isidoro estaba en casa del Marques, puede decirse que no se habia separado de su lado. Llevaba un

vestido de page tan precioso como elegante, habia acompañado á su amo á todas las reuniones, y los señores mas distinguidos de Lisboa envidiaban al Marques porque tenia á su servicio un jóven de tan linda figura. Antes de partir para el castillo habia dispuesto el Marques que hiciesen á Isidoro un vestido de campo, que aunque mas sencillo que el que llevaba de ordinario en Lisboa, no dejaba de ser muy gracioso.

Esperaba el Marques que este jóven, segun habia acostumbrado, continuaria siguiéndole á todas partes; y de ahi es que se admiró sobre manera cuando habiendo prevenido á Isidoro que se dispusiese á salir con él, vió que su page le suplicaba con instancia tuviese á bien dispensarle de aquel servicio: preguntóle el motivo de aquella súplica, á lo que Isidoro contestó que se sentia ligeramente indispuesto á causa de la fatiga del viage, pero que si el señor lo exigia absolutamente, iria á vestirse para acompañarle.

«¡Exigirlo! dijo vivamente el Marques, de ninguna manera, pues aunque lo que me hace desear que vengas siempre conmigo, es el placer que tengo en verte á mi lado, soy tambien el primero en querer que atiendas al cuidado de tu salud.”

A pesar de la sorpresa que habia causado al Marques la primera negativa de Isidoro, la olvidó creyendo que era efectivamente el cansancio lo que le obligaba á escusarse. Se fue pues con Fabricio, y pasaron la mañana recorriendo las casas de sus vasallos, y recibiendo por todas partes las bendiciones y los votos que aquellas buenas gentes hacian para que su felicidad fuese pura é inalterable.

Sin embargo, cuando al dia siguiente, y aun al otro, Isidoro que se hallaba siempre pronto á seguir á un señor á quien amaba con tanta ternura, buscó nuevos pretextos para quedarse en el castillo, mientras daba el Marques sus paseos; no pudo este dejar de notar que semejante conducta era muy estraordinaria, y á la admi-

racion que le causaba se unió entonces una inquietud vaga, que él mismo no acertaba á comprender. Hubiera querido preguntar á Isidoro cuál era el motivo que le detenia en el castillo, mas cada vez que se disponia á hablarle, conocia que á su pesar le faltaban las palabras, y temia sobre todo afligir á su page, pues observaba con sentimiento que este daba muestras de hallarse agitado por alguna melancolía interior. No se limitaba Isidoro á permanecer en el castillo cuando su amo salia con Fabricio, sino que buscaba en todo tiempo la soledad. El ayuda de cámara que el Marques habia traido consigo de Lisboa, era el único criado de la casa con quien se trataba, pues parecia huir de todos los demas, fuera de Fabricio, con el cual tenia mucho gusto de hablar, y cuando le veia, brillaba en su semblante un rayo de alegria, y adquirian sus facciones un candor angélico. No obstante la gran diferencia de edades, Isidoro conferenciaba con gran gusto con Fabricio,

paseábanse muchas veces solos por el jardin, y Fabricio, que aunque criado en el campo no carecia de discernimiento y finura, y habia comprendido perfectamente el singular afecto que profesaba su señor al jóven Isidoro, se conducia con este como verdadero cortesano, teniéndose por muy honrado cuando el favorito del Marques le hacia el honor de dirigirle la palabra.

Estaba Tavira tan acostumbrado á la compañía de Isidoro, que ademas del cuidado que comenzaba á darle su salud, el retraimiento que este jóven observaba, le hacia sentir un vacio penoso, que á duras penas podia sobrellevar.

Ya habian pasado quince dias desde su llegada al castillo, y ninguna mudanza se advertia aun en la conducta y maneras del page; pero sin embargo sus facciones no presentaban signo alguno de enfermedad: sus bellos ojos negros se conservaban vivos y brillantes, y su tez estaba aun animada con los mas hermosos colores.

Tavira, pues, que le observaba con una atencion continua, conocia que su rostro no tanto demostraba padecimientos como inquietud: con efecto se hallaba agitado, sobre todo cuando sabia que su señor trataba de salir para visitar á los desgraciados, y al regresar el Marques despues de sus benéficas correrias, era muy frecuente notar en los ojos de Isidoro la huella de las lágrimas que durante su ausencia habia derramado: todos estos antecedentes le determinaron al fin á hablar á Isidoro sobre el particular.

«Hijo mio, le dijo un dia, desde que estamos en Tavira te he desconocido enteramente; pues de alegre é ingenioso que eras en Lisboa, te has vuelto triste y meditabundo: es imposible que te resientas aun de la fatiga del viage; me parece ademas que gozas de buena salud, y todo esto me mueve á rogarte me espliques la conducta estraña que te veo observar.

«¿Y qué es lo que mi amado señor halla de estraordinario en mi con-

ducta?" dijo Isidoro con mal segura voz, dejando conocer que no habia hecho esta pregunta sino con el objeto de ganar tiempo, y que él mismo temia la respuesta que iba á recibir.

«Ya te he dicho, replicó el Marques que me parece que tu humor se ha cambiado: en Lisboa me manifestabas una adhesion tan firme, que seguias mis pasos á todas partes, y siempre te separabas de mí con sentimiento; aqui por el contrario, huyes de mí, buscas la soledad, y no manifiestas ningun deseo de tomar parte en las dulces ocupaciones á que yo me dedico.

—«Precisamente, señor, huyo de esas ocupaciones, porque creo que como son bastante dulces en sí mismas, llenarán todo entero vuestro corazon, y mi presencia léjos de añadirles ningún interes, disminuiria acaso el placer que os proporcionan.

—«Niño cruel ¿cómo puedes pensarlo? . . . . . . . . .

—«Temo que mi presencia comprima la efusion de la gratitud en los que son objeto de vuestros beneficios,

que es el efecto ordinario que produce en estas ocasiones la vista de una tercera persona.

—«Te engañas porque Fabricio me acompaña muchas veces.

—«Fabricio, señor, es por sí mismo el agente de vuestra beneficencia; estas buenas gentes le conocen, están acostumbrados á verle, y en fin, es el que durante la larga enfermedad de la señora Marquesa hacia sus veces con ellos.

«¡Ay querido Isidoro! esclamó el Marques, ¡qué cuerda tan sensible acabas de pulsar! Has puesto el dedo sobre la verdadera llaga de mi corazon. Desde la muerte de mi desgraciada esposa, no he omitido ningun cuidado para reparar la pérdida que mis vasallos habian sufrido; mas no me ha sido posible conseguirlo: me aman, sí, me hacen justicia; pero cuando los estrecho, leo á su pesar en el fondo de sus almas, y veo que sus manifestaciones de gratitud no tanto se dirigen á mí, como á algun habitante del cielo, á quien no se atreven

à nombrar. Estas demostraciones son menos espresivas cuando está Fabricio presente, y en fin, todo me demuestra que á despecho del respeto hereditario con que me miran, me llaman en voz baja el asesino de la Marquesa."

Al pronunciar estas palabras se anegó el Marques en lágrimas: acercóse Isidoro para consolarle y le acompañó tambien en el llanto. Serenóse Tavira un poco, y continuó en estos terminos:

«Lo que acabo de decirte me hizo tal impresion en el último paseo que dí, que no me hallo con ánimo bastante para arrostrar de nuevo la cruel sensacion que esperimenté, pero me ocurre una idea: permaneceré en el castillo pretestando una indisposicion, y tú irás en mi lugar en compañia de Fabricio. Ese candor de la infancia, esa inocencia celestial que brilla en tu semblante, todo concurrirá á que vean en tí el ser sobrenatural, á quien me consta se dirigen sus votos, y yo gozaré de su reconocimiento en la persona de Isidoro."

No es fácil pintar la agitacion en que puso á Isidoro esta propuesta: suplicó á su amo le exonerase de la delicada comision que queria encargarle, pero fue en vano. Llamó el Marques á Fabricio, y le significó, como á Isidoro, su voluntad, de la que quedó el anciano no menos admirado que el niño.

«No estés celoso, mi querido Fabricio, dijo el Marques, que no trato en manera alguna de disgustarte; mas como vás cargando de años, será muy pronto necesario que descanses, y para esto deseo que tú mismo te formes un sucesor. En cuanto á tí, Isidoro, acuérdate de lo que te he dicho, y reflexiona que me prometo de esta esperiencia los mas felices resultados."

Verificóse la prueba al otro dia, y aunque en parte correspondió á la esperanza del Marques, tuvo bajo otro aspecto unos resultados que le quitaron absolutamente el deseo de repetirla. Por todas partes resonaban los elogios de Isidoro: su juventud, su

belleza y su gracia fueron por muchos dias el objeto de la admiracion de los habitantes del pais de Tavira. El Marques, á quien no venian de nuevo estas demostraciones, se complacia en ver realizada su esperanza; pero no habia previsto el efecto que produciria aquel paseo en el niño. Cuando este volvió al castillo, corrió inmediatamente el Marques á buscarle para saber de su boca los pormenores de todo lo que habia visto, pero entretanto Isidoro, que parecia no tener otro deseo que el de evitar las miradas de su amo; descubriéndole al pie de la escalera, se acercó á él, y despues de inclinarse respetuosamente, le tomó la mano y se la besó.

«He obedecido, señor, dijo con voz conmovida; permitidme que me retire por unos momentos para recogerme."

Dichas estas palabras se separó del Marques, y corrió precipitadamente á encerrarse en su cuarto, de donde no salió en todo el resto del dia. Hácia

la tarde habiéndole llamado el Marques, le dijeron que estaba acostado, y se sentia indispuesto; con efecto, tenia una calentura muy fuerte que le duró tres dias, y ocasionó á un mismo tiempo á su amo remordimientos, inquietud y admiracion. Luego que se halló restablecido, le dijo el Marques.

«Aunque yo mismo no acierto á conocer la causa, veo sin embargo, querido Isidoro, que la estancia que hacemos aqui es perjudicial á tu salud y á tu felicidad; no quiero por lo mismo prolongarla mas, y dentro de dos dias nos pondremos en camino para Lisboa.”

A esta noticia brilló de nuevo la alegria en la fisonomía del page; pero se oscureció muy pronto, cuando oyó el resto del discurso de su amo.

«Antes de partir, continuó el Marques, deseo visitar el monasterio de los Benitos, y el panteon en donde descansan las cenizas de mi malograda Margarita. Quiero que me acompañes; oraremos juntos sobre su tum-

ba, y tú la rogarás por mi, pues los votos de la inocencia llegarán mas fácilmente al cielo.

«¡Ah mi amado señor! respondió Isidoro, daos ya por satisfecho de mi obediencia, y no exijais de mí un nuevo sacrificio.

—«¿Pues qué? ¿no quieres rogar por tu señor, por tu amigo?

—«No me atrevo á creerme tan digno de hacerlo, como vos teneis la bondad de pensarlo.

—«No es esa la verdadera causa de tu repugnancia: tú acabas de confesarme que este acto de condescendencia seria para tí un sacrificio; yo observo en tu conducta un misterio que me disgusta: me parece que estás incomodado y violento cada vez que hablo de la Marquesa, y lloro su pérdida; si persistes en ello, me persuadiré que estás celoso del afecto que yo tributo á su memoria; y no debo ocultarte que si asi fuese, se resentiria de ello mi amistad.

—«¡Yo celoso de la señora Marquesa! ¡Ah señor! ¿Y podeis vos imagi-

narlo? Estoy pronto: os seguiré al monasterio, y adonde quiera que gusteis, y sabré reprimir los afectos de mi corazon."

Realizóse al dia siguiente la visita. Llegados á la celda del prior, manifestó éste alguna sorpresa al ver al Marques acompañado de Isidoro, la que se aumentó cuando le dijeron que querian bajar los dos á orar junto al sepulcro de la Marquesa. Sin embargo, descendió con ellos al panteon: Tavira se postró luego de rodillas ante el ataud que encerraba los restos de su esposa, y se deshacia en lágrimas. Isidoro se arrodilló respetuosamente á la entrada del panteon: frecuentes suspiros agitaban su oprimido pecho, y su oracion, aunque muda, fue estraordinariamente fervorosa; de manera que cuando el Marques se levantó, aun estaba el page engolfado en la contemplacion. Miróle Tavira silencioso por algunos instantes; y le dijo despues:

«Mi querido Isidoro, no abusemos mas de la bondad del reveren-

do prior, volvámonos al castillo."

A estas palabras se conmovió Isidoro, y habiéndose levantado echó en derredor de sí algunas miradas vagas y confusas; pero se cobró prontamente, sonrióse, y se volvió con su amo al castillo. Al dia siguiente se pusieron en camino para Lisboa.

---

## *CAPÍTULO XV.*

El primer cuidado del Marques luego que llegó á la capital, fue dar á su page maestros de baile, música y demas instruccion de adorno, que exige una educacion esmerada. Lo que sobre todo deseaba era que Isidoro se perfeccionase en la música, para la cual manifestaba una disposicion estraordinaria, pues bien se acordará el lector de lo sorprendido que quedó Tavira cuando oyó por primera vez el sonido inculto, aunque armonioso, de la flauta campestre. Con efecto sus progresos fueron rápidos y maravillosos, y á muy pocas lecciones ya to-

caba el arpa con una perfeccion que solo podia medirse por su esquisita sensibilidad. Quedó Tavira admirado, y entonces fue cuando oyó tambien por primera vez su voz encantadora. Isidoro, como hemos dicho, estaba de los diez y seis á los diez y siete años, pero aun no manifestaba tantos; y á juzgarle cuando cantaba, apenas se hubiera creido que tenia doce. Su voz era un tiple perfecto, que á la fuerza y pureza de un niño unia la blandura y flexibilidad de la cantatriz mas egercitada.

Las desgracias que en tan corto tiempo habia esperimentado el Marques, habian impreso en su carácter una sombra habitual de tristeza. Ninguna época de su vida podia recordar con placer: la muerte prematura de sus padres; su desgraciada union con Margarita; la pérdida de esta muger virtuosa, tan mal apreciada mientras vivió; su fatal y vergonzosa pasion por Doña María: todo esto eran para él motivos de pesar y amargura. Hallábase descontento de sí mismo, y

de cuanto le rodeaba; fastidiábale el bullicio del mundo y le entristecia la soledad; pero sin embargo esta era la que mejor podia soportar. Sucedia muy á menudo que despues de haber recorrido con la mayor indiferencia la nota de los convites que se le habian hecho, ó de los sugetos á quienes debia alguna visita, se decidia á no ir á ninguna parte; entonces se metia en su gabinete, llamaba á Isidoro, le hacia tomar el arpa, y pasaba toda la noche oyendo los dulces sonidos de su encantadora música. Otras veces poniéndole en las manos la obra maestra de Camoëns escuchaba con un placer inesplicable la lectura noblemente acentuada de su page: ya lloraba con él las desgracias de Ines, ya le arrebataba la admirable ficcion del genio de los mares cuando se presenta á los admirados ojos de Vasco.

De este modo el jóven Isidoro se fue haciendo de cada dia mas necesario para la felicidad del Marques, el cual mas bien le trataba ya como compañero, que como dependiente. Este

niño, partícipe de sus mas secretos pensamientos, era verdaderamente el amigo de su señor, quien en el afecto que le inspiraba su page encontraba cierta dulzura que le hacia olvidar sus penas, y le daba esperanza de hallar en la amistad una felicidad que ya no se prometia del amor.

En cuanto à Isidoro, desde que conoció lo complacido que se hallaba el Marques en su compañia, manifestó un carácter perfectamente igual: su adhesion al Marques era tan verdadera y al mismo tiempo tan esclusiva, que gozaba doblemente el placer de saber que su amo era feliz, y estar convencido de que este resultado se debia á sus esfuerzos.

Entretanto, el retiro á que parecia haberse condenado el Marques, sufria una excepcion: la casa de Almeida le recordaba ideas demasiado tiernas para que pudiese permanecer muy separado de ella; y en efecto frecuentaba con placer y ternura el trato de una familia que le ofrecia el modelo perfecto de la virtud sin ninguna aus-

teridad afectada. El talento cultivado del anciano Conde, y la dulce amabilidad de su respetable esposa, le hacian su compañia útil á la vez y deliciosa. Nunca se apartaba de ellos sin conocer el mismo que con su conversacion habia hecho algun progreso en los conocimientos humanos, y particularmente en el mas precioso de ellos; esto es, el de los deberes y de la caridad.

Solo una cosa le hacia molesta la asistencia á la casa de Almeida: buscaba en ella en vano al amigo de su juventud, á aquel escelente jóven, que á las sólidas cualidades de sus padres unia todas las gracias y esplendor de la edad; no podia acostumbrarse á la idea de que los separaba la inmensidad de lós mares; su querido Almeida le era mucho mas necesario despues de las desgracias que habia esperimentado; y su corazon vacio de amor, pero siempre tierno y sensible, conocia doblemente la necesidad de entregarse á todos los encantos de la amistad: presentábase esta á sus ojos á mane-

ra del rio manso y apacible, que reemplazaba á un mar tempestuoso, y cuyas márgenes floridas y libres de peligros, formaban agradable contraste con el sinnúmero de escollos, que por tan largo tiempo le habian rodeado.

El temor de afligir á sus respetables amigos, no era bastante poderoso para que dejase de hablarles de su hijo con mucha frecuencia. Amábanle estos con la mas cariñosa ternura; pero estaban tan conformados con los decretos de la providencia, que á pesar de lo muy distante que se hallaba, incertidumbre de la época de su regreso, y peligros que le amenazaban, hablaban de él con una alegria, que si bien acompañada de algun tierno suspiro, no estaba emponzoñada con una inquietud excesiva, ni murmuraciones culpables contra la voluntad del cielo.

Y eso que nunca podia serles mas cara la presencia de su hijo que en el momento que se aproximaba. La interesante pupila del Conde de Almeida estaba próxima á salir del conven-

to, en donde su alma y su entendimiento habian sido cultivados con igual esmero: sus gracias igualaban á sus talentos, y el Conde no dudaba de que dándosela por esposa á su hijo, aseguraria para siempre la mútua felicidad de entrambos.

Efectivamente pocos dias antes del que se habia señalado para que la Condesa recibiese de manos de la venerable abadesa del convento de *** el precioso depósito que le habia sido confiado, observó Tavira por primera vez una ligera sombra de tristeza en el semblante del Conde de Almeida, cuando segun acostumbraba pronunció el nombre de su amigo. Sobresaltado por esta novedad preguntó con el mayor interes si habian recibido algunas noticias funestas. Respondióle el Conde que no tenia noticia de ningun suceso desgraciado, y que sí se habia desmentido por un momento la igualdad de alma con que se esforzaba continuamente á sobrellevar los destinos que la voluntad divina le habia señalado en el mundo, habia sido por el

sentimiento que tenia de que su hijo no fuese testigo de la felicidad que él iba á disfrutar.

Habiendo continuado el Marques en sus preguntas, se enteró de la próxima entrada de Doña Aurora de Seixa en la casa de Almeida. Acordóse entonces del secreto que su amigo le habia confiado sobre los proyectos de sus padres con respecto á dicha señorita, y por mas que el Conde se esmeró en dar un esplendor brillante al retrato de su pupila que acababa de hacer, no pudo Tavira menos de compadecerse del hijo, cuya suerte habia sido fijada irrevocablemente por la voluntad de sus padres: reflexionó sobre su propia historia, y los crueles dolores que habian acibarado su existencia por efecto de un destino semejante; estremecióse al pensar que tal vez su amigo no amaria á la esposa que se le destinaba, ora fuese porque su corazon estuviese ya prevenido en favor de otra, ora por uno de aquellos caprichos del entendimiento humano, que nos hace á veces insen-

sibles á los encantos mas poderosos, y á las mas eminentes cualidades; y la grande y verdadera amistad que profesaba á Almeida, le dió ánimo para comunicar al Conde las reflexiones que habia hecho.

«Os equivocais, querido Marques, contestó el anciano caballero; estoy muy léjos de querer violentar las inclinaciones de mi hijo: si cuando mi pupila y él llegan á verse permanecen indiferentes uno á otro, no trataré en manera alguna de obligarles á realizar un himeneo que no podria hacer su felicidad. Confieso que el proyecto de este enlace ha sido siempre uno de los primeros objetos de mi corazon: la mas tierna amistad me unia al padre de Doña Aurora, el cual murió en mis brazos en la flor de sus años devorado por una larga y profunda tristeza, cuya causa fue el único secreto que tuvo para el mas sincero y afectuoso de sus amigos. Al tiempo de morir me manifestó que tenia gran deseo de que su Aurora se casase con mi hijo, y yo le prometí

realizarlo, si ellos se amaban. Ya veis que aun en aquel momento tan solemne, no me olvidé de los deberes de un padre: el cielo nos manda dirigir y no tiranizar la eleccion de nuestros hijos.

«¡Ah señor! esclamó el Marques. ¡Cuán nobles son vuestros sentimientos, y cuán estraordinaria vuestra prudencia!

«Sin embargo, continuó el Conde, no os negaré que si mi querido Almeida se opusiese al proyecto que tengo formado, no solo me afligiria, sino que me quedaria sobremanera sorprendido; porque es tan bella la jóven Aurora, y tiene un carácter tan amable, que me parece imposible que un jóven de la edad de mi hijo la vea sin conmoverse; y creed, que á no ser por la gran confianza que tengo en la nobleza de vuestros principios, y en la amistad que profesais á mi hijo, no me hubiera resuelto á sacarla del convento hasta su regreso.

«Me es muy satisfactorio, señor Conde, repuso Tavira, el saber la bue-

na opinion que os merezco; y aun cuando en adelante no se hallase mi corazon á cubierto de los tiros del amor, puedo aseguraros que no haria traicion á vuestra confianza.

—«Así lo creo. Por otra parte bajo ciertos respetos me alegro en este momento de que mi hijo se halle ausente, porque por muy buena que sea la educacion que recibe una jóven en un convento, saca de él por lo regular una timidez excesiva, y cierta rusticidad que no dejan distinguir bien lo que tiene de ventajoso. En cuanto á Doña Aurora, el tiempo que pasará antes de que la vea su futuro esposo, será bastante para que pueda acostumbrarse á los usos de la sociedad bajo el cariñoso cuidado de mi excelente y respetable esposa.”

Asi terminó esta conversacion, y el Marques se volvió à su casa no sin harto deseo de conocer á una muger, de quien acababan de hacerle tan lisongera pintura; pero aseguramos sin embargo que esta curiosidad se hallaba absolutamente libre de todo otro

sentimiento. Diciendo que su corazon estaba para en adelante pertrechado contra el amor, hablaba Tavira con sinceridad, pues se hallaba interiormente convencido de lo que decia, y se creia mas seguro, porque pensaba seriamente en reemplazar esta pasion con otros proyectos mas ilustres: hablábase de una guerra próxima, y se resolvió á entrar á servir en el egército de su Rey; con este objeto pasó á verse con el ministro de la guerra, el cual le ofreció un grado honorífico y correspondiente á su clase en uno de los nuevos regimientos que era regular se levantasen.

Al cabo de poco tiempo recibió un billete del Conde de Almeida, convidándole á comer en su compañia de alli á dos dias que era el destinado para la entrada de Doña Aurora de Seixa en el mundo. Acudió el Marques puntualmente á esta fiesta de familia, á la que por una honrosa distincion era el único convidado; y para el dia siguiente dispuso el Conde presentar á su pupila á una sociedad poco nume-

rosa, pero escogida, que debia reunirse en su casa, y de la que tambien habia de formar parte el Marques.

Presentóse este en casa de Almeida el dia señalado, y cuando vió á Doña Aurora, quedó convencido de que no le habian exagerado sus gracias; porque le pareció en efecto, que nunca habia visto muger mas hermosa, y el aspecto de aquella amable jóven hizo en su alma una impresion enteramente nueva para él, mas esto no era amor: el afecto que esperimentaba no tenia ninguna semejanza con la ardiente é impetuosa sensacion que sintió siempre en presencia de la bella y seductora de Chaves, ni con aquel sentimiento mas dulce pero profundo que le habia unido á Doña Emerencia. Una voz interior le decia, que aun cuando su amigo le cediese todos los derechos sobre la señorita de Seixa, jamas esta podria inspirarle uno ni otro. Turbábase empero cuando la veia, temblaba al dirigirle la palabra, y lo mas estraordinario era que no le parecian absolu-

tamente desconocidas sus facciones: creia hallar en ella cierta semejanza con algun objeto que habia llamado su atencion en otro tiempo, mas no podia acordarse del lugar ni la ocasion.

Veíase á su lado otra jóven no tan hermosa como Doña Aurora, pero bastante agraciada para que aun delante de aquella fuese agradable su presencia. Era una huérfana que se habia educado en el mismo convento que la señorita de Seixa, hija de buenos padres, pero enteramente desposeida de bienes de fortuna: habia entrado en aquel retiro con la idea de tomar el hábito y dedicarse á la educacion de las jóvenes nobles, que con este objeto se ponian en el convento; pero sus gracias, su amabilidad, y sobre todo la encantadora sencillez, que era el rasgo mas brillante de su carácter, le habian ganado la amistad de Doña Aurora, la cual no pudiendo acostumbrarse á vivir separada de su querida Floreta, suplicó á su tutor, cuando trató de sacarla del convento, que la llevase tambien en su compa-

ñía para unirla á su persona como una amiga, ó mas bien como una hermana; y no hallando el Conde motivo alguno para negar á su pupila una peticion tan razonable, se contentó con pedir á la abadesa algunos informes muy sucintos acerca del origen y circunstancias de aquella jóven: los que recibió le convencieron de que aun cuando hubiese él mismo elegido una amíga para Doña Aurora, no hubiera podido hacer mejor eleccion, y en su consecuencia la manifestó que era dueña de ofrecer á su protegida un asilo para el momento, y un dote para lo venidero. Es inutil añadir que Floreta aceptó con reconocimiento unas ofertas tan satisfactorias y ventajosas.

El Marques no apartó los ojos de Doña Aurora en toda la noche; pero segun arriba queda dicho, no era su hermosura lo que cautivaba principalmente su atencion, sino la inesplicable semejanza de que hemos hablado. Dirigióle algunas veces la palabra, y notó en ella un metal de voz encanta-

dor: las respuestas que le daba eran cortas y tímidas, pero adecuadas y prudentes.

Cuando volvió á su casa notó Isidoro que su semblante era meditabundo; pero no se atrevió á preguntarle la causa, porque como sabia en qué sociedad habia pasado su señor aquel dia, no deseaba apresurar una confianza, que no gustaba de recibir. Permaneció, pues, silencioso hasta que empezó el Marques la conversacion.

«Isidoro, le dijo, ¿no me preguntas nada acerca de lo que pienso sobre la futura esposa de mi amigo?

«Esperaba, señor, que vos me hablaseis de ella, contestó el page.

—«En verdad que es graciosa, y puedo asegurarte que jamas muger alguna me ha causado tanta impresion.”

Suspiró Isidoro sin responder palabra, y levantando el Marques la cabeza le miró con admiracion.

—«¿Por qué suspiras, hijo mio?

—«No me atrevo á decíroslo señor.

—«Pues qué ¿no merezco tu entera confianza?

—«Pues asi lo quereis, os confesaré, mi amado señor, que veo con pesar los sinsabores que os vais preparando para lo venidero. Y cierto que me admira una cosa. ¿En qué pudo consistir, que teniendo un corazon tan propenso al amor, un juicio tan perfecto, y un alma tan llena de virtud, fuese vuestra esposa la única que no pudo jamas inspiraros el menor sentimiento de ternura? Porque yo sin embargo he oido decir que no le desmerecia del todo.»

Habia principiado Isidoro esta frase con tono remiso, y aun bajó mas la voz cuando advirtió que el semblante del Marques habia adquirido cierto aspecto sombrio; pero temiendo haberle ofendido, se arrojó á sus pies, y continuó:

«Perdonadme, señor, si os he renovado memorias dolorosas, pues mi intencion no ha sido el causaros ninguna pena. ¡Quiera el cielo que con el tiempo halleis una muger que pueda asegurar vuestra felicidad, que es el voto mas ardiente de mi corazon!

mas siquiera porque os lo pido yo, defendeos de una pasion que para colmo de la desgracia seria acompañada de los mas crueles remordimientos. Apercibid vuestro corazon contra las seducciones que le ofrecen las gracias de la que está destinada á ser esposa de vuestro amigo.

«Si mi querido Isidoro no hubiese sido tan vivo, replicó el Marques sonriéndose, se habria ahorrado la elocuente exhortacion que acaba de hacerme, porque hubiera sabido que yo no siento amor alguno por la señorita de Seixa: es cierto que hago justicia á su hermosura, y á las cualidades del corazon que me figuro posee; pero léjos de envidiar la suerte de Almeida, creo que no desearia casarme con ella, aun cuando estuviese libre, y yo por mi parte no tuviese mas que ofrecerle mi mano. Tranquilízate, pues, pagecillo prudente y celoso, que por ahora no tienes rival alguno que temer."

Esta última observacion hizo colorear á Isidoro, y continuando la con-

versacion le comunicó el Marques el singular efecto que habian hecho en él las facciones de Doña Aurora. En seguida le habló de Floreta, de la que hizo el mas cumplido elogio.

«Ya la verás, dijo concluyendo, y acaso entonces tendré yo motivo para entrar á la parte en los celos.”

Sonrióse Isidoro, y al mismo tiempo movió graciosamente la cabeza.

«No hay que asegurar nada, continuó el Marques; fuera de que por muy agradables que me sean tus servicios y compañia, siempre será tu felicidad mi primer deseo, pues nunca podré olvidar lo que has hecho por mí. La señorita de Seixa ha ofrecido dotar á Floreta, y yo por mi parte, si te casas con ella, te daré un establecimiento que asegure para siempre tu felicidad.”

Dicho esto, se retiraron ambos á sus respectivas habitaciones.

---

## CAPÍTULO XVI.

A la mañana siguiente, no bien se habia levantado el Marques, cuando le avisaron que le buscaba un criado de Doña Aurora de Seixa. Llevaba este un billete de su señora en que recordando al Marques la promesa que habia hecho el dia anterior de que Isidoro daria á Floreta algunas lecciones de música, reclamaba su cumplimiento; á lo que contestó el Marques, que su page iria muy pronto á ponerse á las órdenes de Doña Aurora.

Luego que se quedaron solos se puso el Marques á chancearse con Isidoro sobre la impaciencia con que se aguardaban ya sus lecciones; añadiendo que la jóven Floreta le parecia por todos respetos digna de que él se esmerase en su enseñanza. Volvió á sonreirse Isidoro, y recordó á su señor que ya en otra ocasion le habia asegurado que su corazon estaba perfectamente á cubierto de los tiros del amor, y que era absolutamente im-

posible que muger alguna se lo inspirase jamas.

«No dudo, replicó el Marques, que sean sinceras las protestas que haces ahora; mas á tu edad no se prevee aun lo que en este particular puede suceder: Floreta es una niña muy linda, y yo me admiraré ciertamente sino conmueve tu corazon; pero no estoy menos seguro de que si permaneces insensible á sus gracias, será acaso para llegar á ser un dia el juguete de alguna muger cruel.”

Dada la leccion de arpa regresó Isidoro de casa del Conde de Almeida pensativo y displiciente. No podremos decir si su amo lo advirtió; lo cierto es que no se dió por entendído.

Pasáronse asi muchos dias. Isidoro iba á casa de Almeida para dar lecciones á Floreta, y por lo regular volvia siempre mas triste y de peor humor, y cuando alguna vez le preguntaba el Marques si se hallaba poco contento de los progresos de su discípula, y temia que no hiciese honor al maestro, no respondia nada.

Cierto dia asistió el Marques á un gran convite en casa del Conde de Almeida, y terminada la comida, pasó la reunion al salon de música, en donde los primeros profesores de Lisboa hicieron alarde de su habilidad, tanto en diversos instrumentos, como en algunas piezas escogidas de canto. La bella Doña Aurora desplegó un talento que ni los músicos de profesion pudieron eclipsar; y deseando despues inspirar emulacion á la jóven Floreta, la propuso que cantase al arpa un trozo algo dificil: hubiera querido Floreta escusarse, pero los deseos de su bienhechora habian sido siempre leyes para ella; fue, pues, por el instrumento, y volviendo al salon se colocó temblando delante del atril. En este intervalo habia Doña Aurora implorado la indulgencia de la sociedad, manifestando que su amiga tenia todavia muy pocas lecciones, pero advirtió que se distinguiria con facilidad el escelente método del maestro á quien debia su naciente habilidad.

Antes de principiar, acercándose

Floreta á la señorita de Seixa, la dijo que temia mucho no dejarla airosa en esta prueba, y que por lo mismo estaba muy contenta de que á lo menos no se hallase presente Isidoro, á fin de que no tuviera que correrse de los pocos progresos de su discípula.

Principió llena de timidez, pero al fin fue poco á poco cobrando ánimo; mas habiendo levantado de improviso los ojos, vió que los del Marques estaban fijos en ella: esta vista la hizo acordar al momento de Isidoro, á quien en su turbacion creyó ver en pie detras de su amo, y aunque esto no era mas que una ilusion, bastó para quitarle toda la serenidad. Turbóse en un pasage, y levantando por segunda vez la cabeza, una nueva ilusion le ofreció otra vez la imágen de Isidoro, en cuyos ojos estaba pintada la reprobacion. Los suyos se arrasaron al momento de lágrimas, ya no pudo distinguir los papeles que tenia delante, sobrevínole un temblor, dejó caer el arpa, y levantándose precipitadamente, se salió llorando del

salon, y solo tuvo tiempo para llegar al tocador de su señora, en donde perdió el conocimiento.

Al verla salir se levantó Doña Aurora para seguirla, y los convidados atribuyendo únicamente su emocion á la timidéz natural de su edad, se compadecieron de ella por un momento; pero la olvidaron muy pronto. El Marques estuvo pensativo durante todo el resto de la noche, no pudiendo ya dudar que el afecto que Floreta sentia por Isidoro era un amor, que si bien inocente, no por esto dejaba de ser violento; juzgaba que su deber le obligaba á trabajar en la union de aquellos dos jóvenes, y al mismo tiempo la adhesion invencible que él mismo tenia á su page no le permitia mirar con indiferencia un acontecimiento que le privaria de su servicio, y era muy probable que le alejase para siempre de su compañia.

Vuelto el Marques á su casa, se entró luego en su cuarto adonde Isidoro le siguió; pero en esta ocasion no manifestó el menor deseo de entablar

conversacion séria ni alegre: nada hizo que pudiese estimular las discretas ocurrencias del page: acostóse casi sin hablar una palabra, y cuando su fiel Isidoro le dió las buenas noches, le respondió con mucho mas laconismo que acostumbraba y con tono triste y pesaroso.

Al dia siguiente volvió Tavira á la casa de Almeida, y pidió una audiencia á la señorita de Seixa. Luego que estuvo en su presencia la recordó la ocurrencia de la jóven Floreta en la noche anterior, y la dijo que el enlace de esta interesante jóven con Isidoro, luego que hubiese este llegado á una edad proporcionada, le parecia indispensable á la felicidad de uno y otro. Descendió despues á algunos pormenores sobre el nacimiento de su page, manifestando que este pertenecia á una familia de honrados labradores de las riberas del Tajo: prometió que si se verificaba el matrimonio, le aseguraria una suerte feliz é independiente, y preguntó tambien á su vez cual era el origen de Floreta, y

si podia esperar algunas ventajas de la bondad de su bienhechora.

,,Mi Floreta, contestó Doña Aurora, no tiene bienes algunos de fortuna, mas yo he ofrecido cuidar de su suerte, y podeis contar en que no la abandonaré. En cuanto á su nacimiento, no puedo ciertamente daros noticia alguna; pues aunque me he educado en el mismo convento, no he visto jamas que ningun pariente suyo se interesase en su destino ni preguntase por ella. Supe por la abadesa que su pension se pagaba con puntualidad, pero que se limitaba á las instrucciones elementales, sin ninguna relativa al adorno: entregaba el dinero un banquero de Lisboa, y poco antes que yo dejase el convento, recibió la abadesa una carta, en la que le proponian admitiese á Floreta en clase de novicia. Parecióme que esta proposicion era muy sensible á mi jóven amiga, y habiendole hablado del particular me confesó su invencible repugnancia á la vida del claustro. Ofrecíle por entonces el lugar que en el

dia ocupa á mi lado, pero con grande admiracion mia supe que dependia de un padre, y que no podia aceptar mi oferta sin su consentimiento. Empéñela á que le solicitase, y me contestó que haria con el mayor gusto una tentativa, pero que tenia muchas razones para no prometerse buen éxito; porque su padre querria mas verla religiosa que en un estado de dependencia para el que no habia nacido.

«Escribió, pues, á su padre sin decirme su nombre ni el lugar de su residencia, y á lo que me pareció sin ninguna esperanza de lograr su objeto; mas con grande sorpresa suya recibió al cabo de ocho dias una contestacion que contenia sin reserva alguna el consentimiento pedido; advirtiendo únicamente su padre que el nombre de la persona, bajo cuya proteccion iba á vivir, no le dejaba eleccion, pues no podia negar á Doña Aurora de Seixa lo que á nadie en el mundo hubiera concedido. Supliqué á Floreta me dijese á qué debia yo

la preferencia que su padre me daba; pero me aseguró, yo creo que con sinceridad, que ignoraba absolutamente de donde provenia, porque jamas habia pensado que su padre pudiese conocerme, en razon de que nunca le habia oido pronunciar el nombre de Seixa. Habeis oido, señor Marques, cuanto acerca de mi protegida puedo deciros. Ved ahora, si os parece digna del jóven por quien os interesais.

«Quedo, señora, muy reconocido, respondió el Marques, á la molestia que os habeis tomado, y dejo enteramente á vuestro arbitrio la suerte de mi pobre Isidoro; pero si no lo llevais á mal, me parece seria acertado esplorar antes el corazon de Floreta; porque sin duda no podrá contraer ningun enlace sin consultar á su padre."

Llamó Doña Aurora á Floreta, y esta que no esperaba hallar al Marques con su señora, entró corriendo; pero se sobrecogió, luego que vió á dicho señor. Parecia que agitaba su corazon algun presentimiento, que se

pintaba en su fisonomia. Enteróla Doña Aurora de la conversacion que acababan de tener, y le preguntó si sentia algun interes por el jóven Isidoro, y si en este caso queria escribir á su padre para obtener su consentimiento.

«Aprecio sobremanera la bondad de mi señorita, contestó Floreta, y doy gracias al señor Marques por el buen afecto que me manifiesta; pero no me ha ocurrido aun la idea de dejar á mi escelente y amada protectora. ¿Y por qué quiere esta separarme de su lado? ¿Por ventura se habrá cansado ya de mi?

«¿Y puedes tú pensarlo, querida Floreta? dijo Doña Aurora: muy al contrario, te aprecio mas de cada dia, y el deseo de verte feliz es lo único que nos ha inspirado la idea de este casamiento. Por otra parte Isidoro es muy jóven, y nuestra intencion nunca seria el uniros hasta que hubiesen pasado algunos años, durante los cuales el señor Marques se esforzaria en asegurar la suerte de un jóven, por quien está tan vivamente interesado.

¿Crees tú que tu padre adherirá á nuestro proyecto?

—«Si he de hablar francamente, señora, no espero tal.

—«Me sorprendes Floreta: pero dime, ¿no es llegado aun el tiempo de descorrer el velo que ha cubierto hasta ahora tu origen? ¿No será mi amistad acreedora á esta confianza?

—«Si *lo mandais*, señora, nada tendré ya reservado para vos; mas ¿por qué quereis hacerme avergonzar?

—«¡Avergonzarte! ¿Pues qué? ¿seria posible que debieses á un crimen tu existencia?

—«¡Ah señora! No, no, yo os lo aseguro; á menos que los reveses de la fortuna sean crimenes á vuestros ojos, como lo son á los del mundo.

—«Perdona, Floreta, no tenia intencion de afligirte, solo te preguntaré una cosa: ¿te ha prohibido acaso tu padre que me confies el secreto de tu nacimiento?

—«Cuando me lo hubiera prohibido para cualquier otra persona, no me cabe duda de que hubiera exceptua-

do á Doña Aurora de Seixa.

«Me parece, dijo el Marques á esta sazon, que mi presencia cierra los lábios á esta señorita, asi que me retiro. He esplicado á Doña Aurora mis ideas en favor de Isidoro, á quien estoy íntimamente unido, y en cuya felicidad me intereso; y me lisongeo de que consultando Floreta con su noble protectora, hallará algun medio de realizar un proyecto, al que sentiria tener que renunciar."

Dicho esto, saludó el Marques á aquellas señoras, y se separó de ellas para pasar al cuarto del Conde.

Vuelto despues á su casa miró á Isidoro con una sonrisa y un semblante mas apacible todavia de lo que tenia de costumbre, y le hizo una seña para que le siguiese al interior de la habitacion. Llegados á un gabinete particular, adonde nadie podia entrar sino era llamado, se sentó el Marques, é hizo tambien que Isidoro se sentase á su lado. En seguida le contó la escena de que habia sido testigo la noche anterior, y le pintó con

los mas vivos coloridos la tierna y sencilla pasion, que Floreta sentia por él.

«Nada, señor, podeis decirme sobre este objeto, respondió Isidoro, que yo no lo sepa ya; y espero me creais cuando os asegure que este amor causa mi desgracia. Cada leccion de arpa que doy á esa señorita, es un suplicio inesplicable para mi corazon.

—«¿Pero cómo es posible que en la edad en que te hallas te inspire semejante sentimiento el amor de una jóven bella y virtuosa?

—«Es, señor, porque yo no la amo.

—«¿Acaso está ya prevenido tu corazon? ¿Has dejado en tu aldea alguna zagala á quien hayas empeñado tu fe? Confíame tus secretos, y ya no te hablaré mas de Floreta.

—«No he dejado en mi aldea muger alguna que tenga derechos sobre mi corazon, porque no amo ni amaré jamás sino á una sola persona.

—«¿Y es....

—«A mi señor.

—«Conozco toda la fineza de tu amistad, mas no puedo acabar de per-

suadirme que te haga insensible al amor.

—«Cuando la amistad es verdadera, es esclusiva.

—«Ese sentimiento, mi querido Isidoro, nos honra igualmente á los dos; mas yo debo desear que se calme un poco para tu propia felicidad.”

Entonces comunicó el Marques á su page los pasos que sin consultarle habia dado con Doña Aurora y Floreta. Corrióse Isidoro, y no respondió palabra; pero sus miradas espresaban un descontento, que por respeto á su señor procuraba ocultar. En fin, despues de vacilar un poco, esclamó con resolucion:

«Señor, este matrimonio es imposible.

—«¡Imposible!

—«Si señor; porque se opone á él un voto solemne.”

Al oir estas palabras, echó el Marques una mirada de admiracion sobre su page; y parecia pedirle la esplicacion de aquel misterio, por lo cual creyó Isidoro que debia continuar.

«He jurado en los altares y á pre-

sencia de la divinidad, no ocuparme sino de ella en el cielo, y de vos en la tierra. Vuestra felicidad sola debe ocupar en adelante todos mis momentos, y solo en dos únicos casos puedo yo separarme de vos.

«¿Y cuáles son esos casos? dijo el Marques de cada vez mas admirado.

—«Uno de ellos es el de que vos mismo me despidais de vuestra casa, y el otro.... permitidme, señor, que no os lo diga.

«Conozco que esta conversacion se hace muy penosa para tí, dijo el Marques, y es preciso dejarla.... Confieso sin embargo que lo que acabas de decirme me deja algo confuso, porque ¿qué haremos, si el padre de Floreta consiente en vuestro enlace?

—«Decidme su nombre y residencia: yo le escribiré, y estoy cierto de que los motivos que le daré para renunciar á su alianza obtendrán fácilmente su perdon.

—«Ignoro el nombre del padre de Floreta, porque esta no ha querido nunca decirnoslo.

—«No importa, señor, por lo que á mí toca no tengais cuidado: acaso el mismo padre de Floreta será el primero en rehusar para su hija el insigne honor de la mano del pobre Isidoro.”

Pronunció el page estas palabras con tono mas risueño del que parecia convenir á su sentido, y con permiso de su amo tomó la conversacion otro giro.

---

## CAPÍTULO XVII.

Luego que el Marques de Tavira dejó á Doña Aurora, habiendo esta quedado sola con Floreta, se esforzó en persuadirla que no era una vana curiosidad lo que la habia obligado á informarse del misterio de su nacimiento; pues en todos sus pasos no habia tenido otra guia que el interes mas puro, y el deseo de hacerla feliz; además Isidoro por su parte tenia derecho de preguntar quien era la muger con quien se trataba de unirle,

antes de contraer ninguna obligacion con ella.

«No puedo, señora, respondió Floreta, espresar con palabras la confusion que me causa esta especie de esplicacion en que os dignais entrar conmigo. Jamás he dudado de los motivos que para ello tendriais, y me hubiera apresurado á responder con la mayor franqueza, si en estas circunstancias hubiera sido yo sola dueña de mi secreto; mas este no tanto me pertenece á mí como á mi padre, y aunque me sea conocida su gran virtud, aunque hace ya largo tiempo que ha renunciado á la vanidad del mundo, ha sido tan desgraciado, mientras ha vivido en él, que yo no me perdonaria jamás el haber aumentado sus penas, aun cuando consistiese en ello mi felicidad.

«Estoy muy satisfecha, dijo Doña Aurora, de hallar en tí esos sentimientos, y no te preguntaré ya lo que tú no crees poder decirme.

—«Nada, señora, me impide el confiaros que habiendo nacido mi padre

en la abundancia, se vió por dos veces privado de sus bienes; la primera por la imprudencia de una persona á quien amaba mucho, y la segunda por la ingratitud de un pérfido que se lo debia todo. Túvome por muerta durante mucho tiempo, y no me halló sino cuando la profesion que habia abrazado apenas podia proporcionarle á él mismo una existencia bien precaria.

—«¡Justo cielo! ¿Y no podriamos hacer nada por él?

—«Dudo, señora, que aun de vuestra mano quisiese admitir unos beneficios, cuyo objeto seria sacarle de la profunda soledad en que vive, y que tanto se conforma con su gusto y con lo caprichoso de su fortuna. Permitidme, querida bienhechora mia, que por hoy no pase mas adelante en mis confianzas, que ya vendrá dia en que me sea permitido no tener ningun secreto para vos.

«Cuando quiera que sea, repuso Doña Aurora, siempre te escucharé con interes y reconocimiento; dime

ahora tan solo, si me he equivocado asegurando al Marques que habia juzgado bien de tu corazon suponiendo que estás inclinada á su page.

—«¡Ah señora! ¿Qué quereis que os responda? ¿sé acaso yo misma lo que pasa en mi corazon? Convengo en que Isidoro tiene atractivos para mí; cada vez que viene á darme leccion, siento palpitar mi corazon, y si ocurre pasar dos dias sin venir, me parece que me falta alguna cosa; mas á pesar de todo no acabo de convencerme de que le amo, porque pienso que si le amase sentiria al verle un placer puro sin mezcla alguna de disgusto, y no es esto ciertamente lo que me sucede, pues la satisfaccion que me causa su presencia nunca deja de ir acompañada de cierta inquietud; tan pronto estoy descontenta de él, tan pronto de mí misma. Mil veces quisiera reñirle sin que yo misma pueda decir la causa; me acuso entonces de injusta, y sin embargo no trato de reparar mis yerros. Todo bien considerado, yo no creo estar ena-

morada de Isidoro; pero si mi bienhechora lo piensa, y el señor Marques es de la misma opinion, me persuadiré que me equivoco, y me casaré con él por darles gusto."

Mas de una vez se habia reido Doña Aurora durante este discurso. Contestó á Floreta que lo mejor que podia hacer, era dejar en mano de sus amigos el cuidado de su felicidad. Entretanto la empeñó á escribir á su padre participándole el partido que se la proponia, y las mercedes que pensaba el Marques hacer á su page.

Al dia siguiente se dirigió Isidoro á la casa de Almeida para dar á Floreta la leccion acostumbrada, pero no sin alguna inquietud: se acordaba aun de la conversacion que habia tenido con su amo, y su corazon esperimentaba una angustia inesplicable cuando pensaba en la sencilla pasion de Floreta, á la que no podia absolutamente corresponder. Por lo mismo se tuvo por muy feliz, cuando llegado á la casa de Almeida, le digeron que una ligera indisposicion im-

pedia á la señorita Floreta el recibirle; que no sabia cuando podria volver á continuar tomando sus lecciones, pero que en el momento en que estuviese restablecida, se apresuraria á participarselo: todo lo cual creyó Isidoro que era una escusa. Con efecto, Floreta obraba así por consejo de su señora, y esta precaucion era demasiado conforme con lo que le inspiraban sus propios sentimientos, para que le ocurriese la menor idea de oponerse á ella. Regresó Isidoro muy contento á casa del Marques, y se pasaron mas de quince dias sin que se volviese á hablar de Floreta.

Al cabo de este tiempo, entró esta una mañana en el cuarto de su señora, con el semblante muy alterado y las lágrimas á los ojos. Advirtiéndolo Doña Aurora, se dió prisa á vestirse; y luego que se retiraron sus doncellas, preguntó con mucho interes á su amiga cual era el motivo de su afliccion.

«¡Ah señora! contestó la pobre niña: ahora conozco que teniais razon en decirme que amaba á Isidoro; ya

no puedo dudarlo á vista del efecto que ha causado en mí la carta de mi padre, que acabo de recibir, en la que me prohibe, como ya lo habia yo previsto, el pensar en el casamiento que habeis proyectado."

Anegóse en llanto Floreta al acabar estas palabras, y su señora cogiéndola de la mano la hizo mil caricias para consolarla; pero sin embargo no pudo dejar de sorprenderse interiormente de una negativa tan perentoria, y le pareció ademas que el padre de su protegida debiera haberse dirigido á ella mas bien que á su hija Cuando esta se tranquilizó un poco, le preguntó Doña Aurora sobre qué motivos fundaba su padre aquella negativa.

«Hé aqui su carta, señora, dijo Floreta: no tan solo me autoriza para que os la comunique, sino que me manda espresamente que lo haga: tened la bondad de leerla."

Tomó Doña Aurora la carta, que estaba concebida en estos terminos:

«Mi querida hija: si he dejado pa-

«sar tanto tiempo sin contestar á tu
«carta, ha sido por el deseo natural
«en un padre de tomar noticias exac-
«tas sobre la persona y familia del
«jóven que te ofrecen por esposo.
«Los informes que se me han dado
«han sido muy favorables á su carác-
«ter, y bajo este respeto solo tendria
«motivo para felicitarme de la elec-
«cion que se ha dignado hacer tu
«protectora; mas por desgracia me-
«dia una circunstancia que no debo
«comunicarte en este momento, y
«que me obliga á mi pesar á negar-
«te el consentimiento que me pides.
«Te repito que dicha circunstancia no
«tiene la menor relacion con el ho-
«nor del jóven Cardoso, ó de su fa-
«milia: mas no por eso deja de ser
«bastante poderosa para precisarme á
«prohibirte con toda la autoridad que
«me ha dado sobre tí la naturaleza,
«el pensar que pueda ser nunca tu
«marido. No me dices en la tuya si
«le amas; pero en todo caso, me li-
«songeo de que esta inclinacion no
«será suficiente para hacerte penosa

«la obediencia; esta idea llenaria de «amargura mis últimos dias; porque «te declaro que á pesar de cuanto «pueda suceder, será irrevocable mi «decision. Enseña esta carta á tu no«ble protectora, y asegúrala con cuan«ta eficacia te sea posible el vivo re«conocimiento con que miro el inte«res que se toma por tí. Por lo de«mas deseo que sea ella sola la que «tenga conocimiento de lo que te es«cribo, ocultándolo sobre todo al jó«ven Cardoso y á su amo. La res«puesta mas obvia que puedes darle «será que la edad del primero no es «aun propia para formar vínculos in«disolubles, y que yo no quiero re«solverme hasta que el tiempo haya «madurado su corazon y su enten«dimiento."

El resto de la carta no contenia sino consejos paternales, y pormenores de familia, por lo que Doña Aurora se contentó con pasar la vista ligeramente por ella, y se la volvió á Floreta sin querer siquiera mirar la firma. Preguntó sin embargo

á su jóven protegida, si tenia algun antecedente, por donde pudiera venir en conocimiento del motivo que su padre la ocultaba, manifestando gran deseo de saberlo; y Floreta le aseguró con todas veras que la única causa á que podia atribuir la negativa de su padre era la diferencia de condiciones; pues ella era hija de un ciudadano distinguido de una de las principales ciudades de Portugal, y el padre de Isidoro no pasaba de ser un labrador. Pero añadió, que aunque su padre era exacto observador de las convenciones sociales, no por eso habia conocido jamas el orgullo; y que ademas, hallándose entonces enteramente dedicado á los egercicios de piedad, no era presumible se dejase arrastrar por unos sentimientos indignos de un cristiano. Manifestó que desde el recibo de la carta habia estado discurriendo sobre su contenido; pero que ninguna de sus conjeturas le habia ofrecido una solucion satisfactoria del misterio que aquella encerraba.

No pudiendo Doña Aurora adquirir mas noticias, despidió á Floreta, diciéndola que á fin de evitar al Marques una sensacion desagradable, se encargaria ella de instruirle del mal éxito del negocio; y la advirtió que en su opinion era preciso dejar las lecciones de arpa, por lo menos hasta tanto que la indiferencia hubiese ocupado el lugar del amor. Conoció Floreta la prudencia de este consejo y se retiró con los ojos arrasados de lágrimas, despues de haber besado con respetuosa gratitud la mano de su señora.

Luego que se hubo retirado, tomó Doña Aurora la pluma para escribir al Marques. Ninguna le parecia bastante buena; y estuvo tambien largo tiempo escogiendo entre el papel ingles estampado, de que ordinariamente se servia, el pliego que le pareció mas hermoso. Esta era la segunda carta que dirigia á Don Luis de Tavira, y al escribirla reflexionó ella misma sobre si en hacerlo obraria de un modo conforme á los usos

admitidos, y al recato propio de su sexo; pero no vaciló ya cuando recordó que su mano estaba destinada irrevocablemente al amigo mas íntimo del Marques, y que el objeto de escribirle era un acto de beneficencia hácia unos súbditos, cuya suerte dependia de ellos. Entretanto creemos no deber pasar en silencio que puso un cuidado particular en que la carta fuese digna de la persona á quien se dirigia. Cuando la leyó antes de cerrarla tuvo la desgracia de hallar una ligera falta de ortografía; ¿y se creerá acaso que borrando la palabra mal escrita, puso encima la correccion? Nada de eso, semejante proceder hubiera sido poco delicado, pues en las cartas que se escriben á personas de distincion no debe haber enmienda; fuera de que habria pasado por una ignorante á los ojos del Marques de Tavira, cuya instruccion era tan vasta como ingenioso y agudo su entendimiento. Prefirió pues volver á empezar la carta, y el Marques pudo gloriarse, cuando la recibió, de que

poseia á la vez un modelo de estilo y caligrafía.

Los pasos que habia dado el Marques para el establecimiento de Isidoro, no habian dejado de producir un gran combate en su interior; porque como de cada dia se hallaba mas y mas unido á dicho jóven, conocia mejor lo muy difícil que le seria el pasarse sin sus servicios. Pero entre todos los defectos, el egoismo era el que mas se oponia al carácter de Don Luis, y del que le hubiera sido mas sensible el verse acusado; y esta delicadeza le daba una condescendencia, acaso excesiva, para todo lo que tenia relacion con sus satisfacciones personales; de modo que era muy frecuente en él privarse de los goces mas preciosos por el temor de arrogarse derechos que no le perteneciesen. En esta ocasion no habia dejado de complacerse secretamente al ver la indiferencia con que miraba Isidoro el matrimonio que se le proponia; mas esto no le habia impedido el llevar adelante un proyec-

to que miraba como ventajoso para la fortuna de su page, y necesario para la felicidad de Floreta: consideraciones muy importantes que él no podia de ninguna manera sacrificar al deseo de conservar á su lado á un jóven que le habia dado muestras de la mas pura y desinteresada adhesion. Mas habiéndose destruido el proyecto por una voluntad estraña, sintió el Marques tanta mayor satisfaccion cuanto que no tenia nada que echarse en cara.

La alegria de Isidoro al saber la negativa del padre de Floreta, fue pura y completa. Este jóven tenia tambien sus secretos; y si el amor que profesaba á su amo era efectivamente la verdadera causa que no le permitia pensar en separarse de él, ocultaba ademas en el fondo de su corazon, otro motivo que le hacia insoportables las sencillas demostraciones de la inocente pasion de Floreta.

Creyó su amo que al participarle la noticia que acababa de recibir, debia manifestarse ofendido de lo que

llamaba orgullo del padre de la jóven; pero Isidoro le contestó que á él le parecia su conducta tan natural, que tal vez en su lugar hubiera hecho lo mismo; y que en todo caso era para él una felicidad el haber dado con una persona de aquel temple, pues con esto se ahorraba el disgusto de efectuar un casamiento que no le convenia.

«Con mucha frescura lo tomas, querido Isidoro, dijo el Marques; y pues así es, yo tambien habré de entrar á la parte en tu alegria; mas no puedo dejar de compadecerme de la pobre Floreta.

«Floreta hallará sin duda un hombre que le convenga mas que yo, respondió el page: es amable y bonita; su señora toma mucho interes por ella, y le formará un dote; y con todo esto, no la faltarán partidos. Por lo que hace á la pasion que me ha manifestado, no será eterna; porque no hay mas amor constante que el que se funda en la estimacion y en la conformidad de los gustos y

caracteres; y nada de esto ha podido dirigir hácia mí el afecto de Floreta, pues apenas me conoce, é ignora ella misma sus gustos y su propio carácter. La preferencia con que me ha honrado, la debo sin duda á mi figura y á mi habilidad en el arpa, y de consiguiente es claro, que unas facciones mas hermosas borrarán de su memoria las mias, y acaso las cabriolas harán olvidar las cadencias."

Desagradó al Marques este tono burlon á que no estaba acostumbrado, y habiéndolo advertido al page con una mirada, este que conoció su falta, cogió la mano de su amo, y besándosela con respeto le pidió perdon de las chanzas intempestivas que se habia permitido.

«Me he dejado llevar, dijo, del sentimiento de felicidad que esperimento al ver que puedo consagraros aun mi vida, sin que nadie en el mundo tenga derecho alguno sobre mí."

Sonrióse el Marques en señal de reconciliacion y se separaron.

El proyecto de casamiento de Isi-

doro y Floreta, cuya primera idea fue como se ha visto, del Marques, al que se allegó despues Doña Aurora que tambien la abrazó con júbilo y empeño, habia dado á estos ocasion de tratarse con mas frecuencia é intimidad que hasta entonces: lo cual radicó mas en el corazon de Don Luis los afectos que habia hecho nacer en él la primera vista de Doña Aurora: arrastrábale á ella un atractivo que no podia resistir; su compañia tenia para él cierto encanto inesplicable, hubiérase conformado voluntariamente en pasar la vida á su lado, y en medio de todo esto, no envidió ni un momento la suerte de su amigo. Pareciale que ninguna muger de Lisboa igualaba á Doña Aurora, y sin embargo estaba convencido de que podria asistir á su matrimonio con Almeida con el corazon tan tranquilo, y el espíritu tan alegre, como si la viese por primera vez.

De todos modos, esta conviccion demostraba que el Marques habia reflexionado sobre lo que pasaba en su

alma, pero no sucedia lo mismo con Doña Aurora: sentia esta en su corazon el propio afecto que inclinaba hácia ella á Don Luis; mas como jóven tímida y falta de esperiencia, no tuvo valor, ni le ocurrió siquiera el pensamiento de preguntarse á sí misma si era amor el sentimiento que esperimentaba. Indiferente del todo para Almeida, á quien jamas habia visto, persuadida de que el amor no contribuia en nada á la felicidad del matrimonio, y que la última voluntad de su padre debia ser para ella una ley inviolable, esperaba tranquila el regreso del hijo de su tutor, sin que se hubiese presentado jamas á su imaginacion ni aun el pensamiento remoto de unirse á otro hombre.

Tal era la situacion de los diferentes personages de esta historia, cuando se recibió la noticia de que Almeida se habia embarcado para Europa, y que dentro de pocos dias podria ya hallarse en los brazos de sus padres y de su amigo, y á los pies de su futura esposa.

## CAPÍTULO XVIII.

Dejamos á los respetables padres del jóven Conde de Almeida con la alegria que les inspiraba la esperanza de abrazar muy pronto á un hijo querido; mas ¡ay! ¡cuán poco pensaban ellos entonces que el cielo que tiene en su mano nuestros destinos, no les habia permitido vislumbrar este porvenir consolador, sino para precipitarlos desde mayor altura en el abismo de la desgracia!

Habia ido el Marques á pasar unos dias en una casa de campo del Conde de Silva, y mientras permaneció allí estuvo contando los momentos que le separaban aun del amigo de su infancia. Llegado el dia en que segun sus cálculos debia Almeida hallarse en casa de sus padres, anunció el proyecto de regresar á la capital, y fueron vanas las instancias que le hicieron sus huéspedes para detenerle: nada quiso escuchar, porque su corazon volaba en busca del único ser,

cuya alma guardaba perfecta correspondençia con la suya; y sin que bastase tampoco á hacerle diferír la partida el deseo de asistir á una fiesta que Doña Emerencia de Tomar habia dispuesto con el objeto de celebrar los dias de su padre, se puso en marcha para Lisboa seguido de su fiel Isidoro.

El viage fue muy silencioso, porque el Marques estaba enteramente abstraido pensando en el sinnúmero de cosas que tenia que comunicar á su amigo, y en las confianzas que en torno recibiria. A la verdad habian ocurrido muchos acontecimientos despues de su separacion: la traicion de la coqueta de Chaves; el intentado asesinato del Marques, del que á pesar suyo no podia menos de acusar á su rival; los importantes servicios que le habia hecho el jóven Isidoro; la adhesion que este niño singular le manifestaba, y la inclinacion que él mismo sentia hácia su page: estas últimas circunstancias debian prestar abundante materia para sus primeras conversaciones. Por otra parte

no dejaba tambien Don Luis de sentir cierta curiosidad de saber lo que pensaria Almeida de la bella Aurora, y si su futura esposa le inspiraria tanto amor como deseaban sus padres, y del que parecia se lisongeaban.

Si estas dulces reflexiones impedian al Marques el ocuparse en los objetos que le rodeaban, Isidoro por su parte no pensó tampoco en romper el silencio. Ademas de que él no se tomaba nunca la libertad de principiar una conversacion, sino era estimulado por su amo: el aspecto de la campiña, lo delicioso de la tarde, el silencio y la soledad que reinaban en derredor de ellos, le causaban tambien una abstraccion, durante la cual se ofrecieron á su imaginacion las ideas mas estraordinarias: agolpábanse á la vez en su corazon los pensamientos mas tristes y los mas deliciosos: ora olvidaba el mundo entero, ora levantando de pronto los ojos, y viendo al Marques, se estremecia involuntariamente, y se llenaban de lágrimas sus ojos: queria

entonces romper el silencio, pero acordándose luego de la inmensa distancia que le separaba de su amo, entraba en sí mismo, recogia las riendas del caballo, y se quedaba á cierta distancia respetuosa.

La primera vez que habló el Marques, fue cuando al doblar un recodo que formaba el camino, se ofreció de golpe á sus ojos el puerto de Lisboa, y el sinnúmero de bageles que en él se hallaban fondeados.

«Mira, Isidoro, dijo, esas ricas naves que traen al Tajo las riquezas de ambos hemisferios: entre las que ahora estamos mirando se halla seguramente la que cargada de un tesoro mas precioso que el oro y los aromas de la India, ha vuelto á los brazos de sus padres á un hijo tierno, y á mí el mas amado de mis amigos.''

Isidoro que jamas podia oir hablar á su amo del afecto que profesaba á quien quiera que fuese, sin que se despertasen al momento sus celos, suspiró y permaneció silencioso. Advirtiólo el Marques, pero no

se dió por entendido, antes bien continuó por el mismo tono; y habiendo dicho al page que se acercase, le obligó á examinar con él los diferentes navios que se descubrian, para conocer si era posible, fuese por la magnitud, por la forma, ó por el lugar en donde hubiese anclado, el último que habia llegado de las Indias Orientales, que era el que debia haber conducido al jóven Conde de Almeida.

Cuando se hallaban contemplando aquella escena magestuosa, el eco lejano de un cañonazo llamó la atencion del Marques, que dirigió al momento sus miradas hácia el lado en donde habia creido oirle, que era á la parte del rio que está bajo la ciudad. Al pronto no distinguió otra cosa que una ligera humadera, que en contraposicion de un cielo del mas subido azul, parecia una especie de velo transparente; mas no tardó en advertir que salia de un soberbio navio de tres puentes que subia el Tajo á toda vela, y que habiendo lle-

gado ya delante de los fuertes los saludaba antes de dar fondo. Repitiéronse los tiros por interválos iguales, y cuando el bagel acabó su saludo, respondieron los fuertes con igual número de cañonazos.

«No necesitamos saber mas, dijo Tavira; mi corazon me anuncia que mi amado Almeida viene en ese navío: sí, apretemos el paso, y aun llegaremos á Lisboa á tiempo de gozar los momentos de su entrada en la casa paterna, y recibir sus primeros abrazos.

«Me es sensible, señor, replicó Isidoro, pero no puedo menos de disipar una ilusion que os parece tan dulce. ¿No veis que el buque que va á fondear, ha enarbolado el pabellon ingles, cuando el señor Conde de Almeida viene en una fragata de guerra portuguesa?

«Tienes razon, contestó tristemente el Marques, cuando en lugar de las siete torres portuguesas, reconoció la doble cruz de la Gran Bretaña."

Aunque esta equivocacion poco

importante, no disminuia en nada la probabilidad de la llegada de Almeida, derramó sin embargo en el espíritu del Marques una tristeza, á que no pudo resistir, y volvió á quedarse tan silencioso como al principio del camino; pero esto solo duró hasta que entraron en los arrabales de la capital, pues entonces el movimiento y tráfago que por todas partes le rodeaba, le reanimó un poco, recobró su alegria, y se dió prisa à llegar à su casa.

Mudóse de ropa apresuradamente, y voló al momento á casa de Almeida: pasó sin detenerse por delante del portero, y se dirigió en derechura á la habitacion del Conde. La primera persona que al entrar encontró, fue al viejo Manuel ayuda de cámara del Conde, que hacia ya cuarenta años que gozaba de toda la confianza y aun de la amistad de su amo.

«Y bien, querido Manuel, esclamó el Marques, ¿ha llegado ya mi amigo?"

La única respuesta que recibió Tavira, fue un torrente de lágrimas.

«¡Cielos! continuó, ¿qué ha suce-

dido? ¿acaso habrá el cielo dispuesto súbitamente de la vida del respetable Conde antes del regreso de su hijo?"

Aqui se redoblaron las lágrimas de Manuel.

«Esplicaos por Dios, buen viejo, añadió vivamente el Marques, cuya impaciencia llegaba ya á su colmo.

—«¡Ay de mi! no es á mi viejo señor, á quien ha querido Dios llevarse para sí: vive aun para arrastrar todavia algunos años de existencia dolorosa, y llorar la prematura muerte de un hijo, que era la única esperanza de su ancíanidad, y la gloria de su casa."

Sorprendido Tavira dirigió una mirada atónita al ayuda de cámara: habia oido las palabra de este; mas no podia persuadirse que hubiese comprendido bien su sentido. Permaneció algun tiempo sin poder articular una sola voz; pero al fin esclamó:

«¡La muerte... prematura.... de un hijo ....! Querido Manuel, ¿es qué el dolor perturba vuestro entendimiento, ó me engañan acaso mis oidos?

porque ciertamente yo no he oido bien.

—«Demasiado cierto es, señor Marques. ¡Pluguiera al cielo que yo hubiese perdido la razon la víspera del dia en que recibimos esta cruel noticia! mas ¡ay! vivo para sentir y padecer por todo lo que veo y oigo. ¡Pobre amo mio! ¡sin duda morirá de pena!

—«¡Luego he perdido á mi mejor amigo! ¡Mi querido Almeida! ¡Cuánta felicidad, cuántas esperanzas destruye tu muerte! Pero decidme, Manuel: ¿cómo sucedió este fatal acontecimiento?

—«Aun no ha recibido mi amo noticias circunstanciadas del hecho. Parece ser que el viage fue muy feliz desde Goa al Brasil, pues las últimas cartas que anunciaban la próxima salida del buque para Europa, estaban escritas en Riojaneiro. El gobierno recibió despues aviso de que la fragata habia efectivamente salido de aquel puerto; pero que acometida pocos dias despues por una tempestad espantosa, fue arrojada á las costas de la Guyana sin que

pudiese salvarse persona alguna de la tripulacion, ni de los pasageros.

—«¡Desgracia cruel! Yo quisiera, Manuel, poder aun dudarla, y no me atrevo á preguntaros como ha sobrellevado el señor Conde este golpe.

—»Os he dicho ya, señor, que mi pobre amo morirá indefectiblemente de sus resultas, y yo no le sobreviviré.

—«Id, amigo mio, decid al señor Conde, que me hallo de vuelta en Lisboa, que me habeis instruido de esta funesta novedad, que le pido permiso para entrar á unir mis lágrimas con las suyas, y quedo esperando su respuesta en este salon."

Retiróse Manuel despues de haber saludado al Marques; el cual luego que se halló solo, se puso á discurrir y llegó casi á persuadirse que todo lo que acababa de oir era uno de aquellos sueños fatigosos, que nos agitan á las veces, y de los que despertamos despavoridos, y llenos de un terror invencible que en vano procuramos disipar. Dirigia sus miradas á cuanto le rodeaba, y no podia hacerse car-

go de que aquellos lugares ya no volverian jamas á ser embellecidos con la presencia de su amigo, ni resonaria en ellos el eco dulce de su voz. Esta idea le era tan insoportable, que hizo un esfuerzo para apartarla de su imaginacion, y acabó persuadiéndose que no era Manuel, sino el mismo Almeida el que esperaba, é iba á ver entrar; pero los pasos lentos del anciano que llegaron á sus oidos antes que este se presentase, principiaron á desengañarle, y su semblante triste y desolado no tardó en disipar enteramente aquella agradable ilusion.

Manuel dijo al Marques que su amo no habia visto aun á nadie despues de recibida la noticia de la muerte de su hijo; que hubiera deseado hacer una excepcion en favor del Marques de Tavira, pero que no se sentia aun con bastantes fuerzas para soportar la vista de quien habia conocido y sido amigo de aquel hijo tan amado; que por lo mismo le suplicaba no llevase á mal que no le recibiera por entonces, y estuviese persuadido de que seria la

primera persona que admitiria luego que la religion hubiese tomado algun imperio sobre su alma.

No podia Tavira ofenderse de esta contestacion; pero no dejó de aumentar su amargura, pues como aun no habia podido llorar, esperaba que la vista del padre de su desgraciado amigo, y de la desolacion en que se hallaba su familia, enterneceria bastante su corazon para promover el llanto, y juzgaba tambien que los lamentos con que mútuamente espresarian su dolor, servirian para consolar al Conde, impidiéndole que concentrase en su seno la pena que le afligia. Pidió, pues, una pluma, puso precipitadamente sobre el papel algunas palabras, y entregó el escrito á Manuel á fin de que lo llevase á su amo. Salió en seguida, montó en su carruage, corrió todos los cristales, y mandó al cochero que le llevase á casa.

Esperábale el page en el tocador, segun acostumbraba, muy ageno de pensar lo que habia sucedido. Sorprendióse desde luego cuando vió vol-

ver à su amo mucho mas pronto de lo que le esperaba, y seria dificil pintar la sensacion que le causó el semblante espantado del Marques, cuando despues de haber abierto con violencia la puerta del gabinete se echó en un sofá sin hablar palabra. Cuando entró el Marques en su casa, estaba Isidoro leyendo, y al oir sus pasos en el salon, dejó el libro, se levantó de la silla, y permaneció inmovil en su lugar, con la mano izquierda apoyada sin fuerza sobre la mesa, el brazo derecho caido naturalmente, la cabeza un poco inclinada, y los hermosos ojos dirigiendo por entre sus largas pestañas una mirada tierna é investigadora sobre el Marques. Uno y otro guardaron esta posicion algunos minutos, hasta que al fin rompió Tavira el silencio esclamando:

«¡Ay querido Isidoro! ¡ya no tengo amigo!"

Hizo el jóven un movimiento de sorpresa; porque como no tenia noticia alguna de la desgracia ocurrida

en la familia de Almeida, no acababa de comprender de qué modo podia haber perdido su amo al amigo de su infancia que pocos momentos antes se habia lisongeado de abrazar, y á cuyo encuentro habia corrido con tanta impaciencia; pero el Marques no le dejó mucho tiempo en la incertidumbre, porque tenia demasiada necesidad de dilatar su corazon, para no apresurarse á participarle la funesta nueva: conocia que le convenia dar libre curso á sus lágrimas, y tenia por otra parte cierto presentimiento de que la voz suave de Isidoro, y aquellos discursos suyos tan llenos de la afeccion mas tierna, serian entonces mas poderosos que cualquiera otra cosa para calmarle un poco.

Refirióle, pues, todo lo que le habia dicho el viejo Manuel; y despues de haber lamentado la suerte de su amigo, despues de haber hecho un cumplido elogio de las nobles cualidades de su alma y de su entendimiento, se lastimó del infausto destino de sus padres, y de la triste si-

tuacion en que quedaba Doña Aurora, viuda, antes de casarse, de un esposo que la hubiera asegurado á la vez la felicidad mas pura en lo interior de su casa, y la posicion social mas brillante.

Hubiera querido Isidoro hallar algunos motivos de consuelo que ofrecer á su señor; mas era tan justo todo lo que decia el Marques, estaba tan libre de exageracion y lo sentia él tan profundamente, que no hubiera podido contestarle sino con alguna de aquellas frases generales que la boca de la indiferencia pronuncia con insultante facilidad, y que no debieran salir jamas de la de un amigo verdadero. El page, pues, permaneció silencioso pensando con razon, que el mejor modo de aliviar el dolor de un corazon aquejado de una herida que no tiene remedio, es dejarle exhalar libremente por algun tiempo; à la manera que un cirujano hábil no se apresura á atajar la sangre que sale de una herida del cuerpo, sino que por lo regular promueve su derrame.

Permaneció el Marques encerrado en su casa por espacio de muchos dias, sin querer recibir á ninguno de sus conocidos; porque como el Conde de Almeida le habia prometido que seria el primero á quien admitiese á su presencia, miraba por su parte como una obligacion el no ver á nadie hasta haber abrazado al padre de su malogrado amigo.

Al cabo de algun tiempo recibió un billete del Conde, el cual le suplicaba fuese á pasar en su compañia una parte de la noche. Angustióse Tavira mucho cuando leyó este escrito, porque nada es tan penoso como la primera entrevista con personas que acaban de sufrir una desgracia irreparable: en vano se fatiga el entendimiento para imaginar algunos consuelos que ofrecerles, y por lo regular se halla uno en su presencia sin haber discurrido nada que poder decirles. Pero al menos cuando participa uno mismo de sus penas, las lágrimas sinceras suplen por los discursos, y Tavira pudo gozar en esta oca-

sion de tan triste ventaja.

Su primera visita fue corta; porque habiendo sido muy viva la emocion que sufrió el Conde de Almeida cuando se presentó el Marques, temió este que la prolongacion de aquel estado perjudicase á la salud del afligido anciano. Se limitó, pues, à estar llorando con él por espacio de media hora, y pasó luego á ofrecer sus respetos á la Condesa á fin de no renovar aquella escena de afliccion, como hubiera sucedido si hubiese dejado para otro dia la visita de esta señora. Por la misma razon preguntó si podria ponerse á los pies de Doña Aurora de Seixa; pero supo con sentimiento que se hallaba ligeramente indispuesta, y no podia recibir á nadie.

Rota ya la valla, nada impedia al Marques el volver con frecuencia á la casa de Almeida; y con efecto lo hacia tan á menudo como permitia la prudencia; pero hasta la tercera visita no pudo ver á Doña Aurora. Esta habia pedido y obtenido el permiso de llevar luto como hija de la ca-

sa; porque creyó deber esta señal de respeto á su tutor, quien habia quedado muy complacido de ello. La primera entrevista del Marques con Doña Aurora no fue tan dolorosa como este habia temido: ella dió poco desahogo á su sentimiento, y el Marques atribuyó esta conducta á la modestia propia de una jóven, que no queria manifestar que la afligia mucho la pérdida de un hombre, á quien aun no estaba unida.

Luego que el tiempo hubo calmado un poco el sentimiento del Marques, se dedicó este à examinar y comparar el diferente modo con que cada uno de los individuos de la familia de Almeida sobrellevaba la pérdida cruel, que acababan de sufrir: el anciano Conde estaba abrumado de dolor; y se dejaba conocer que à no fortalecerle los sentimientos religiosos de que se hallaba penetrado, se hubiera entregado à la mas violenta desesperacion; pero se conocia tambien que estos mismos afectos no eran bastante poderosos para separarle ente-

ramente del mundo: no podia olvidar que el hijo que acababa de perder era la única y última esperanza de una casa ilustre, y que dentro de poco ya no viviria sino en la historia un nombre que habia hecho por tantos siglos el honor y la gloria de Portugal. Humillada su ancianidad bajo la mano poderosa que le castigaba, parecia que no tenia fuerzas para volver à levantarse, y ciertamente Manuel habia hecho una prediccion muy justa cuando anunció que la muerte del hijo arrastraria al sepulcro al padre. La Condesa, à pesar de ser muger y madre, llevaba su desgracia con mucha mas serenidad que su marido; porque si bien no podia dudarse que ambos eran igualmente piadosos, sin embargo el corazon de la Condesa era mas propenso à exaltarse que el del Conde; y de ahi es que aunque sentia lo mismo el golpe cruel que la heria, la idea de que su Dios exigia de ella un gran sacrificio, tenia algun encanto á sus ojos, y miraba como un deber sagrado el sujetarse noblemente

y sin murmurar. En cuanto á Doña Aurora, su tristeza era una melancolia dulce, en la que en cierto modo parecia complacerse; y hubiera podido decirse que estaba triste sin saber ella misma el motivo, en una palabra sus ojos se asemejaban á un espejo, en el que reflejaba la pena de los demas sin llegar á su alma.

---

## *CAPÍTULO XIX.*

Despues de la muerte de su hijo se habia el Conde de Almeida separado enteramente de la sociedad; pero recibia de cuando en cuando con el mayor gusto á los amigos que no temian entristecerse con la compañia de un anciano desgraciado, y salia algunas veces á tomar el aire; mas al fin dejó igualmente de frecuentar la sociedad, y reunirla en su casa: de modo que la mayor parte de sus conocidos, no recibiendo ya mas invitaciones, no se atrevian á visitarle por no esponerse á ser importunos; y de ahi es

que á pesar de su elevada clase poco á poco vino á quedar enteramente olvidado en la capital. Solo Tavira, como que estaba seguro de ser bien recibido á toda hora, frecuentaba constantemente la casa de Almeida, á la que concurria por lo ordinario cada dos noches. Su presencia disminuia el tédio de los desgraciados que la habitaban: estos eran los únicos momentos en que parecia que el Conde olvidaba la pérdida que habia sufrido; animábase la conversacion, y Tavira por su parte no dejaba jamas la casa del Conde sin reconocer que habia adelantado algo en instruccion y virtud.

Cuando mas trataba al Conde y á su familia, mas se robustecian los afectos que cada uno de sus individuos le habia inspirado. Aumentábase progresivamente su compasion hácia el desventurado padre, á quien habia privado el cielo del último renuevo de su noble estirpe. Pareciale ver una palma, que entre todos los árboles de un bosque frondoso en otro tiempo, era la única que habia podido resis-

tir al soplo abrasador del viento del desierto. Cada dia hallaba nuevos motivos de admiracion en aquella madre piadosa y resignada; y tambien discurria con frecuencia sobre cuales eran los sentimientos de Doña Aurora en tan dolorosas circunstancias.

La especie de indiferencia que esta mostraba, y que el Marques creyó en un principio que la afectaba por modestia para ocultar los verdaderos sentimientos de su corazon, le pareció al fin que era muy verdadera; porque discurrió con fundamento que á ser fingida, era imposible que una vez ú otra no se hubiese hecho Doña Aurora traicion á sí misma en presencia de un hombre que la veia casi todos los dias, y lo que sucedia era ciertamente lo contrario; pues se observaba en su conducta y en su humor una igualdad que no podia provenir sino de un profundo disimulo ó de una estrema indiferencia hácia el esposo que le habia sido destinado; y como nada en su carácter indicaba que pudiese ser disimulo, de aqui conclu-

yó Tavira que ella no habia nunca amado á Almeida, y que en el fondo de su corazon se alegraba de haber quedado libre.

La primera vez que le ocurrió esta idea se encolerizó fuertemente contra Doña Aurora. ¡Cuán necias y superficiales son las mugeres! decia; y tú sobre todas, jóven imprudente, ¡cuán poco digna eras de poseer el tesoro que unos padres tiernos te habian destinado! ¿Hubieras podido apreciar las virtudes de tu esposo, aquel corazon noble y generoso, aquella alma franca, aquel talento cultivado, y aquellos sólidos principios? Todo esto pierdes, y ¡contemplas tu pérdida con indiferencia! Acaso la celebras en secreto, y suspiras por el momento de dar tu mano á algun necio, cuyo esterior brillante te habrá seducido, y que solo te conducirá al altar para hacerte infeliz.

Mas debe advertirse que el Marques solo en algunos ratos de mal humor, era cuando se entregaba á unas reflexiones tan poco favorables á la

que las motivaba; pues en los momentos de calma convenia él mismo en que era muy natural que una jóven como Doña Aurora, enriquecida con todos los dotes que la naturaleza y la fortuna pueden dar, desease elegir ella misma su esposo; que debia serle muy duro el verse á su pesar unida á un hombre, á quien jamas habia visto, y que acaso en medio de sus bellas cualidades no interesaria su corazon; y que tambien era muy posible que en la numerosa y brillante sociedad que antes se reunia en casa de Almeida hubiese efectivamente encontrado algun hombre que hubiera llenado sus ideas, en cuyo caso nada tenia de estraordinaria su conducta.

Desde la primera vez que se presentó este pensamiento á la imaginacion del Marques, se propuso este examinar mas de cerca á Doña Aurora, y quedó muy pronto convencido de que sus sospechas no carecian de fundamento. Entonces sintió vivamente que el Conde se hubiese separado de la sociedad, porque se persuadió que

á no ser así, le hubiera sido fácil descubrir el dichoso rival que se habia enseñoreado de un corazon destinado en otro tiempo á su amigo.

Sin embargo aunque la soledad que reinaba por entonces en la casa de Almeida debió hacer sus observaciones muy vagas é inciertas en sus resultados, no dejó de continuarlas con la esperanza de que algun acontecimiento favorable le proporcionaria tarde ó temprano la ocasion de descubrir los secretos de la señorita de Seixa. Mas una circunstancia imprevista puso algunos obstáculos al exámen á que se habia dedicado; porque habiendo advertido Doña Aurora que el Marques fijaba en ella sus miradas con mucha mas frecuencia y atencion de lo que acostumbraba, se sonrojó y entró en sí misma, á la manera que se replega la sensitiva ante una mano indiscreta.

Advirtió Tavira esta mudanza, y sintió sobremanera haberla ocasionado con su falta de precaucion, porque previó que una vez advertida Doña Aurora, le seria mucho mas difi-

cil descubrir lo que deseaba. Mudó, pues, de táctica, y por algunos dias afectó mirar con grande indiferencia todo lo que tenia relacion con Doña Aurora, y aun habló de un proyecto de viage que debia alejarle de Lisboa por algunos meses. Esta noticia no podia en su opinion dejar de ser muy agradable á la señorita de Seixa; pues su ausencia la libraria de un celador incómodo sin duda, y la permitiria entregarse à los movimientos de su corazon sin temor de descubrirse. Pero con grande admiracion de Don Luis, vió este por primera vez en los ojos de Doña Aurora todas las señales de un sentimiento verdadero, circunstancia que le sorprendió, y le hizo entrar en profundas meditaciones.

Siguió en el mismo estado, aun despues de haber salido de la casa de Almeida; y mientras se dirigió á la suya, se puso por primera vez á reflexionar de donde nacia su curiosidad, y con qué derecho trataba de penetrar los secretos de una persona,

que le era enteramente estraña.

Si mi amigo viviese aun, decia, pensaria yo que era el interes de su felicidad el que me movia, y que me irritaba por verle víctima de una traicion; mas ¡ay! Almeida no existe, aquella en cuyas manos hubiera puesto él toda su gloria, tiene libertad para obrar como le parezca, y sus acciones ninguna influencia tendrán ya en la suerte de mi querido amigo.

La preocupacion del Marques no le impidió el advertir cuando entró en su casa, que el semblante de Isidoro se hallaba alterado: parecia que se alegraba mas que otras veces de ver á su amo, á quien hizo algunas amigables reconvenciones porque se habia retirado tarde, siendo así que la hora era la misma á que acostumbraba hacerlo, y trató de persuadirle que no saliese ya por la noche sino en carruage. Admirado el Marques respondió á Isidoro que se habia retirado á la hora que tenia de costumbre, y que él sabia muy bien que cuando hacia buen tiempo gustaba mas

de salir á pie. Viendo el page que en este particular no podia adelantar nada, suplicó á su amo que á lo menos permitiera que fuese él en su compañía siempre que saliese despues de puesto el sol, á lo que respondió el Marques, que este punto se decidiria en la primera ocasion.

Aunque la inquietud de Isidoro no se ocultó, como hemos dicho, á la observacion del Marques, se hallaba este demasiado ocupado en sus propias reflexiones, para pensar en preguntarle la causa: pero á la mañana siguiente, viéndole entrar en su cuarto con todo el aire de una persona que ha pasado la noche agitada, se acordó de lo que habia advertido la noche anterior, y le preguntó cuál era la causa de su inquietud. Al principio negó Isidoro hallarse alterado: dijo en seguida que no eran mas que unas aprensiones ridículas que se le habian ocurrido, pero al fin concluyó confesando que estaba efectivamente sobresaltado á causa de un encuentro que habia tenido.

«¿A quién has encontrado? dijo el Marques.

—«A Pedrillo.

—«¡Pedrillo! ¿Y quién es Pedrillo?

—«Aquel desconocido de quien os hablé en otra ocasion que habitaba en el pueblo de Chaves, y que tenia tan mala fama. Sospechando yo siempre que tuvo parte en vuestro asesinato, le denuncié á la policia; y habiendome presentado despues muchas veces en la prefectura á saber si le habian ya prendido, siempre me han contestado que seguramente habrá salido de Portugal, pues que hasta ahora ha sido imposible hacer aprension de su persona. En fin ayer le encontré en una de las calles vecinas, y al verle sentí un estremecimiento involuntario; seguile á lo léjos, y le ví discurrir por estas inmediaciones por espacio de media hora: parecia que examinaba con cuidado todas las salidas de esta casa, y yo no estrañaria que quisiese hacer una segunda tentativa contra vos. Asi que, mi amado señor, yo os lo suplico, cuidad de vuestra

persona, y no os negueis á adoptar las precauciones que me parecen necesarias.

«Estoy pronto á cuanto exija la prudencia, contestó el Marques, y á todo lo que parezca razonable; pero ¿qué motivos tienes para sospechar de ese hombre?

—«Desde luego su mala reputacion, despues su amistad con el criado de confianza del Conde de Vallanova, y últimamente su ausencia de la aldea, luego que se cometió el atentado contra vos.

—«Esos motivos, hijo mio, podrán ser suficientes para tí; mas yo no creo que la justicia se contentase con ellos.

—«Eso pues es lo que desde hoy trato yo de probar: ademas que ciertamente bastan para excitar la vigilancia.”

Prometió el Marques aprovecharse de las advertencias de su page, y luego que se quedó solo, consultó consigo mismo sobre si iria ó no aquel dia á casa de Almeida. No podia dudar que la especie de interro-

gatorio que sus miradas hacian sufrir á Doña Aurora, incomodaria á esta jóven, á la que no queria dar la menor ocasion de disgusto, y por otra parte acababa de suscitarse por primera vez en su corazon una sospecha muy estraña. ¿Seria posible que fuese él mismo el objeto de preferencia de la señorita de Seixa? Este pensamiento le hizo acordar de una multitud de pequeños incidentes que hasta entonces no habian llamado su atencion y que conspiraban todos á confirmar aquella idea.

Hallándose pues en el caso de tomar un partido sobre la conducta que en tan delicada ocasion deberia observar, comenzó por sondear su propio corazon, en el que con relacion á la bella Aurora no encontró otro sentimiento que los que le habia inspirado desde los primeros dias que se conocieron, y cuando la miraba como si fuese ya esposa de su amigo; esto es, una viva admiracion de su hermosura, cierto enagenamiento inesplicable cuando se hallaba á su lado,

la conviccion íntima de que un enlace con ella le haria feliz: en una palabra, todo lo que puede decidir á un hombre á realizar un matrimonio de conveniencia, y acaso alguna cosa mas; pero nada que se pareciese á un amor ardiente y esclusivo.

Hacia algun tiempo que trabajaba Tavira en persuadirse á sí mismo que no era formado para el himeneo: insensible á las virtudes del modelo de las esposas, habia corrido sucesivamente tras la mano de dos mugeres; la una no le merecia, y la otra no habia podido obtenerla. Despues de esto sentia una repugnancia invencible á hacer una nueva tentativa; pero sin embargo consideraba algunas veces que la idea de reemplazar á su amigo, y de trabajar en hacer feliz á la muger que le habia sido destinada, le ofreceria una dolorosa satisfaccion: mas se horrorizaba al pensar que acaso podria creerse que aun en vida de su amigo habia tratado de arrebatarle el corazon de su amante. Estremecíase cuando le ocurria

que la sola proposicion de su matrimonio con Doña Aurora engendraria sospechas en el corazon del Conde de Almeida; y cuando se ofrecia á su espíritu este pensamiento, tomaba súbitamente la resolucion de dejar á Lisboa, y huir para siempre de la presencia de la señorita de Seixa.

El último resultado de sus reflexiones fue el de decidirse á continuar aun por algun tiempo observando á Doña Aurora, y si descubria al fin que la pasion de esta se dirigia efectivamente á él, irse por algunos meses á sus estados de los Algarbes, y ver si el tiempo y la ausencia disiparian un amor que jamas habia tenido el menor estímulo. Continuó pues en sus visitas á casa de Almeida, y desgraciadamente cada una de ellas le ofrecia mayores pruebas de que no se habia engañado en sus congeturas.

Por este tiempo le comunicó Isidoro que habiendo ido á la prefectura de policia á hacer su declaracion relativa á la imprevista apa-

ricion de Pedrillo en Lisboa, habia sido tan mal recibido del comisario principal, que no podia menos de pensar que éste estaba vendido al Conde de Villanova; y tras esto procuró persuadir á su amo, que si dicha sospecha tenia el menor fundamento, se hacian mucho mas indispensables las precauciones que le habia recomendado. Bien conocia el Marques la necesidad de lo que le proponia Isidoro, mas sin embargo todo lo que este pudo lograr fue el permiso para acompañarle siempre que saliese por la noche.

Cierto dia salió el Marques despues de comer con el fin de dar un paseo por el puerto, y pasar la noche en casa de Almeida. Cuando llegó á la orilla del mar llamó su atencion una quimera que se habia suscitado entre dos marineros: acercóse para saber el motivo de la disputa, con cuyo objeto se habia reunido tambien mucha gente; y cuando se esforzaba en conciliar á los dos enemigos, le tiró Isidoro del faldon de la

casaca y le dijo al oido que se saliese de aquella apretura porque tenia que comunicarle una cosa del mayor interes. Conoció el Marques en el semblante de su page que no era un vano pretexto el objeto porque le llamaba, y desembarazándose de las gentes que le rodeaban, dejó el campo de batalla, y cuando estuvo á cierta distancia preguntó á Isidoro qué era lo que tenia que decirle.

«No queria, señor, que permanecieseis entre aquella turba, dijo el page, porque habia reconocido algunas caras muy sospechosas, y sobre todo una que me inspira un horror invencible.

—«¿Y es?

—«La de Pedrillo.

—«¡Siempre Pedrillo!

—«Si señor, siempre Pedrillo. De algun tiempo á esta parte, sobre todo, me parece que sigue vuestros pasos; y si como tengo harto motivo para sospecharlo, está de antemano seguro de la impunidad, será mas capaz que nunca de cualquier aten-

tado.... Pero, ¿qué mas? Aun no se ha terminado la disputa de los marineros; y su curiosidad ha cedido á la precision de seguiros: vedle allá.

—«¿En dónde?

—«Aquel hombre alto, rojo, de facciones muy marcadas, que vá por la otra cera, nos sigue con la vista y se detiene cada vez que nos paramos. Creedme, entrémonos por aquí, y procuremos llegar á la casa de Almeida por calles escusadas.

—«No, Isidoro: he consentido en que me siguieras para que pudieses socorrerme en el caso en que me viese atacado; pero nunca Don Luis de Tavira se esconderá para evitar cobardemente las miradas de su enemigo, y aun haré mas: le esperaré aquí á pié firme.”

En efecto dichas estas palabras, se detuvo el Marques, y se puso á mirar de hito en hito á Pedrillo, el cual pasó tranquilamente por delante de él, y tomó por la primera calle que se dirigia al puerto. El Marques siguió su camino con Isidoro, y cuan-

do se hallaron frente la calle que era muy ancha, no descubrieron ya al individuo que parecia seguirles los pasos. Esforzóse Don Luis en persuadir á su page que el partido que habia tomado era el mas prudente, y el mismo Isidoro convino en ello, despues de lo cual se encaminaron directamente á casa de Almeida, adonde llegaron sin otra aventura.

Eran ya las diez de la noche, y la atmósfera estaba muy oscura, cuando el Marques advirtió á su page que iba á salir para volverse á su casa. Habia Isidoro dispuesto sin noticia de su amo, que el cochero de este fuera á buscarle: disgustóse Don Luis al encontrar el coche á la puerta, y cuando estaba resistiéndose á subir en él, de repente dá Isidoro un grito y cae á sus pies, y al mismo tiempo se escapa á favor de la oscuridad un hombre embozado en una gran capa.

«¡Dios mio! esclamó el Marques, ¿qué tienes querido Isidoro?

—«Nada, señor, ó al menos asi

lo espero, respondió el page con voz alterada.”

Ayudóle el Marques á levantarse, llegaron al momento muchos criados del Conde, y á la luz de las hachas que llevaban, se vió que los vestidos de Isidoro estaban teñidos de sangre.

«¿Estás herido, hijo mio? dijo Don Luis.

—«Ligeramente, señor.”

Cogióle el Marques por el brazo, le hizo volver á entrar en el patio, y habiéndole sentado en una silla se disponia á quitarle la ropa para reconocer la herida; pero Isidoro le manifestó que casi no tenia dolor alguno, pues solo estaba herido del brazo, y que de manera alguna consentiria en que su señor le desnudase.

«Entremos en el coche, señor, dijo Isidoro, y volvámonos á casa. Vuestro cirujano verá mi herida, y vos le creereis cuando os asegure que es muy leve.”

Durante este debate se esparció por la casa de Almeida la noticia de la ocurrencia: el Conde y la Condesa

bajaron al patio seguidos de Doña Aurora y de Floreta. La señorita de Seixa estaba pálida y azorada, porque las primeras voces que habian llegado á sus oidos eran que el Marques acababa de ser asesinado. Cuando vió que el herido era Isidoro, recobró la tranquilidad; pero transmitió su inquietud á Floreta, que sin reparar en las personas que la rodeaban, se arrodilló delante del page y se deshacia en lágrimas.

«Tranquilizaos, señorita, dijo Isidoro, que no ha muerto nadie, y si yo me hallo herido, os aseguro que es muy levemente.

«Yo quiero verlo, yo quiero curaros, esclamó Floreta, quitándose el pañuelo que llevaba puesto, y haciéndole tiras.

«Dejadme por favor, replicó el page, no necesito nada.

«Pero señor Isidoro, dijo el Conde de Almeida, haceis mal en no admitir nuestros socorros, porque todo seria obra de un momento.

«No, no: no puede ser, repitió Isidoro.

«Pero hijo mio, dijo el Marques, al menos enséñanos el brazo, que esto bastará para tranquilizarnos.

—«Por Dios, señor, volvámonos á casa, y tened á bien que solo vuestro cirujano sea el que reconozca mi herida.

«No le importunemos mas, dijo el Marques, porque los enfermos suelen tambien tener sus caprichos; pero siquiera ¿no podrás decirnos como te ha sucedido esta desgracia? porque yo con la oscuridad nada he distinguido.

—«Ya lo sabreis despues.

«Me parece que ya no sacaremos mas, dijo entonces el Marques, y solo me queda, señores, rogaros me disimuleis el trastorno y confusion que os habemos causado, y pediros permiso para retirarnos.”

Saludóles el Conde de Almeida con la mayor afabilidad, sus criados ayudaron á Isidoro á subir al coche, y habiéndose Tavira colocado á su lado, partieron para su casa.

---

## CAPÍTULO XX.

Luego que el Marques se quedó solo con su page, le preguntó sin detenerse los pormenores de lo que acababa de ocurrir.

«Ese infame Pedrillo, dijo Isidoro, es el autor de todo; bien sabia yo que no nos espiaba sin objeto. Contra vos, señor, se dirigia; pero felizmente lo advertí yo á tiempo, y pude interponerme para recibir el golpe que iba dirigido á vuestra persona.

«¡Generoso Isidoro! esclamó el Marques, ¿con qué podré yo recompensarte lo que haces por mí?

—«Nada mas fácil, mi querido señor: un poco de amistad, y mucha confianza: ved aquí todo lo que os pido.

—«¡Y si la herida que has recibido llegase á ser peligrosa! Ni me atrevo á pensarlo: ¡ah cobarde Pedrillo! Yo fio que no quedarán impunes tus delitos.

—«Os repito, señor, que mi he-

rida es muy leve : en cuanto á Pedrillo no será necesario que penseis mas en él, porque ya no teneis nada que temer de sus traiciones.

—«¿Cómo?

—«Desde que ese traidor me ha dado nuevos motivos de inquietud, nunca he salido de casa sin armas, y sobre todo las veces que tenia el honor de acompañaros. Asi pues, cuando esta noche le descubrí cerca de la puerta de Almeida, no me contenté con defenderos, sino que al mismo tiempo le dirigí con el estilete una estocada, tan acertada á mi parecer, que ó yo me engaño mucho, ó no habrá podido volver á casa por su pie.

—«¡Niño maravilloso! ¿No solo eres valiente, sino diestro?"

Lo primero que hizo el Marques luego que llegaron á casa, fue enviar á buscar á su cirujano; y asi que hubo llegado hizo aun una tentativa para que se le permitiese asistir á la curacion; pero manifestó Isidoro tanta repugnancia á consentir en ello, y mostró tal inquietud por la instancia

con que su amo lo pedia, que temiendo este causarle una calentura que agravase su peligro, renunció, aunque á su pesar, á lo que tanto habia deseado. Pero tuvo una gran satisfaccion, cuando el cirujano le aseguró que el estado del herido era muy favorable, y que algunos dias de descanso y dieta bastarian para restituirle la salud. Con esta seguridad se contentó el Marques con estar un rato á su cabecera, y examinar por sí mismo si estaba dispuesto todo lo que pudiese necesitar durante la noche, y se retiró en seguida á su cuarto.

Al otro dia se levantó Don Luis mucho antes de lo que acostumbraba, y corrió al momento al cuarto de su page, en donde se enteró de que habia logrado un sueño apacible, y que casi no sentia ya dolor alguno. El Marques pasó la mayor parte del dia junto la cama de Isidoro, y este le instaba en vano para que se retirase, y parecia que se hallaba confuso por la bondad y dignacion que con él usaba su amo, el cual se com-

placia en repetirle, que no podia ni queria considerarle ya como un doméstico, sino como el amigo mas amado y leal. Estas palabras hacian brillar de alegría el interesante y gracioso rostro del page.

Era muy natural que Don Luis, que estaba ya tan acostumbrado á confiar á su fiel Isidoro casi todos sus pensamientos, se hallase todavia mas dispuesto á participarle cuanto pasaba en su corazon, despues de la nueva prueba de afecto que acababa de recibir, y cuando sentado á veces durante muchas horas á su lado, no siempre podian girar sus conversaciones sobre objetos indiferentes.

En uno, pues, de estos momentos de confianza, le participó la curiosidad que le habia inspirado la indiferencia con que recibió Doña Aurora la noticia de la muerte de su amigo, las observaciones que habia hecho, y la conclusion que de todo habia venido á sacar.

Una nube sombria cubrió los ojos de Isidoro cuando acabó el Marques

de pronunciar estas palabras.

—«¿Luego creeis, señor, le dijo, que Doña Aurora os ama?

—«Lo temo, amigo mio.

—«¡Lo temeis! ¿Y por qué?

—«Porque no sé que partido tomar. No deseo á la verdad casarme con ella, mas al mismo tiempo sé que no podria ser insensible al amor de una muger tan hechicera.

—«¿Y siempre habeis sido tan sensible, señor Marques?

—«¡Cruel Isidoro! ¡qué memorias me renuevas!

—«Perdonadme, mi amado señor: esta esclamacion ha sido involuntaria, pues yo no tenia absolutamente la menor intencion de afligiros.

—«Asi lo creo; y volviendo á Doña Aurora, la idea de que estaba prometida á mi amigo me presenta á la vez razones para amarla, y para huir de ella. ¿Qué me aconsejas tú en este caso?"

Hasta aquí habia podido Isidoro ocultar su turbacion, porque lo que por su parte tenia que hacer, estaba

reducido á recibir una confianza; mas cuando se le exigió ya directamente que diese consejo en una materia en que tomaba demasiado interes para poder ser imparcial, quedó como cortado, y permaneció algun tiempo sin responder palabra; y habiendo repetido el Marques su pregunta, le suplicó le dispensase de manifestar su opinion en tal negocio.

«¿Y por qué? dijo el Marques: ¿acaso no eres tú mi mejor amigo? ¿A quién podria yo dirigirme mejor que á tí?

«Mi señor, respondió Isidoro, conoce mi carácter, y sabe hasta que punto soy celoso.

«Está bien, pero yo no concibo en qué podria mi casamiento alterar nuestras relaciones. ¿Por ventura no serás tú siempre amigo mio? ¿Podré yo olvidar jamas que me has libertado de la muerte por dos veces?

—«Bien conozco, señor, que casado ó no, me amareis siempre, y no soy tan egoista, ni tan injusto que pueda pretender que sacrifiqueis la fe-

licidad que puede proporcionaros una union adecuada, á lo que en mí no será acaso otra cosa que un capricho; mas por lo que respeta á la diferencia que tal acontecimiento causaria en nuestras relaciones, solo yo puedo ser el juez, porque yo solo sé lo que pasaria en mi corazon si os viese contraer un segundo matrimonio.

—«¿Luego en esta ocasion me veré yo obligado á decidirme sin aprovecharme de los consejos del único amigo que me queda?

—«Hay muy pocos amigos que sean bastante desinteresados para dar consejos prudentes, cuando está de por medio su propia felicidad.

—«Pero tú Isidoro no eres un amigo cualquiera, y hay momentos en que yo creo descubrir en tí virtudes superiores á lo que puede esperarse de un ser humano.

—«¡Ah mi querido señor! Vos me juzgais con sobrada parcialidad. Para apreciar en su justo valor las virtudes de los hombres, es necesario penetrar los motivos de donde proceden:

todas las que tienen su principio en el interes personal, que son por desgracia la mayor parte, desaparecen tarde ó temprano, cuando se las sujeta á una prueba demasiado fuerte."

Interrumpió esta conversacion un criado que entró á avisar que un forastero queria hablar con el señor Isidoro.

«¡Un forastero! ¿Qué clase de hombre es?

—«Es un paisano modestamente vestido, y que parece hombre de bien.

—«¿Y no os ha dicho que es lo que quiere de mí?

—«Ha manifestado que no podia comunicar su mensage sino á vos solo.

—«Hacedle subir con permiso del señor Marques."

Introducido el forastero en el cuarto de Isidoro, se turbó viendo alli al Marques; y habiéndole instado el page á que dijese lo que pretendia, respondió, que la persona que le enviaba le habia prevenido espresamente que no le hablase en presencia de nadie, fuese quien fuese.

«Yo no dejo jamas á Isidoro solo con un desconocido, dijo el Marques: si podeis decirnos vuestro nombre y el de la persona cuyo misterioso encargo desempeñais, veremos hasta qué punto podremos acceder á vuestra demanda.

—«En cuanto á mi nombre ningun motivo tengo para negarlo: soy un paisano honrado de Lisboa, que tengo una hospedería no léjos del puerto con la enseña de mi patrono San Juan Bautista, y me llamo Juan Bautista Herreira. Por lo que hace al que me envia, que se hospeda en mi casa, no me creo con derecho para deciros otro tanto, porque me ha recomendado el secreto con toda otra persona fuera del señor Isidoro.

—«Lo siento, amigo mio; pero mi page no os hablará sino delante de mí.

—«Entonces, señor Marques, me retiraré.

«Permitidme señor Marques, dijo entonces Isidoro, que hable con el señor Herreira; porque estoy convencido de que no trata de ofenderme,

y acaso será muy interesante lo que tiene que decirme."

El Marques hizo aun alguna resistencia; pero cediendo en fin á las reiteradas instancias de Isidoro, se retiró á una sala inmediata, y dejó á su page con el huesped.

Luego que se hallaron solos, dijo Herreira á Isidoro, que entre las personas que se alojaban en su casa se hallaba un hombre que habia llegado hacia tres semanas, llamado Don Antonio-Luis-Francisco de Ribeira, el cual hacia un gasto considerable, sobre todo en comida y vino; porque no tenia caballos, ni aun criados, lo que parecia muy estraño en una persona que se decia muy noble, y que no carecia de dinero; por lo cual el buen Herreira confesó que mas de una vez habia sospechado que el señor Don Antonio-Luis-Francisco de Ribeira se arrogaba un nombre y una calidad que no le pertenecian. Sea de esto lo que fuere, el señor Don Antonio permanecia muy poco en casa, salia, y volvia á entrar cinco ó seis veces cada

dia envuelto siempre en una gran capa. En fin hacia cinco dias que volvió una noche muy tarde: apenas podia dar un paso, cubria su rostro una palidez mortal; de modo que el mancebo de la hosteria se vió obligado á ayudarle á subir á su cuarto, y consintió por dos ó tres veces que se le quedaba en la escalera. Llegado por fin á su aposento, habia hecho llamar al dueño de la casa, y luego que le vió le dijo con voz desfallecida: señor Herreira yo voy á morir en vuesta casa, y no me quedan ya sino muy pocos dias de vida. Habiendo manifestado el huesped su admiracion, apartó Don Antonio la capa que le cubria, y le enseñó una herida que habia recibido en el pecho, la que de pronto se habia bendado él mismo con su pañuelo. Esta herida, dijo, es mortal, no puedo dudarlo, pero sin embargo haced llamar à un cirujano, porque antes de dejar este mundo, necesito tranquilizarme un poco para arreglar ciertos negocios. Entretanto haced-

me favor de permanecer en mi cuarto todo el tiempo que os sea posible; no me dejeis jamas solo con ninguno de vuestros criados, y si llegase á perder el conocimiento, y delirase, notad bien todo lo que diga, y manifestádmelo cuando vuelva en mi acuerdo.

Continó Herreira su relacion, refiriendo que durante los dos primeros dias se habia ocupado el herido, en tanto que se lo habia permitido su debilidad, en examinar varios papeles que sacaba de un cofrecillo, y de los cuales hacia paquetes que cerraba y sellaba; que al tercer dia le habia acometido un desmayo del que no habia vuelto sino para caer en un espantoso delirio, en cuyo caso Herreira, (que parecia humano y caritativo), se mantuvo en su cuarto mientras duró el acceso con arreglo á los deseos manifestados por el paciente. Las palabras que este dijo fueron tan aisladas que era inposible aplicarlas ningun sentido, y el huesped solo habia distinguido bien dos

nombres que el enfermo repetia mucho en sus discursos, cuales eran los de Isidoro y de Don Ambrosio. Terminado el acceso dijo Herreira á Don Antonio que estos dos nombres eran los únicos que habia podido retener en la memoria, y le preguntó si eran de dos personas á quienes deseaba hablar. A esta pregunta los ojos del moribundo se manifestaron por algunos momentos estraordinariamente encendidos, y contestó, ¡quién! ¡yo! ¡yo hablar á Don Ambrosio de Larena! Sí, mas pronto le hablaré de lo que él piensa; pero será sin vuestra intervencion: no necesito que venga á verme, porque yo voy á buscarle, y si tú en ningun tiempo dices á persona alguna que has oido salir de mi boca tal nombre, saldré aunque sea de lo mas profundo de los infiernos, y te haré volver las palabras al cuerpo.

«Me parece, señor Herreira, dijo Isidoro sonriéndose, que os dan poco cuidado las amenazas de Don Antonio.

«¡Cómo! ¿Qué hé dicho yo? es-

clamó el huesped perdido el color.

«No tengais pena, repuso el page, continuad vuestra narracion que deseo vivamente saber el fin de la historia del señor Antonio. Discurro que es un hombre, cuya conciencia no está muy limpia, y vos no tendreis ningun motivo para arrepentiros de vuestra franqueza, porque Dios no permite que un criminal vuelva del otro mundo á atormentar á los hombres de bien.

«Por entonces, continuó Herreira, no dijo mas; pero habiéndome llamado esta mañana, me preguntó de nuevo que nombres habia pronunciado durante su delirio: se los repetí, y me dijo: ese Isidoro de quien he hablado, es un jóven que está en casa del señor Marques de Tavira, al que sirve en clase de page. Importa mucho que yo le vea; pues no podré morir en paz si no lo consigo: tengo que comunicarle cosas de la mayor importancia, cosas de las que dependen su felicidad y la de su amo. Id, pues á buscarle, rogadle que se

venga en vuestra compañía y no perdoneis medio alguno para que acceda á mis deseos; mas cuidad de que nadie, ni aun su amo, oiga lo que le digais. Cuando Isidoro sepa lo que tengo que comunicarle, hará el uso que quiera de las noticias que le daré; pero entretanto quiero que solo él las reciba. Que venga pronto sobre todo, porque ya me queda muy poco tiempo de vida.

—«Y bien, señor Isidoro ¿os venis conmigo?"

No bien habia acabado, cuando levantándose Isidoro corrió hácia la puerta, pero habiéndole faltado las fuerzas, cayó en el suelo; ayudóle Herreira á volver á sentarse, despues de lo cual le dijo el page suspirando.

«Ya veis, amigo mio, que no me hallo absolutamente en estado de seguiros: estoy mas debilitado por la dieta que por el mal; mas hablaré hoy mismo al médico á fin de que lo disponga de modo que pueda salir á la calle de aquí á dos dias. Id, pues, y decid á Don Antonio que estoy en-

fermo, herido.... ¿lo entendeis? *herido*, pero que iré luego que me halle en estado de poder andar.

«Procurad, señor Isidoro, que sea lo mas antes posible, replicó el huesped; porque sino temo mucho que no encontrareis ya á aquel desventurado.”

El Marques que estaba ya impaciente de tan larga conferencia y no dejaba de tener alguna zozobra por la seguridad de su page, se tranquilizó viendo por fin salir al paisano, y y cuando entrando en el cuarto de Isidoro, le halló un poco preocupado, pero por lo demas en el mismo estado que le habia dejado. No le preguntó directamente por el objeto de su conversacion con el huesped de San Juan Bautista; mas procuró descubrirlo por medio de rodeos. El page que queria evitar á su amo una inquietud que no se hallaba en estado de poder desvanecer, habia resuelto guardar silencio hasta despues de su entrevista con Don Antonio; y en efecto cumplió su propósito y no habló una palabra.

Cuando vino el cirujano le manifestó Isidoro que un negocio del mayor interes le obligaba á salir, y que por lo mismo esperaba le pusiese en estado de verificarlo. El doctor ponderó desde luego las grandes precauciones que se necesitaban en una convalecencia; mas cuando vió que el paciente estaba decidido á no perdonar medio alguno para recobrar prontamente sus fuerzas, creyó que debia mirar por su propio honor, y en consecuencia le permitió un alimento mas sólido, y en lugar de las tisanas que hasta entonces le habia dado le recetó algunas pociones entonantes; con lo cual de allí á dos dias ya se halló Isidoro en estado de poder andar, y sin perder un instante se presentó en la hosteria de San Juan Bautista.

Asi que el huesped le vió entrar, se separó al momento de un viagero que acababa de llegar, y habiendo encargado á un mozo que le enseñase el cuarto que le habia destinado, pasó con Isidoro á una pieza pequeña

muy separada, adonde nadie podia oir lo que hablaban.

«Habeis llegado demasiado tarde, señor, dijo Herreira, luego que se hallaron solos: Don Antonio murió ayer por la tarde.

«¡Cielos! esclamó el page; y los secretos que tenia que comunicarme ¿se habrán sepultado con él en el sepulcro?

«¡Ojala que lo hubiesen sido! replicó el huesped; mas yo temo aun mayor desgracia.

—«¿Cuál?

—«Que se hallen en poder de un enemigo de vuestro amo.

—«¡Me haceis estremecer! ¿Y qué motivo teneis para pensarlo?

—«Escuchad, señor, todo lo que ha sucedido. Cuando anteayer volví yo de veros, participé á Don Antonio lo que me habiais dicho; y al saber que vuestra salud no os permitiria venir por la tarde, y que de consiguiente no podria hablaros hasta pasados algunos dias, se entregó á la mas cruel desesperacion. ¡Desgracia-

do mí! esclamó; ¡no podré reparar los males que he causado! Procuré consolarle, y le propuse desde luego que se franquease directamente con el señor Marques: ¡Jamas! me respondió. Entonces le ofrecí ser su confidente, prometiéndole la mayor reserva y precaucion, pero no habiendo admitido tampoco esta propuesta, le sugerí la idea de que confiase todos sus secretos á un honrado eclesiástico, autorizándole para que os los trasmitiese á vos. Enfurecióse al oirlo, y prorumpió en blasfemias tan horrorosas, que yo sentí de todas veras haberle recibido en mi hostería; y os confieso, señor, que aun temo que la presencia y la muerte de tal impío en mi casa, han de traer alguna desgracia á mi familia. Permaneció en este estado de incertidumbre durante toda la tarde y noche de anteayer, y ayer por la mañana me pidió que le hiciese llevar á su cuarto un brasero encendido, y le diese el cofrecillo que estaba sobre la mesa. Hícelo asi, y cuando le abrió vi que contenia mu-

chas cartas y otros papeles: empezó luego á desenvolverlos, y á irlos quemando uno tras otro; mas en esto se abre de repente la puerta del cuarto, y entran dos hombres desconocidos: uno de ellos me dice, poniéndome una pistola al pecho: si hablas, eres muerto. El otro corrió al lecho del moribundo: le arrancó los papeles que tenia en la mano, y en seguida se puso á registrar todos los rincones del cuarto para ver si hallaria algunos mas. Concluida esta operacion preguntó á Don Antonio, ¿están aquí todos?; el herido con una voz que apenas podia entenderse, respondió que no tenia mas papeles que aquellos; y con esto se retiraron los dos desconocidos, previniéndome que no saliese del aposento hasta que hubiese pasado un cuarto de hora."

Escuchaba Isidoro lo que decia el huesped con el mayor interes y atencion; y habiéndose Herreira detenido un poco, le rogó que siguiese.

«La desesperacion del enfermo, continuó el huesped, se redobló luc-

go que partieron aquellos hombres. ¿Con qué todo se ha perdido? decia; ¡elinfierno me persigue y proteje al crimen! La conmocion que le causó aquella aventura, le ocasionó un delirio muy largo. Sin embargo recobró su conocimiento poco despues de mediodia; pero su debilidad se hallaba en el mas alto grado, y todo anunciaba que le quedaban ya muy pocos instantes de vida. Entonces me hizo sentar á su lado, me dijo que tomase la pluma, y me dictó este papel que veis."

Al decir esto entregó el huesped à Isidoro un escrito concebido en estos términos:

«Me proponia reparar antes de mo-«rir algunos de los muchos perjui-«cios que he causado al Marques de «Tavira, manifestándole el nombre «del implacable enemigo que le per-«sigue, cuyo instrumento he sido; y «deseaba tambien poner en manos del «señor Isidoro unos papeles que cier-«to acaso, que no quiero esplicar, hi-«zo venir á mis manos, los cuales

«contenian un secreto de la mayor «importancia para su amo, y le hu«bieran hecho espeluzar los cabellos, «si los hubiese visto. Ninguno de es«tos terribles misterios puede confiar«se al papel; y por otra parte des«pues que ese cobarde enemigo ha en«viado á sus viles satélites á arrancar «de mis manos moribundas unos es«critos, que me pertenecian, no ten«go ya medios para probar la verdad «de mis palabras. En cuanto á los pa«peles que pertenecian al Marques, la «mayor parte han sido quemados: uno «solo ha caido con los mios en ma«nos agenas; mas espero que separa«do de los otros, no podrá servir en «daño de dicho señor. En cuanto al «que dicta este escrito, ha llevado di«ferentes nombres en la sociedad: di«choso él sino hubiese dejado nunca «el de

PABLO DE LARENA."

«Guardad, señor Isidoro, ese papel, continuó Herreira, que podrá seros útil. Solo me queda que manifes-

taros que un cuarto de hora despues de habermelo dictado entró el enfermo en agonía, y habiendo espirado á cosa de las once de la noche, le he hecho enterrar esta mañana bajo el nombre de Pablo de Larena."

Isidoro manifestó su reconocimiento al honrado y oficioso huesped por el trabajo que se habia tomado; y habiéndole asegurado de la gratitud de su amo, se volvió á casa, bien poco satisfecho de su primera salida.

---

## *CAPÍTULO XXI.*

Ninguna duda se suscitó en el espíritu del fiel page con respecto al nombre de aquel enemigo desconocido de su amo, que Pablo de Larena habia temido confiar al papel; porque todas las circunstancias se reunian para hacerle reconocer la mano del vengativo Conde de Villanova; y en cuanto al infame agente de sus maldades, no podia ser otro que aquel Pedrillo, cuya vida entera parecia un tejido de

misterios, y que en el momento de morir habia tomado un nombre que nunca hasta entonces habia usado.

Pero si esta parte de los secretos que el asesino queria confiarle, dejaba á Isidoro poco sentimiento de no haberle hallado vivo, no sucedia lo mismo con lo que miraba á los documentos importantes á la tranquilidad de su amo que aquel habia poseido, y uno de los cuales, segun parecia, habia caido en manos de Villanova, que era de quien mas importaba haber ocultado su existencia. En vano fatigó Isidoro su discurso para adivinar cuál podria ser el contenido de aquellos preciosos papeles, y por qué estraño acontecimiento se hallaba Pedrillo en posesion de documentos que interesaban á uno de los mas distinguidos señores del reino: su imaginacion no le presentó ningun hilo para salir de tan intrincado laberinto.

Con el objeto de evitar al Marques todo motivo de sobresalto, no le habló Isidoro de lo que tenia relacion con los papeles; mas no creyó deber

ocultarle el resto de aquella aventura, y su opinion particular acerca del objeto de que el difunto habia querido hablarle; mas con todo eso, no pudo prescindirse de hacer que la conversacion cayese muchas veces sobre los primeros años del Marques, época en que habia estado en el colegio, y sus amores con Doña Maria, con el objeto de ver si algun acontecimiento desgraciado habia podido en aquel tiempo comprometer su tranquilidad, y ponerle á merced de sus enemigos; mas no descubrió nada, porque aunque el Marques habia tenido unas pasiones muy violentas, habia conservado sin embargo, hasta en medio de sus estravios, un sentimiento tan exacto de lo que se debia á sí mismo y á su nacimiento, que jamas se habia citado su nombre en ninguna de las escandalosas aventuras de los jóvenes galantes de Lisboa.

Solo, pues, quedaba un camino para penetrar este misterio, y era el de descubrir algun pariente cercano de Pablo de Larena, adquirir cuantos por-

menores fuesen posibles sobre la vida de aquel desventurado, é inferir de alli qué relaciones habia podido tener con el Marques para hacerse con unos documentos que tocaban á los intereses de este. Con semejante objeto principió Isidoro por recorrer todas las iglesias de la capital á fin de procurarse la partida de bautismo, ya que no del mismo Pablo, á lo menos de cualquier otro individuo de la familia de Larena; y tambien se sirvió del buen Herreira para adquirir noticias de dicha familia, prometiéndole que los servicios que hiciese al Marques serian pagados á peso de oro.

Cerca de un mes se pasó en diligencias infructuosas y al cabo de este tiempo se halló Isidoro en el mismo estado de confusion que el dia que principió sus investigaciones. Durante este intervalo continuó el Marques en frecuentar la casa de Almeida, incierto siempre sobre la conducta que debia observar con respecto á Doña Aurora, cuya inclinacion hácia él se hacia de cada dia mas visible. Tembla-

ba de que su tutor llegase á conocerlo, porque temia que se tuviese por muy ofendido de ello.

Cierto dia encontró al Conde de Almeida mas triste de lo que acostumbraba; y aunque en el primer momento no se atrevió á preguntarle la causa de su pena, se animó luego, y le suplicó tuviese á bien confiarle lo que le afligia, y admitir sus consuelos.

«Yo pienso, señor Marques, respondió el Conde, que no dudareis que el recuerdo de mi malogrado hijo ocupa continuamente mi corazon. Esta memoria, pues, es en este dia mas vehemente que de ordinario, porque hoy hace veinte y seis años que me dió mi muger aquel hijo que debia ser el báculo y el consuelo de mi ancianidad, y que puedo asegurar, que mientras vivió en este mundo, no me ocasionó un solo disgusto. Pienso hoy en la felicidad de que gozaria si el cielo hubiese querido conservármele: miro en rededor de mí, y no veo sino personas que lloran como yo su pérdida; por entre la admirable piedad de

la Condesa, descubro el dolor de una madre; y veo, en fin, que esa jóven é interesante Aurora, que me confió al morir el amigo de mi corazon, y que debia ser un dia mi hija, va á ser para mi una persona estraña; porque ciértamente yo no puedo exijirle que permanezca siempre á nuestro lado: su nombre, su belleza, su fortuna, todo me impone el deber debuscarle un esposo; mas yo no sé si podré sobrevivir al momento en que sea preciso que la conduzca yo mismo al altar para entregársela á otro que á mi hijo."

La conclusion de este discurso pareció al Marques venida del cielo para darle oportunidad de abrir su corazon al Conde.

«Nadie en el mundo, señor, respondió, conoce mejor que yo la verdad de cuanto acabais de decir, ni participa mas vivamente de vuestras penas; y me lisongeo de que estais persuadido de toda la sinceridad del respetuoso y aun filial afecto que os profeso.

—«Os he dado de ello una gran prue-

ba: vos sois el único de todos mis amigos, á quien admito en lo interior de mi familia, y no os oculto ni mis penas, ni mis debilidades.

—«¿Me permitireis, pues, que os hable con entera franqueza?

—«No solo os lo permito, sino que os lo ruego.

—«¿Cuáles son, señor, vuestros proyectos para lo venidero? ¿Es posible que tenga atractivo para vos la mansion de la capital? La mudanza de aires y de vida ¿no contribuiria mejor que cualquier otra cosa á la conservacion de vuestra salud que tanto aprecian vuestros amigos, y al alivio de vuestras justas penas.?

—«Así lo creo. Pero ¿á dónde podré yo ir? ¿Me volveré á la India donde todo me recordará la funesta muerte de mi hijo? ¿Iré á sepultarme en alguna ciudad de provincia? ¿ó bien querriais que á mi edad redujese á metálico mi fortuna para comprar tierras, y con ellas pleitos y disgustos? Me queda ya muy poca vida, y pienso morir en esta misma casa.

—«Ninguna preferencia me ha fijado en Lisboa, señor Conde: dejé el castillo de Tavira por consejo de vuestro amable hijo con el objeto de distraerme del sentimiento que me causaba la muerte de una esposa, á quien habia tratado con una injusta indiferencia, por lo que me devoraba un remordimiento que en manera alguna podia acallar. Jamas he tenido la idea de abandonar para siempre los sitios que me vieron nacer, y estos se harian para mí mucho mas deliciosos, si vos os dignaseis acompañarme, y fijándoos alli reemplazar para conmigo á un padre que me arrebató el cielo demasiado pronto."

Animáronse los ojos del Conde al oir esta proposicion, y por la primera vez despues de la muerte de su hijo se dejó ver en su semblante un ligero aspecto de complacencia. Cogió luego la mano del Marques, y se la apretó con la mayor ternura.

«Tambien podria suceder entonces, continuó Tavira, que Doña Aurora me prefiriese á la multitud de

amantes que su hermosura atraerá precisamente en su rededor.

—«¡Mi pupila, señor Don Luis! ¿Pues qué? ¿la amariais vos?

—«¡Ah señor Conde! No me atrevo á decir á una muger que la amo; mas puedo aseguraros que no he encontrado aun otra con quien me tuviese por mas dichoso de pasar mi vida.

—«Y yo os protesto por mi parte que sois el único hombre á quien podria ver sin sentimiento ocupando el lugar de mi hijo en el afecto de mi pupila, como lo ocupais ya en mi ternura. Voy, pues, á participar vuestra propuesta á la misma Doña Aurora, y si por su parte no hay inconveniente, podeis mirar como hecho este matrimonio. Yo soy ya viejo, y mis desgracias me han aviejado mas aun que los años; deseo con ansia ver cerca de mi algunos seres felices; la hablaré mañana mismo, y sabreis su respuesta al dia siguiente."

Interrumpióse la conversacion con la entrada de la Condesa y de Doña Aurora; y en todo el resto de la no-

che manifestó el Conde una serenidad y aun una alegria, que no pudo menos de sorprender á aquellas señoras. No estaba tan tranquilo el Marques; pues no podia dejar de pensar en que acababa de fijar con una palabra el destino de toda su vida, porque era casi imposible que apoyando el Conde su pretension, la desechase Doña Aurora. Acordábase Tavira de las desgracias que habia ya sufrido por el amor, y pensaba tambien algunas veces en Isidoro, cuyo carácter delicado y celoso no era de esperar viese con indiferencia este matrimonio. ¿Y cómo afligir á aquel jóven amable, que no vivia sino para su amo? A fuerza de reflexiones casi llegó el Marque á arrepentirse del paso decisivo que acababa de dar; y temiendo en fin que pudiesen leer en su fisonomia la turbacion que reinaba en su espíritu, abrevió la visita, y se volvió á su casa mas temprano de lo que acostumbraba.

Luego que llegó, le entregaron un billete del presidente del tribunal de la *Relazaon*, quien le rogaba se to-

mase la molestia de pasar á su casa al otro dia por la mañana para hablar de un negocio del mayor interes; escusándose con las obligaciones de su empleo de no ir él mismo á verse con el Marques. Apresuróse Tavira á acudir á la invitacion del presidente, el cual despues de un preámbulo dirigido á excitar la curiosidad de Don Luis, continuó en estos términos:

«Si, señor Marques, el objeto que me ha hecho desear el veros es muy sensible para mí, y yo me hubiera holgado de que ya que tal proceso habia de formarse, no se hubiese elegido precisamente para entablarle la época de mi presidencia. Sin duda conocereis al señor Conde de Villanova.

—«Demasiado, señor presidente: es mi mayor enemigo; el único acaso que tengo en el mundo, mas ¿qué es lo que me quiere?

—«Pretende que llevais indebidamente el título de Marques de Tavira, que dice le pertenece, y acaba de presentar una demanda á efecto de ser reconocido como tal, y puesto en po-

sesion de los bienes, que en el dia disfrutais.

—«¡Mis títulos! ¡mis bienes! ¿No le basta acaso mi vida?

—«¿Qué decis, señor?

—«Por dos veces ha atentado ya contra mis dias el Conde de Villanova..

—«Moderaos, señor Marques: en este momento nos hallamos solos; pero si en presencia del tribunal se os escapasen tales palabras, creed que perjudicarian mucho á vuestra causa.

—«Pero cuando un asesino....

—«Os lo repito: ¿podeis probar lo que decis? tengo presente una de las circunstancias de que quereis hablar, pero bien sabeis que el tribunal no ha omitido diligencia alguna para descubrir los asesinos, y que no ha podido conseguirlo; y cualesquiera que sean las sospechas que podais tener, no os autorizan para proferir semejantes espresiones. Mas en el dia no se trata de esto: os he avisado de la demanda presentada por el Conde de Villanova, porque he creido que no estaba en el orden que un señor de vues-

tro rango recibiese la primera noticia por conducto de un ugier. Se trata pues de defenderos, y no de recriminar.

—«Perdonad, señor presidente, mi vivacidad, y tened la bondad de decirme: ¿el Conde de Villanova, que desciende de un hijo segundo de mi bisabuelo, sobre qué estraordinario pretexto funda la pretension de ser heredero de los titulos y bienes de la rama primogénita, con perjuicio del heredero legítimo?

—«Ese es precisamente, señor Don Luis, el punto mas delicado de lo que os debo manifestar, y lo que me es mas doloroso tener que deciros. Sostiene, pues, Villanova.... perdonad que yo me hallo muy léjos de pronunciarme en su favor, que es el único heredero y el último vástago que existe de la familia de Tavira. Dice que vuestro nacimiento fue acompañado de ciertas circunstancias que pueden hacer dudosa su legitimidad, y que tiene en su poder las pruebas de esta asercion.

—«¡Mi nacimiento ilegítimo! ¿Quién es el insolente que se atreve á sostener tal impostura?"

Al pronunciar estas palabras arrojaban fuego los ojos de Don Luis, quien puso mano á su espada lleno de furor.

«Tranquilizaos, señor, le dijo el presidente, y volveos á vuestra casa; los documentos de que vuestro adversario trata de valerse, se os comunicarán como es debido, y se os concederá todo el tiempo necesario para probar su falsedad material, ó destruir el efecto; pudiendo estar seguro de que el tribunal no pronunciará su juicio sino despues de haber pesado maduramente las razones de ambas partes. No me parece necesario añadir que existe una prevencion favorable á vuestra causa; porque ciertamente no es agradable despojar á un hombre de honor que despues de largos años goza de un estado ilustre, y de grandes bienes, que espende con liberalidad, para aumentar los de otro hombre que no los necesita. Si el Conde de Villanova prueba claramente su

derecho, nos veremos precisados á sentenciar á su favor; pero la mas pequeña irregularidad en los documentos, la menor oscuridad en las pruebas, bastará para que se desprecie su demanda."

El Marques agradeció de nuevo al presidente la atencion que le habia manifestado, volvió á escusarse de la vivacidad de su carácter, y se restituyó á su casa, trastornado por lo que acababa de saber.

---

## *CAPÍTULO XXII.*

Cuando Isidoro vió bajar á su amo del coche, quedó sorprendido de la alteracion que advirtió en su semblante. Inquieto de lo que podria haberle sucedido le siguió en silencio, y así como estuvieron en su cuarto, se arrojó á sus pies, y le suplicó le manifestase cuál era el motivo de su sobresalto. Aguardaba la esplicacion con tanta mayor impaciencia, cuanto el Marques era por lo ordinario bastante dueño de lo que pasaba en su

alma, siendo por lo mismo difícil leer en su rostro los sentimientos que agitaban su corazon.

El Marques, habiéndose echado sobre un sillon levantó á su page, y le dijo.

«Ese pérfido Villanova no contento con haber por dos veces apostado asesinos para quitarme la vida, quiere arrebatarme hoy con un solo golpe mi gloria, mis bienes y mi nombre.

—«¡Justo cielo! ¿Qué es lo que decis, señor? ¿Cómo puede él lisongearse de tener buen éxito en un proyecto tan inicuo? Yo no acierto á concebir en qué pueda fundar sus esperanzas.

—«El presidente de la Relazaon ha tenido la atencion de avisarme los designios del Conde. Parece que se ha hecho con ciertos documentos, falsos sin duda, á beneficio de los cuales quiere probar que mi nacimiento.... ¡Ay mi querido Isidoro! Yo no me atrevo á repetir tan horrible blasfemia.

—«¡Documentos, señor! ¿Y el presidente no os ha dicho de qué clase

eran, ni por qué medio habian llegado á manos del Conde?

—«Bien puedes conocer, Isidoro, que la circunspeccion que exige su empleo, no le ha permitido entrar conmigo en tan estensos pormenores; y yo no puedo menos de estar muy reconocido á sus procedimientos, pues me ha descubierto todo lo que podia revelarme sin faltar á sus deberes.”

Isidoro sin escuchar ya lo que estaba diciendo su amo, hablaba consigo mismo, y decia en voz baja:

«El Conde de Villanova.... posee algunos papeles.... que pueden perjudicar al señor Marques....”

Y dando de repente una palmada, esclamó:

«¡Ya dí con el hilo de este misterio!

«¡Comó! dijo el Marques. ¿Qué noticias tienes?

—«Aquel Pedrillo que murió.... poseia esos documentos.... queria entregármelos, y entonces estabais á cubierto de las conspiraciones de vuestro enemigo; mas llegué demasiado tarde. ¿Por qué hice yo caso de una

debilidad que tal vez el aire libre la hubiera disipado? ¡Ah! ¡cuán arrepentido estoy ahora de no haber seguido á Herreira en el acto!"

Pidió el Marques á Isidoro la esplicacion de lo que aun hallaba de oscuro en sus palabras y el page le manifestó todo lo que hasta entonces habia creido oportuno ocultarle relativo á su entrevista con Herreira despues de la muerte de Pablo, y le mostró el papel que este último habia dictado á su huesped antes de morir. Volvieron á leer juntos aquel documento, para ver si les presentaria algun medio para destruir los argumentos de Villanova; pero desgraciadamente cuanto mas meditaban sobre todas sus espresiones, mas se convencian de que los papeles que Pablo habia poseido eran decisivos, y plenamente contrarios á la causa del Marques. Isidoro participó á su amo las diligencias que habia hecho para descubrir algun individuo de la familia de Larena, y le dijo que iba á renovarlas con mas calor que nunca.

Al oir el nombre de Larena levantó el Marques los ojos, con cuyo motivo le preguntó Isidoro si conocia aquel apellido.

«No podria asegurarlo, le contestó su amo; pero tengo allá una idea confusa de haber visto una persona que se llamaba asi.”

Entonces le suplicó el page que hiciese todos los esfuerzos posibles á fin de recordar en donde habia visto aquella persona; y en el entretanto le instó á que sin perder momento consultase el negocio con un letrado.

«Debo cumplir ante todo una obligacion sagrada, dijo el Marques: voy á salir; vé tú á casa de mi abogado, y adviértele que iré á verle esta tarde.”

Obedeció Isidoro, y el Marques habiendo subido de nuevo en el coche, se hizo llevar á casa de Almeida.

Introdujéronle en un salon, mientras se advertia al señor Conde de su visita, que no solia hacerla tan temprano. Al cabo de diez minutos le avisó un criado que podia pasar al gabinete de su amo, en donde ha-

lló reunidos al Conde y á la Condesa de Almeida, y á Doña Aurora de Seixa.

«Ya sé, Marques, cuál es el objeto que os trae, le dijo el Conde al verle entrar, y no me admiro de que sin aguardar á la noche, hayais venido á saber vuestra suerte. Sobre este punto tengo noticias muy lisongeras que daros; mi pupila admite vuestra mano, y os repito que este enlace era acaso el único acontecimiento que podia ofrecer algun consuelo á mis penas."

El Marques, cuya visita tenia un objeto muy diverso del que el Conde creia, se halló tan conturbado al escuchar este apóstrofe inesperado, que le fue imposible pronunciar una palabra, bien para dar las gracias á Doña Aurora, bien para espresar el júbilo de que debia llenarle aquella noticia. El Conde atribuyendo su confusion á un exceso de alegría, le tomó la mano, y uniéndola á la de Doña Aurora le dixo:

«Acaso en este momento estoy aquí

demas; os dejo, pues, para que en presencia de la Condesa deis libre curso á los sentimientos de vuestro corazon."

Esta separacion del Conde era quiza lo único que faltaba para llevar á su colmo la confusion del Marques. Cuando se halló solo con aquellas señoras, se aumentó visiblemente su embarazo, y permaneció algunos minutos sin hablar; pero al fin le fue preciso esplicarse, porque un silencio mas largo hubiera sido á la vez ridículo y grosero. Procuró pues cobrarse, y dirigió á Doña Aurora estas palabras:

«Ayer, señora, me hacia feliz la esperanza que fundaba en la buena acogida que halló en el señor Conde la declaracion que me atreví á hacerle; y mi dicha hubiera acaso llegado hoy á su mas alto punto con la seguridad de que no desdeñais un amor tan tierno como respetuoso; hubiera llegado, repito, si en el corto espacio de tiempo que ha mediado despues de mi declaracion, no se hubie-

se formado sobre mi cabeza una densa nube de la que tal vez se desprenderá el rayo que debe destruirme. Ayer aun podia yo ofreceros un rango ilustre, un título elevado, una fortuna digna de vuestro mérito; y hoy no sé siquiera bajo qué nombre deberé presentarme á vuestros ojos. Se me disputa todo lo que podia darme algun derecho para aspirar á vuestra mano, y por lo mismo no era esta mano lo que yo venia á reclamar; sí que mi objeto se limitaba á suplicaros que no la dieseis á otro hasta el dia en que decida la ley el lugar que yo debo ocupar en el mundo. ¿Será exigir demasiado de vos el pediros esta gracia?

«Lo que acabais de decirnos, señor Marques, contestó la Condesa, viendo que Doña Aurora no tenia aliento para responder, me causa tanta sorpresa como afliccion. Servios esplicaros con mayor claridad, y manifestarnos cuál es la causa de ese imprevisto golpe que os abruma."

Don Luis en pocas palabras ente-

ró á aquellas señoras de todo lo que sabia acerca del pleito que se trataba de entablar contra él, y rogó de nuevo á Doña Aurora que conservase su libertad hasta que llegado el dia de la sentencia, se decidiese su suerte de un modo ó de otro. Ofreciósele Doña Aurora, toda ruborosa y con una voz tan conmovida, que apenas podia hablar.

Desde casa de Almeida se dirigió el Marques á la de su abogado, al que halló solo y dispuesto á recibirle á consecuencia del aviso de Isidoro. Tuvieron una larga conferencia; pero sin ningun resultado, en razon de que ignoraban todavia de qué clase eran los documentos sobre que pensaba su adversario fundar la demanda.

Aquella noche recibió Don Luis con una afabilidad que procuró en vano aparentar la visita del Conde de Almeida. Despues de la muerte de su hijo habia salido dicho señor muy raras veces, y estas no para cumplir con los deberes sociales, sino para respirar el aire puro del campo; y

por lo mismo apreció el Marques sobremanera la honrosa excepcion que en su favor se hacia. El objeto de la visita del Conde no era otro que manifestarle toda la parte que tomaba en la desgracia de que parecia hallarse amenazado; ofrecerle el apoyo de su crédito y su fortuna; y declararle al mismo tiempo que si Doña Aurora hubiese sido su hija en lugar de su pupila, no hubiera permitido que por causa del pleito se hubiese diferido un solo dia el casamiento; que la posicion delicada en que en este punto se encontraba, no le permitia acelerar su celebracion en las circunstancias del momento; pero que una vez terminado el negocio, y aun cuando fuese en contra del Marques, se esforzaria á discurrir algun medio para asegurar la felicidad de todas las personas que amaba.

Correspondió el Marques, como debia, á los nobles sentimientos del Conde, al que no pudo dar gracias sin derramar algunas lágrimas de ternura; pero le suplicó le dispensase,

sino aceptaba su invitacion de continuar como hasta entonces frecuentando su casa: conocia que la vista de la interesante Aurora seria demasiado cruel para su corazon, si cuando la dejase cada dia, se veia precisado á pensar que acaso acababa de verla por última vez. De consiguiente habia formado la resolucion de huir de toda sociedad hasta que se hubiese sentenciado su pleito, y entregarse únicamente á las ocupaciones que este desagradable negocio iba sin duda á ocasionarle.

Despidióse el Conde de Almeida sin haber podido apartarle de su propósito en este punto. Por lo demas como nuestros lectores estrañarán quizá la facilidad con que este señor habia concedido al Marques la mano de su pupila, juzgamos oportuno decirles que la virtuosa Condesa, que con alma resignada hacia al cielo el sacrificio de todas sus penas, penetró muy á los principios el interes con que miraba Doña Aurora á Don Luis, y lo participó á su marido; es-

te recibió la primera noticia con un dolor mortal; pero fortalecido por los sublimes discursos de su esposa fue poco á poco acostumbrándose á aquella idea, y por fin promovió él mismo la conversacion que sirvió al Marques de ocasion para declararse.

Pocos dias despues de la conferencia del Marques con el presidente de la Relazaon, se comunicaron á su abogado los documentos en que se apoyaba la pretension del Conde de Villanova: estos consistian primeramente en el acta de la celebracion del matrimonio del último Marques de Tavira, y la partida de bautismo del actual Marques, entre cuyas fechas solo mediaban tres meses; el tercero era una especie de sumario, que acreditaba que el difunto Marques habia llegado del Brasil tres semanas antes de su casamiento; y en fin acompañaba tambien una carta sin firma ni direccion, en la cual, aunque en términos vagos á la verdad y oscuros, hacia el autor alusion al nacimiento ilegítimo del Marques. Este último do-

cumento, absolutamente estrajudicial, no era de ningun peso en la balanza de la justicia: solo podia discurrirse que la lectura de esta carta habia sugerido al Conde de Villanova la idea de buscar las pruebas, que por desgracia habia podido reunir, y cuando Isidoro recorrió con su amo el legajo del abogado, no le quedó ninguna duda de que aquel escrito seria el que tanto habia sentido perder el malvado Pablo; de todo lo cual infirió que este habia póseido acaso una correspondencia seguida, en la que se desenvolvia y aclaraba el misterio del nacimiento de su amo; pero ¿cómo se habia hecho con esta correspondencia? ¿Qué relaciones podian existir entre un asesino asalariado y la ilustre casa de Tavira? Todo esto quedaba sepultado en una profunda oscuridad, en la que Isidoro conocia que le seria imposible penetrar mientras no adquiriese algunas noticias exactas sobre el origen y la vida de Pablo de Larena.

Vistas ya por el Marques las armas

de su adversario, y conociendo por consecuencia las que debia emplear por su parte, la primera idea que le ocurrió fue la de hacer él mismo un viage á Tavira con el objeto de reunir todas las pruebas que en su favor pudiese adquirir: pero renunció luego á este proyecto, reflexionando el gran dolor que sentiria cuando al recorrer los sitios que le habian visto nacer, en donde reposaban unos padres queridos y una esposa virtuosa, y en los que pocos dias antes se lisonjeaba aun de hallar una felicidad pura y duradera; tendria precision de considerar que acaso era aquella la última vez que los veria, pues que iban á ser propiedad de otro dueño; y que muy pronto no tendria ya ni derecho, ni medios para colmar de beneficios á sus moradores.

Hechas estas reflexiones, propuso á Isidoro que fuese en su lugar. El jóven page se manifestó confuso, y vivamente conmovido desde la primera palabra que sobre el particular le habló su amo, y respondió que pron-

to siempre á obedecerle en todo, partiria al momento, si el señor Marques se lo *mandaba*; pero que si era posible evitarle aquel viage, tendria en ello el mayor placer. Oido esto le dijo Don Luis que no se hablaria ya mas de tal proyecto; y en consecuencia se decidió que pasase á Tavira el abogado con espresivas recomendaciones para el prior de los Benitos, y para todas las autoridades de la provincia de los Algarbes.

Bien discurrirá el lector que en el entretanto la mayor parte de las conversaciones del Marques con su page girarian sobre el éxito probable del pleito. Isidoro preguntaba con frecuencia á su amo, si se acordaba de alguna circunstancia que pudiese servir bien á confirmar, bien á destruir las aserciones de su contrario, pero el Marques respondia constántemente que nada de lo que podia recordar de su juventud, le daba motivo para pensar que hubiese sido nunca tratado como un intruso que usurpaba derechos que no le pertenecian: su padre le ha-

bia manifestado siempre la mas afectuosa ternura, y conservó en todos tiempos la mejor inteligencia con su madre. La única cosa que le habia parecido estraordinaria, era el incomprensible empeño que habia tomado su padre en casarle con su prima, pues parecia que trataba de libertarle de algun gran mal que preveia.

«Ciértamente señor fue una desgracia para vos la muerte de vuestra esposa, ó al menos el que no os dejase hijos; porque en este caso, siquiera tendriais sus bienes.”

Hizo Isidoro esta observacion con cierta aparente indiferencia; pero esta no estaba en su corazon, antes por el contrario todo indicaba que estaba aguardando con ansia la respuesta del Marques, que fue la siguiente:

«Y yo doy por primera vez gracias al cielo por habérmela quitado antes del infortunio que me amenaza. ¡Dios mio! ¡Cuál hubiera sido su suerte unida á un hombre deshonrado, espulsado de la sociedad, sin fortuna, sin nombre, y sin estado!

—«¡Vuestra esposa os amaba tanto! ¿No os parece que hubiera sido bastante feliz en participar de vuestras penas y dulcificarlas?

—«Siempre debe alegrarse el desgraciado de sufrir él solo sus desgracias."

No creyó Isidoro prudente continuar por entonces semejante conversacion.

El viage del abogado á Tavira no produjo ningun resultado satisfactorio; antes bien todo lo que pudo averiguar conspiraba á confirmar las pretensiones del Conde de Villanova. Reunió una prueba completa de que el último Marques de Tavira habia partido para el Brasil con una comision del gobierno en el momento en que acababa de quedar convenido su casamiento con Doña Estefania de Noroña, cuyo enlace debia realizarse á su vuelta: esta se verificó al cabo de dos años; tres semanas despues de su regreso llevó á su esposa al altar, y á los tres meses de matrimonio, dió esta á luz con toda felicidad un niño, que era el actual Marques. Tambien

encontró dos mugeres ancianas, una de las cuales habia asistido en su parto á la Marquesa, y la otra la habia servido de enfermera; y ambas firmaron una declaracion en que se decia que el niño habia nacido muy desmedrado, de manera que una de ellas hizo observar á la otra que no parecia ser de tiempo. El letrado no ocultó á su ilustre cliente el débil apoyo que le ofrecia este documento, pero sin embargo prometió que haria de él el mejor uso posible, y corresponderia en cuanto estuviese de su parte á la confianza que debia al Marques.

Entretanto se aproximaba el dia en que debia decidirse el pleito, y con él la suerte del héroe de nuestra historia. La noticia de esta discusion estraordinaria se habia esparcido por todas las tertulias de la capital, y era el objeto de las conversaciones mas acaloradas entre los caballeros portugueses. Nadie se interesaba por el Conde de Villanova, que era generalmente aborrecido, aun de aquellos que frecuentaban su casa para gozar de

las brillantes funciones que daba, en las que su coqueta esposa hacia el primer papel. La corte misma se habia declarado abiertamente en favor de Don Luis: mas el tribunal permanecia impasible, y las personas indiferentes á ambas partes, se entretenian en pesar las razones que por una y otra podian ofrecerse.

Llegado el momento decisivo, principió el abogado del Conde poniendo á la vista de los jueces el árbol genealógico de la familia de Tavira, para probar la filiacion de su cliente, y demostrar que desechado Don Luis, ningun heredero mas próximo podia reclamar la sucesion. Establecido este principio, arguyó sobre los documentos que presentaba para sostener que Don Luis no era, ni podia ser descendiente del difunto Marques, ni de ningun individuo de la familia de Tavira; concluyendo de todo que debia darse lugar á la demanda del Conde de Villanova, en la que pretendia se le pusiese en posesion del título y bienes del Marques de Tavira, y se pro-

hibiese á Don Luis el usar en lo sucesivo de los títulos, apellidos y armas que hasta entonces se habia arrogado indebidamente.

Tomó despues la palabra el abogado del Marques. Estaba muy léjos, dijo, de querer poner en duda la filiacion de su adversario; admitia sin dificultad que el Conde de Villanova era descendiente legítimo de una rama segunda de la familia de Tavira; mas observaba que cuando parecia natural que este parentesco le hubiese inspirado alguna benevolencia para con los que traian origen de su misma sangre, ó se habian unido á ella; muy léjos de esto el Conde de Villanova, cuyo padre debió sus adelantos y fortuna al difunto Marques de Tavira, se complacia en deshonrar la memoria de su bienhechor, y la de una esposa, á quien este habia amado tiernamente, y con la que habia guardado siempre la mejor armonia. El Conde de Villanova, cuyas riquezas eran inmensas ,. y que hacia muy poco que las habia do-

blado por su matrimonio con la opulenta viuda de Chaves, trataba de despojar á un hombre, que por lo menos hasta aquel momento habia sido reputado por hijo de aquel mismo bienhechor, y al que aun cuando no lo fuera, no podia disputársele el título de esposo de la difunta Doña Margarita de Tavira, y por consecuencia la cualidad de pariente del que le perseguia con tanto encarnizamiento. Con estas observaciones procuraba el abogado convencer á los jueces de que la conducta de la parte contraria era dictada por el odio, y por el solo deseo de dañar; por cuya razon no debia admitirse en su favor prueba alguna que no estuviese demostrada del modo mas evidente; y que en todos los puntos en que por no existir ninguna certeza, se viese el tribunal en la precision de inclinarse á lo mas verosímil, debia recaer en su cliente el beneficio de la duda.

Descendiendo despues al exámen de los documentos en que parecia fundar su adversario tan grandes

esperanzas, preguntó ¿si las pruebas que de ello se derivaban presentaban bastante evidencia para deshonrar la memoria de dos ilustres difuntos, y á un hombre que al menos por su madre descendia de las casas mas ilustres del reino? Se probaba que Don Luis Marques de Tavira habia nacido tres meses despues del matrimonio de sus padres, y que este se habia celebrado á las tres semanas de llegado su padre á Europa, de modo que para ser legítimo, era menester que hubiese nacido antes de los cuatro meses. Esto era ciertamente raro y maravilloso; mas ¿podria asegurarse que era imposible?

«La misma dificultad de la cosa, dijo, la hace en este caso particular mas verosímil á mis ojos: porque en efecto lo que nos para y admira hoy como estraordinario, debia parecerlo mucho mas á los ojos de un esposo naturalmente celoso de su honor, que no podia desear se introdujese en su familia un estraño; y sabemos sin embargo que el difunto Marques de Ta-

vira jamas soltó la menor espresion que pudiese dar lugar á pensar que sospechaba de la virtud de su esposa: la amó siempre; siempre la estimó; crió con ternura paternal á Don Luis, y los habitantes de Tavira jamas han puesto en duda la legitimidad del hijo de su señor, que nació entre ellos."

Por todas estas razones, concluyó el abogado, que aunque el nacimiento prematuro del Marques salia ciertamente del orden regular, concurrian otras circunstancias que no permitian dudar de su legitimidad. Su antagonista replicó que las presunciones no podian jamas oponerse á unos hechos averiguados; que la época del nacimiento del Marques, y la del casamiento de sus padres eran ciertas, y que segun el orden de la naturaleza no podia menos de ser hijo ilegítimo; que si bien era constante que el último Marques de Tavira habia creido como prudente que no debia publicar la afrenta de una esposa; no era menos notorio que la Marquesa habia muerto jóven, y segun el rumor pú-

blico, devorada por un pesar secreto, cuya causa ocultaba á todos. Despues de esto terminaba con algunas chocarrerias sobre la certificacion de las dos mugeres.

Concluidos los alegatos, entraron los jueces en consulta; tomáronse muchos dias para meditar la sentencia; y al fin la pronunciaron definitivamente en favor del Conde de Villanova. En cuanto á los frutos percibidos, cuya restitucion pedia el Conde desde el dia de la muerte del difunto Marques, decidió el tribunal que atendida la buena fe de Don Luis, debia conservarlos. Compensaron tambien las costas, é hicieron ver claramente que sola la evidencia les habia obligado á sentenciar en aquel sentido; pero que se hubieran alegrado de poder pronunciar en favor del que habian despojado.

---

## CAPÍTULO XXIII.

El mismo abogado que tanto partido habia sabido sacar de una causa demasiado débil por desgracia, fue el que se encargó de la triste mision de anunciar á su cliente la pérdida de todas sus esperanzas. Asi como entró en el cuarto de Don Luis, leyó este en su semblante la nueva fatal que iba á recibir; y viendo que el letrado trataba de prepararle poco á poco á aquel golpe, le dijo que hacia ya largo tiempo que estaba dispuesto á cuanto pudiera sucederle, y que tenia valor para sufrir todas las pruebas que el cielo le reservaba. Escuchó, pues, con serenidad los pormenores de la sentencia, rogó á su abogado que continuase favoreciéndole con sus buenos consejos en las nuevas dificultades que sin duda iban á rodearle, y añadiendo despues que los pocos recursos que le quedaban no le permitian ser con él tan generoso como hubiera desea-

do, le rogó sin embargo que admitiese ademas de los honorarios que de derecho le correspondian, una hermosa caja de oro guarnecida de brillantes.

Luego que partió el abogado, escribió Don Luis una carta al Conde de Almeida, participándole la pérdida del pleito, y renunciando definitivamente todos sus derechos sobre la mano de Doña Aurora. Añadia que no se habia aun decidido acerca del partido que le convendria tomar, pero que casi estaba cierto de que abandonaria la capital, y evitaria en adelante las miradas de todos. La sociedad iba á serle odiosa, pues que ya no podia presentarse en ella sin avergonzarse; deseaba cumplida felicidad á la señorita de Seixa, y sobre todo un esposo digno de ella y menos desgraciado que el hombre que no se atrevia ya á aspirar á aquel título.

A la que acababa de escribir esta carta, anunció el criado al presidente de la Relazaon. Este respetable magistrado despues de haber llenado con honrosa imparcialidad los penosos de-

beres de su ministerio, no creia deber negarse á la satisfaccion de manifestar su sentimiento al mismo á quien habia condenado; pero al que en el fondo de su corazon profesaba una estimacion sincera, y cierta adhesion á que no podia resistirse. Esta visita conmovió vivamente á Don Luis, el cual tuvo aun la dolorosa satisfaccion de que todo el dia estuviese su casa llena de los habitantes mas ilustres y respetables de Lisboa, entre los cuales, con grande admiracion suya, no se encontró el Conde de Almeida.

Cuando el Marques recibió la noticia que decidia de su suerte, se hallaba Isidoro fuera de casa, pues le habia llamado Herreira para decirle que creia haber descubierto un Larena. Antes que volviese, tuvo Don Luis que sostener una entrevista bien cruel, cual fue la del viejo Fabricio, que como encargado de la distribucion de sus socorros entre los habitantes de Tavira, habia creido deber pasar á Lisboa para recibir las nuevas órdenes que su amo quisiese darle, porque co-

mo sabia quizá mucho mas de lo que queria decir, estaba seguro de que el Marques perderia el pleito.

Llegó en fin Isidoro, y no tuvo necesidad de penetrar hasta el cuarto de su señor para saber lo que acababa de ocurrir: porque los semblantes tristes y abatidos de los criados, y el profundo silencio que reinaba en toda la casa, le manifestaron sobradamente que el golpe se habia dado y que no se hallaba ya al servicio de un señor ilustre, cuyo nombre se remontaba hasta el origen de la monarquia portuguesa, sino al de un hombre oscuro, cuyo nacimiento era menos honorífico qué afrentoso.

Inutil será decir que esta idea no alteró en nada el afecto que le habia manifestado; pero nos engañamos, porque este afecto adquirió un nuevo grado de energía, y cuanto mas próximo estaba Don Luis á verse abandonado del mundo y de la fortuna, mas sentia Isidoro la necesidad de unirse á él, y reemplazar, si era posible, todo lo que iba á perder. En

esta ocasion se tomó por primera vez la libertad de entrar sin ser llamado al cuarto de su amo, y arrojándose á sus pies bañó en lágrimas la mano que Don Luis le tendió, pero le fue imposible articular una sola palabra. Don Luis vivamente conmovido, no hallaba menos dificultad en hablar; pero sin embargo, fue el primero que recobró su serenidad, y levantando á su page, le dijo:

«¿Por qué esas lágrimas, amigo mio? Piensa que ha de venir un dia en que seas hombre, y sabe que el cielo quiere que sobrellevemos con valor las pruebas que nos envia. Tén presente que yo solo he perdido lo que los hombres podian quitarme; esto es, algunas ventajas esteriores y frívolas; pero me quedan la razon y la vitud, y con ellas puedo arrostrar la injusticia de la suerte."

Al levantarse conoció Isidoro á Fabricio, á quien aun no habia visto. Corrióse al verle, y le preguntó por su salud, y la de las personas que quedaban en Tavira, afectando en sus

preguntas una indiferencia, con la que parecia trataba de ocultar alguna turbacion; pero aprovechando despues el primer momento en que creyó podia separarse de su amo, buscó á Fabricio, y tuvo con él una larga conferencia secreta. Por mas cuidado que puso para que no se conociesen sus relaciones con aquel antiguo mayordomo, el ayuda de cámara de Don Luis los vió entrar juntos en un gabinete retirado, y poco despues habiendo llamado aquel á su page, creyó el criado que tenia derecho para penetrar en la pieza en que se hallaban: hízolo asi, y quedó sorprendido cuando vió, que Isidoro estaba sentado, y Fabricio en pie delante de él con la actitud del mayor respeto, acababa con estas palabras la frase que estaba pronunciando:

«Vos conoceis mi afecto y mi fidelidad, y podeis por lo mismo contar en que vuestras miras serán exáctamente cumplidas."

A la vista del ayuda de cámara se turbaron ambos: Isidoro con cierto to-

no de autoridad que jamas habia usado con ningun criado, le reprendió el haber entrado de aquel modo en un aposento, en donde se hallaban dos personas hablando de sus negocios; pero temiendo luego haberse producido de un modo poco prudente, pidió perdon al ayuda de cámara, y le puso un cruzado en la mano.

Sorprendido el criado de lo que acababa de ver tenia aun la moneda de oro en la mano, y la daba mil vueltas, cuando llegó á presencia de su amo, el cual le preguntó quién le habia dado aquella moneda.

«El señor Isidoro, que como siempre es generoso, me ha hecho este regalo en indemnizacion de haberme hablado con un poco de aspereza.

—«¿Mas por qué te ha hablado asi?

—«Porque le he sorprendido hablando á solas con Fabricio, que le manifestaba casi tanto respeto como al señor Marques."

Sonrióse Don Luis, y cuando vió á Isidoro se chanceó con él por el respeto con que Fabricio le trataba. Isi-

doro quedó como corrido, y estuvo cortado durante toda la conversacion, que versó sobre la necesidad en que se hallaba Don Luis de poner inmediatamente en orden sus negocios y formarse un plan de vida: le dijo que no queria determinar nada siu la anuencia de su mejor y mas leal amigo, y que al efecto deseaba tener con él una conferencia. El primer paso era reunir todos sus fondos: la propiedad de los frutos percibidos le aseguraba la de los ahorros que habia hecho, que no dejaban de ser de consideracion, sobre todo despues de la muerte de la Marquesa; y ademas acababa de decirle Fabricio, que todos los arrendadores asi como se tuvo noticia del pleito, se habian apresurado ellos mismos á satisfacer hasta el último maravedí de lo que debian: de suerte que Don Luis se hallaba en posesion de un capital, que oportunamente colocado, no solo debia ponerle á cubierto de toda penuria, sino darle medios para hacer aun algunos beneficios.

Lo primero, pues, que se deter-

minó, fue el enviar á Fabricio á Tavira con orden de anunciar á los antiguos pensionistas de la Marquesa, que si bien la fortuna de Don Luis se habia disminuido, y no le permitia ya pagarles íntegramente las pensiones que les habia prometido; sin embargo habia arreglado sus cosas de modo que solo perderian una parte de la renta á que creian tener derecho, sin exigirles por ello otra retribucion que la de recibir sus socorros de manos de Fabricio, y guardar un secreto profundo y eterno sobre la fuente de donde se derivaban; porque Don Luis no queria dar ocasion á que el nuevo Marques de Tavira imaginase que él tenia intencion de hacerse amigos entre sus vasallos.

Arreglado este punto, se ocupó Don Luis en compañia de su page en buscar una casa decente, pero proporcionada á su nueva fortuna. Hallóla con facilidad, y se trasladó á ella al momento; porque como el palacio que ocupaba, formaba parte de la herencia del difunto Marques, no

dudaba que Villanova se apresuraria á desalojarle de él luego que se hubiese estendido la sentencia que acababa de obtener.

Mas antes de establecerse en su nueva habitacion, debia aun Don Luis dar un paso que miraba él como el mas penoso que habia de ocasionarle la pérdida del pleito; tratábase de despedir á sus muchos criados, que mas ó menos todos le amaban, y entre los cuales se hallaban algunos que habian consagrado la mayor parte de su vida al servicio del último Marques de Tavira y suyo. En particular habia uno que se acordaba exactamente del casamiento de su madre, y conservaba de esta noble señora una memoria llena de respeto y veneracion. Este habia declarado en el pleito sobre las circunstancias que concurrieron en el nacimiento de su amo; y aunque no pudo negar la época, juró que ni él ni ninguno de sus compañeros habian sacado la menor consecuencia contra el honor de la Marquesa, á la que habian mirado siem-

pre como una muger llena de la mas sólida virtud: manifestó algunas particularidades muy interesantes sobre la vida privada de sus antiguos señores, el amor constante que el Marques manifestó siempre á su esposa, y el cuidado paternal con que atendió á la educacion de su hijo. La deposicion de este anciano habia hecho grande impresion al tribunal, porque en cada una de sus palabras se veia estampada la sinceridad y buena fé: casi hizo inclinar la balanza, y si Don Luis hubiese podido añadir á esta deposicion un solo título positivo, la victoria era suya sin duda.

Fácil será, pues, juzgar cuán duro debió ser para Don Luis el tener que separarse de tantos y tan honrados domésticos; mas ¡ah! la cosa era inevitable; porque en la moderada fortuna á que su suerte le habia reducido, no podia pensar en rodearse de la multitud de criados que llenaban poco tiempo hacia el palacio del Marques de Tavira. En consecuencia tres dias despues de sentenciado el pleito,

hechos sus primeros arreglos, y dispuesta ya para recibirle la nueva habitacion, hizo ante todo llamar á Isidoro, á su gabinete, y le participó el proyecto que tenia para aquella mañana.

«En cuanto á tí, querido niño, le dijo, no te hago la injusticia de contarte entre las personas de que debo separarme, porque há ya largo tiempo que no eres á mis ojos un individuo de mi servidumbre; eres mi amigo, y como tal pienso que no querrás abandonarme. Te creo pronto siempre á tomar parte en mis desgracias, y quiero que participes tambien de los dias prósperos que el cielo quiera concederme.”

Estas palabras arrasaron de lágrimas los ojos de Isidoro.

«¡Ah mi amado señor! respondió. ¡Cuán dulce es este momento para mi corazon! Bajo cualquier título, con cualquiera calidad que sea, si os consagro mi vida, no hago mas que llenar mi destino sobre la tierra, y cumplir el voto mas solemne. ¡Pueda yo en efecto no dejaros jámas!”

En seguida acompañado Don Luis del jóven Cardoso, á quien no daremos ya el dictado de page, pasó al pórtico del palacio, en donde cincuenta criados de todas edades y clases se habian reunido para obedecer la última orden que debian recibir de su señor. Don Luis con voz firme, aunque un poco alterado por el sentimiento, les dió gracias por sus buenos servicios, les declaró la cruel necesidad de despedirlos en que se hallaba; y los dirigió á Isidoro para recibir lo que se les debia de sus salarios, con un año ademas á cada uno; despues de lo cual sacando de la faltriquera un papel les leyó el borrador de una carta que pensaba escribir en su favor al Conde de Villanova.

Al ver este último rasgo de generosidad, que era sin duda el que mas debia haber costado al corazon de su señor, todos se echaron á sus pies, y le suplicaron anegados en lágrimas que no enviase semejante carta, porque tenian esperanza de que podrian hallar colocacion sin necesidad de re-

currir á la bondad del Conde de Villanova; y por otra parte el respeto que tenian á su amo, no les permitiria jamás entrar en el servicio de su enemigo:

Mandóles Don Luis que se levantaran, y dándoles gracias por segunda vez, hizo pedazos el papel referido. Solo el viejo Garcia permanecia de rodillas implorando la piedad de su señor y pidiendo acabar sus dias en su servicio. Acercóse á él Don Luis, le tomó la mano, y apretándosela con afecto le dijo que tendria el mayor placer en adherir á su peticion, sino se opusiesen algunos obstáculos insuperables: la habitacion de la corte no era ya propia para él; solo pensaba permanecer en ella el tiempo necesario para determinar el lugar de su residencia, y segun todas las apariencias, el vasto océano le separaria en adelante de los climas que le habian visto nacer. Ni la edad, ni la salud de Garcia le habian dejado fuerzas suficientes para poder sobrellevar las privaciones y fatigas de un largo viage,

pues ya le era indispensable el descanso; y ademas debia hacerse cargo de que de todos modos hubiera cesado muy pronto en sus funciones para disfrutar de la pension, á que se habia hecho acreedor por sus largos servicios. En atencion á todo le suplicó su amo que supusiese que habia llegado ya la época de su jubilacion, y aceptase desde aquel dia la pension que de derecho le correspondia. Cedió Garcia á estas razones aunque con gran repugnancia, y en cuanto á la pension fue menester la orden espresa de su amo para que consintiese en admitirla. Vencida en fin su resistencia dirigió Don Luis un saludo risueño y afectuoso á todas las personas que se hallaban reunidas en aquella pieza, y se salió del palacio con el único lacayo que habia conservado en su servicio. Luego que partió, los llevó el jóven Cardoso al antiguo gabinete de su amo, y los despidió despues de haberles satisfecho sus salarios, que todos recibieron con las lágrimas á los ojos. Hecho esto cerró todas las

puertas, y llevó las llaves al procurador de Don Luis á fin de que este se pusiese de acuerdo con el Conde de Villanova para la entrega difinitiva. Orilladas estas desagradables diligencias, partió Isidoro á reunirse con Don Luis en la nueva habitacion.

---

## CAPÍTULO XXIV.

Aunque Don Luis á beneficio de la reduccion de gastos que habia hecho, conservaba, segun queda dicho, un capital bastante considerable para asegurarle una existencia cómoda; sin embargo la renta de que podia disponer se halló reducida por su delicadeza y carácter generoso á poco mas de lo rigorosamente necesario. Los pensionistas de la difunta Marquesa y los que su esposo habia añadido despues por su cuenta, habian sido tratados con una largueza correspondiente al rango y á la fortuna de sus bienhechores; de manera que cuando fue indispensable reducir las asignaciones

que anualmente disfrutaban, aun formaban las pensiones que debian pagarse una cantidad bastante crecida para absorver casi toda la renta de Don Luis, el que por lo mismo se vió precisado á establecer en sus gastos la mayor economía. Hemos visto ya que de su numerosa familia no conservó consigo sino al fiel Isidoro, un ayuda de cámara encargado del servicio particular de su persona, y una criada antigua para atender á la cocina, y desempeñar las demas faenas domésticas que deben correr á cargo de una muger. Isidoro quedó como el intendente ó mayordomo de esta pequeña casa, y todo su cuidado se dirigió á procurar que su amo, en cuanto fuese posible, olvidara el cambio cruel que su fortuna habia sufrido. La mesa sobre todo continuó sirviéndose con un gusto y delicadeza, que mas de una vez admiraron y aun motivaron algunas reconvenciones de Don Luis; pero luego que se le escapaba alguna palabra sobre este particular, le miraba Isidoro con la mayor ter-

nura, asomaba á sus ojos una lágrima, y juntaba las manos silencioso, como para suplicar á su amo que no rehusase las atenciones de una amistad desinteresada.

Todas las cartas que recibia Don Luis, tanto las que iban á buscarse á la administracion, como las que le llevaba el cartero á su casa, pasaban por la mano de Isidoro. Esta correspondencia, bastante estensa cuando los grandes bienes que poseia exigian una vasta administracion, y cuando un título ilustre atraia las solicitudes de una multitud de tratantes, artistas y desgraciados, se habia disminuido mucho despues que Don Luis habia perdido á la vez sus títulos, su fortuna, y su habitacion acostumbrada. Isidoro por una curiosidad que no provenia de indiscrecion; pero que sin embargo tenia alguna cosa de mas personal que el simple interes, no recibia jamás carta alguna dirigida á su amo que no la diese mil vueltas en sus manos, y se esforzase á adivinar, ya que no su contenido,

al menos la persona que la habia escrito. Quince dias despues de la pérdida del pleito llegó una, cuya letra le era demasiado conocida para que tuviese necesidad de observarla mucho tiempo, y que con sola su vista agitó vivamente su corazon: era del prior de los Benitos de Tavira; mas ¿qué podia tener este que decir á Don Luis en las circunstancias en que entonces se hallaban recíprocamente colocados? No ignoraba Isidoro que el venerable prior habia gozado sucesivamente de la confianza de los tres últimos Marqueses de Tavira: estaba instruido de muchos secretos de familia, cuya revelacion podria influir tal vez, en bien ó en mal sobre la suerte de su amo; pero durante el curso del pleito habia manifestado una reserva, y aun á las veces cierto embarazo, que no se habian escapado á la penetracion de Don Luis, quien se habia quejado de esta conducta. ¿Seria pues acaso que al fin se hubiese decidido á hablar? ¿De qué clase serian sus confianzas? ¿No llegarian demasiado tarde?

Tales fueron las reflexiones que hizo Isidoro al reconocer la letra del prior. Afortunadamente cuando llegó la carta habia salido su amo, con lo cual tuvo tiempo para componer su semblante antes de presentarse á este, y pudo entregársela sin sentir otra emocion que la que de ordinario esperimentaba, cuando se hallaba en su presencia.

Tomó Don Luis la carta, y habiéndola leido con atencion, se dejó ver en su fisonomía una ligera sonrisa; doblóla en seguida á lo largo y la dejó sobre una mesilla en que estaba apoyado. Isidoro permanecia en pie delante de su amo; le hacia mil preguntas con los ojos; mas no osaba desplegar los lábios, y aun procuraba ocultar la curiosidad que le devoraba. Notólo sin embargo Don Luis, y como no estaba acostumbrado á ver en su semblante aquella espresion, le miró por algunos instantes con la mayor atencion, á fin de penetrar si era posible lo que pasaba en su corazon. Esta mirada acabó con la serenidad de Isi-

doro: turbóse visiblemente: una agitacion estrema se pintó en sus facciones y en sus movimientos, y al fin se cubrió el rostro con las manos: viendo lo cual Don Luis, esclamó admirado:

«¿Qué tienes Isidoro? ¿Qué significa esa agitacion?"

Por el tono de la voz de su amo conoció el jóven, que el exagerado temor que la vista de aquella carta le habia ocasionado carecia de fundamento; pero sin embargo no pudo vencerle de repente, y respondió:

«En nombre del cielo, decidme, qué es lo que os escribe el prior.

—«¡El prior! ¿Luego tú sabes que esta carta es suya?"

Esta observacion, que Isidoro no esperaba, le sumergió de nuevo en su primera confusion; estuvo algun tiempo sin poder responder, y por último dijo vacilando:

«He conocido el sello.

«Mas con todo eso, Isidoro, replicó Don Luis, yo no concibo la causa de la turbacion que manifiestas, porque ¿qué habia de decirme el prior de

los Benitos que pudiese justificar tus temores?

—«Yo no lo sé, señor; pero los secretos de familia de que sin duda se halla instruido....

—«¿Que importa? Si estos secretos me fuesen favorables, los hubiera revelado antes; si contrarios, ya no pueden dañarme; porque ahora ¿qué me queda ya que perder? En fin tranquilízate, pues no tengo motivos sino para elogiar la conducta de este buen sacerdote. Ve aqui de lo que se trata: cuando tuve la desgracia de perder á mi esposa, no pude resolverme á ser heredero de una muger que tan mal habia sabido apreciar. Por otra parte me hallaba bastante rico para no necesitar de aquel aumento de fortuna, y asi cedí al monasterio de los Benitos toda la herencia de la Marquesa, creyendo que con esta piadosa donacion podia justificarme en cierto modo ante la memoria del ser virtuoso, de cuya muerte me creia culpado, y asegurarme sus oraciones en el cielo, y las de aquellos buenos religiosos en la tierra; mas

hoy me escribe el prior ofreciéndome que me devolverá aquellos bienes que, segun dice, me pertenecen, y de los que su monasterio no se ha considerado nunca sino como un depositario."

Esta esplicacion volvió toda la tranquilidad á Isidoro, en cuyo semblante se dejó ver una alegria estraordinaria.

«¿Y qué tratais de responder, señor? dijo á su amo.

—«Mi contestacion será breve: daré gracias al venerable prior y le atestiguaré todo mi reconocimiento á su generosa oferta; pero le diré que jamás vuelvo á tomar lo que una vez he dado.

—«Sin embargo, señor, los bienes de la Marquesa podrian ser mas útiles en vuestras manos, que en las de aquellos religiosos, que por la munificencia de vuestros predecesores, son ya los monges mas ricos de Portugal.

—«¿Y querrias tú que yo debiese la abundancia de que gozaria á la muerte de una muger incomparable, á quien precipitó en el sepulcro

mi indiferencia? ¡Ah! nunca."

Durante la respuesta de Don Luis, apenas respiraba Isidoro.

«Pero si vuestra esposa viviese aun, replicó, nada se opondria á que la posesion de estos bienes os indemnizase de los reveses de la fortuna.

«¿Si viviese, dices? ¡Ah querido Isidoro! Si yo pudiese olvidar un solo instante mis delitos, daría gracias á Dios porque la llamó para sí antes de que llegase á ser la compañera de un desgraciado espelido de la sociedad, y que justamente castigado por la falta de sus padres, lleva en su frente el signo de la reprobacion."

En vano procuró Isidoro prolongar esta conversacion; se habia hecho demasiado incómoda para su amo, el cual la cortó de improviso para hablar de otra cosa.

Pocos dias se pasaban sin que Don Luis consultase con el jóven Cardoso sobre sus proyectos futuros. Una de las cosas á que creyó debia atender primeramente, fue á elegir el apellido que debia en adelante hacerle cono-

cer en el mundo. Al principio le sugirió Isidoro la idea de pedir al Rey permiso para conservar el de Tavira, en representacion de su esposa que lo habia tenido; pero Don Luis le dijo que respetaba demasiado la memoria de aquella esposa, y el apellido ilustre que por tan largo tiempo habia mirado como suyo, para que pudiese pensar en deshonrarle, aplicándolo á un hombre, cuyo nacimiento habia sido declarado solemnemente por afrentoso. Por otra parte si tomaba el apellido de su madre, se esponia á disgustar á una de las primeras familias del reino, y mediaba ademas el inconveniente de perpetuar la afrenta de la muger venerada que le habia dado el ser, y cuyo desliz, si es que habia existido, permanecia incomprensible para él. En fin Don Luis despues de haber meditado sobre ello largo tiempo, se decidió por el apellido de *Falsa*, que era el nombre que habia tenido en lo antiguo la aldea de Tavira.

«De este modo, añadió, no perjudico á nadie, pues tomo un apelli-

do que ninguno me disputa, y al que tengo algun derecho por haber nacido en Tavira. Con esta nueva denominacion iré á servir á mi Rey, mé esforzaré á distinguirme, y acaso un dia se dignará concederme la nobleza, con lo cual nada tendré ya que envidiar al nuevo Marques de Tavira; porque podré gloriarme de tener un nombre mas antiguo que el suyo.

Esta última frase la pronunció Don Luis sonriéndose, y como se hallaba sobre mesa, dijo tomando un vaso: «ea mi querido Isidoro, bebamos juntos á la salud del Señor Don Luis de Falsa, cuyo origen se remonta hasta el tiempo de los cartagineses."

Don Luis obtuvo sin dificultad la autorizacion para usar el apellido que habia elegido, y en seguida pensó en los medios de darle algun esplendor. Habia tenido por un momento la idea de entrar en el servicio; mas habiendo reflexionado en la desventaja personal que hallaria para sus adelantos, y en las querellas casi inevitables, á que daria ocasion entre sus camaradas,

renunció al proyecto de entrar en el egército de Europa, y tomó definitivamente la resolucion de solicitar un grado en las tropas coloniales.

Como su pleito habia hecho tanto ruido en Lisboa, que llegó á interesar al mismo Monarca, quien manifestó gran sentimiento de su resultado; Don Luis de Falsa logró fácilmente lo que deseaba. Se le nombró al momento capitan de un regimiento que iba á organizarse en el Brasil; y queriendo el Rey darle una prueba particular de estimacion, espidió en su favor un decreto, por el que le dispensaba de todo lo que pudiese tener de irregular su nacimiento, y le concedia la nobleza bajo el título de Conde de Falsa. El de Villanova, que instigado por el ódio habia perseguido á su pariente con tan gran encarnizamiento, bramó de furor al recibir esta nueva. Sus encendidos ojos no despidieron durante muchos dias sino miradas amenazadoras: juró que su venganza no se dejaria engañar, y que hallaria medios de dirigir nuevos

golpes al que miraria siempre como enemigo.

Aunque Don Luis habia evitado cuidadosamente el presentarse en la casa de Almeida, y aun anunciado con anticipacion al Conde la intencion de alejarse de ella; no estuvo en su mano el dejar de esperimentar alguna sorpresa al observar que este señor no venia á verle, no le escribia, en una palabra; no buscaba medio alguno para adquirir noticias suyas; porque como la conducta que él observaba estaba dictada por un sentimiento esquisito de delicadeza, no creia que el Conde de Almeida fuese capaz de formalizarse por una negligencia aparente, á la que en todo caso debia estar reconocido. Isidoro por su parte no habia dejado de observar esta mudanza estraordinaria en los hábitos de su amo; y aunque no se hallaba positivamente instruido de la causa, no dejaba de tener algunas sospechas, y solo aguardaba una ocasion oportuna para aclararlas.

Determinado ya el dia de la mar-

cha de Don Luis, no pudiendo este resistir á su impaciencia, tomó de repente la resolucion de ir á casa de Almeida para informarse del estado de salud de los que la habitaban, y anunciarles el nuevo género de vida que iba á abrazar. Asi que entró, supo que el Conde hacia muchos dias que se hallaba en el campo con toda su familia, y que se ignoraba la época de su regreso, que segun las apariencias aun debia tardar.

Cuando el Conde de Falsa volvió á su casa, halló una carta del ministro de marina avisándole que la fragata en que debia pasar al Brasil estaria pronta para dar la vela de allí á dos dias; que tenia orden para tocar en las Azóres, y pasar de allí á Riojaneiro, en donde el señor Conde hallaria instrucciones mas exactas y circunstanciadas sobre el género de servicio que esperaba de él su gobierno.

Don Luis comunicó inmediatamente esta carta á Isidoro, y le habló por última vez de un asunto, sobre el cual despues de muchas conferencias,

aun no habian podido ponerse de acuerdo. Deseaba Falsa que este jóven no se decidiese con demasiada ligereza á acompañarle en el largo y peligroso viage que iba á emprender: con este objeto le ponia por delante su corta edad, delicada constitucion, y poca robustez; y trataba de inspirarle temores sobre la influencia de un clima fatal para las personas que no han nacido en él. Como el jóven Cardoso no queria escuchar ninguno de estos argumentos, Don Luis le decia en seguida que se consideraba como personalmente responsable para con sus padres de la salud, y del bienestar del hijo que le habian confiado; cuyo último motivo era el único que en cierto modo hacia balancear la resolucion de Isidoro. Aquel dia pues, habiéndole repetido su señor sin ningun fruto todas sus primeras reflexiones, cayó en fin en la que creia mas fuerte que todas, resuelto en esta ocasion á apoyarlas si era necesario, con una orden positiva; porque por mas grata que le fuese la compañia de Isi-

doro, queria privarse de ella antes que esponer la salud, y tal vez la vida de este amable niño á unos peligros evidentes. Pero ¿cuál fue su sorpresa, cuando á la primera palabra que habló, sacó Isidoro de la faltriquera una carta que habia recibido de su padre el viejo arrendador Cardoso, y se la presentó? En ella, que al parecer era contestacion á otra que su hijo le habia escrito, no solo le daba el anciano su permiso, sino que en caso necesario le mandaba que siguiese á su amo adonde quiera que este quisiese ir, conjurándole espresamente que jamás le abandonase, recordándole todo lo que el señor Don Luis habia hecho por él y por su familia, y diciéndole en fin que no podia ignorar que su primera obligacion á los ojos de los hombres, y mas aun á los de Dios, era la de seguir y amar á su amo, y someterse á su voluntad como lo está la iglesia á la de nuestro Señor.

Esta última frase hizo sonreir á Don Luis por la inadecuada aplicacion que en el exceso de su gratitud ha-

cia de las palabras del evangelio aquel honrado, pero ignorante labrador. Visto, pues, que ya no habia ningun motivo para oponerse al viage de Isidoro, consintió Don Luis en él, y si el jóven parecia satisfecho de no hallar ya resistencia al cumplimiento de sus deseos, no lo estaba menos su señor al considerar que podria gozar aun de la conversacion y de los servicios del que habia sido su page, sin dar lugar á nuevos remordimientos.

Fuera de las visitas de etiqueta que Don Luis se vió precisado hacer antes de partir á varias personas públicas, ninguna de sus antiguas conexiones recibió de él este cumplimiento, excepto el Conde de Silva, en cuya casa halló á su amable hija, y en donde pasó una noche deliciosa en el seno de aquella familia respetable. En esta ocasion le dijo Tomar estas palabras:

«Despues de la desgracia que os ha sucedido, he llegado, señor Don Luis, á sorprenderme al ver que sentia cierto remordimiento por el sacrificio que hicisteis en mi obsequio. Si hubieseis

sido esposo de mi amada Emerencia, el señor Conde que no tiene hijos, hubiera obtenido fácilmente el permiso de pasaros á vos sus títulos, y en este caso nada tendriais que envidiar al infame Villanova."

Don Luis le apretó afectuosamente la mano y le dijo:

«Puedo aseguraros, señor Don Enrique, que nada le envidio. Los corazones de amigos, como los que se hallan aquí presentes, tienen á mis ojos mayor precio que los títulos mas brillantes, y la mas opulenta fortuna."

Tambien hizo Don Luis su visita al presidente de la Relazaon, cuyo comportamiento habia sido señalado por tanta justicia y delicadeza; y habiéndose embarcado á bordo de la fragata que le esperaba, se alejó de los sitios què le habian visto nacer; en donde hasta entonces habia ocupado un rango tan distinguido; y segun todas las apariencias se separó de ellos para no volver jamás á verlos.

---

## *CAPÍTULO XXV.*

Era el alma de Don Luis de Falsa fuerte, elevada, y llena de sensibilidad. Con mas predisposicion que cualquiera otra á la felicidad, sabia tambien sobrellevar noblemente un contratiempo inevitable, y ceder á los rigores del destino, sin abandonarse á lamentos inutiles, ni á una humillante desesperacion. Uno de los medios que empleaba para precaver un enternecimiento que hubiera podido afeminar su corazon, era huir las ocasiones de entregarse á aquella dulce melancolía, que tiene tantos encantos para los corazones sensibles; pero á la cual no pueden entregarse sino á costa de su fortaleza. Puesto en su lugar cualquiera otro, al considerar la inmensa distancia, y los largos años que iban á separarle de su pais, se habria colocado sobre la cubierta, y hubiera cebado sus ojos en las deliciosas riberas del Tajo, sin dejar

aquella posicion hasta que la rápida carrera del buque arrastrándole á lo léjos por el inmenso océano, hubiera hecho desaparecer poco á poco los mas elevados puntos de la costa, confundiendo su azulado colorido con las aguas del mar, y los límites mas distantes del horizonte. Pero Don Luis que sabia demasiado bien que su corazon no podia sufrir semejante prueba, creyó por consecuencia mas prudente no esponerse, y con este objetó se retiró inmediatamente á la cámara que se le habia destinado, y tomando un libro estuvo leyendo mientras el bajel conservó un movimiento sosegado, y cuando el balanceo se hizo demasiado fuerte para poder tener la vista fija en un punto, dejó la lectura y se acostó. Al dia siguiente pudo ya subir á la cubierta sin dificultad, porque las costas de Portugal habian desaparecido para siempre de sus ojos.

A los cuatro dias llegaron á las islas Azores, en donde, segun queda dicho en el capítulo anterior, debia

tocar el capitan para entregar al gobernador los pliegos que llevaba, y recibir otros para el Brasil; y como este negocio debia ocuparle algunos dias, Don Luis resolvió pasarlos en tierra, con el objeto de recorrer y examinar con atencion un pais nuevo para él, que jamás habia salido de la tierra que le vió nacer.

No esperaba Don Luis los obsequios y honores que se le hicieron en la Tercera. El gobernador y los principales habitantes de la isla le convidaron á porfia á banquetes y á toda clase de regocijos. Admirado de estas demostraciones espresó un dia su sorpresa al jóven Cardoso, el cual le Manifestó que el ministro de marina le habia recomendado particularmente al capitan de la fragata, diciéndole que su pasagero el Conde de Falsa era un señor, á quien el mismo Monarca miraba con el mayor aprecio. Al saber estos pormenores se fortaleció mas el amor de Don Luis á su soberano, y juró de nuevo hacerse acreedor á sus bondades, aun cuan-

do fuese á costa de su vida: no tardó en presentarse la ocasion.

Acababa de pasar un dia delicioso en una de las mas hermosas quintas de recreo que rodean la pequeña ciudad de Angra, en donde se habia reunido una sociedad amable; empleóse la mañana recorriendo el campo, y dedicándose sucesivamente ora al juego, ora á la conversacion; y la tarde estaba destinada á un concierto en que debian lucir su habilidad muchas jóvenes, cuyo gusto y destreza podia equipararse al de las virtuosas de primer orden. Todo hacia esperar que el dia se terminaria con mas placer aun del que habia empezado; mas cuando se levantaron de la mesa, advirtió sobresaltado el dueño de la casa, que el cielo que hasta entonces se habia presentado perfectamente sereno, acababa de tomar un aspecto amenazador, poco ordinario en la estacion en que se hallaban. El viento antes puro y apacible, se habia hecho fatigoso y sofocante; el horizonte estaba cubierto de densas nu-

bes, en cuyo centro se veia una mancha de color de fuego, y el aire exhalaba un olor sulfúrico muy fuerte. Algunos de los convidados hicieron las mismas observaciones, y propusieron que se suspendiese el concierto hasta saber lo que anunciaban aquellas apariencias espantosas; pero las señoras al contrario fueron de opinion que debia principiarse desde luego la música, para que con su estruendo no llegase á sus oidos el retumbo del trueno. Las mugeres que por lo comun son tan tímidas y propensas á asustarse, adquieren mas valor que los hombres, cuando la esperanza del placer se contrapone al temor del peligro.

Sombrios presentimientos agitaban el corazon del dueño de la casa; pero no se atrevió á manifestarlos, por no sobresaltar á las hermosas damas que alli se hallaban reunidas. Se retiró pues de la azotea desde donde acababa de contemplar los presagios de una gran convulsion de la naturaleza, y se volvió al salon; dispusiéronse los

instrumentos, y el director de la orquesta iba ya á dar la señal con el primer golpe de arco, cuando de repente se oyó un ruido sordo y lúgubre que parecia salir de las entrañas de la tierra. Los músicos quedaron sobrecogidos de espanto; y á pocos instantes un fuerte temblor de tierra hizo perder el color á todos los circunstantes, quitándoles hasta el menor deseo de entregarse á la alegria.

Esta era la primera vez que presenciaba Don Luis tan terrible fenómeno, pero sin embargo su corazon permanecia tranquilo, y solo le ocuparon dos pensamientos: el deseo de ser útil, y el temor del peligro á que tal vez se hallaria espuesto su querido Isidoro. Pidió luego su caballo, pesaroso de que su inesperiencia le hubiera hecho confundir los signos precursores de aquella conmocion con los de una tempestad ordinaria. Muchos de los convidados no se habian engañado, pero habian callado por no turbar el júbilo de la reunion con una prevision que acaso seria inutil.

Algunos sin embargo se separaron para regresar á sus casas antes de que se verificase la esplosion.

En vano se empeñó el dueño de la casa en retener á Don Luis, asegurándole que corria mucho menos riesgo en el campo que en la ciudad; pues esto era un nuevo motivo para obligarle á regresar lo mas pronto posible. Montó pues luego que le llevaron el caballo, y se dirigió inmediatamente hácia Angra, gastando en el camino cosa de una hora, durante la cual se repetian por intervalos algunos ligeros sacudimientos. De cuando en cuando erguia el caballo la cabeza, abria las narizes, y se resistia á pasar adelante: Don Luis estuvo ya á punto de apearse y continuar el camino á pie, pero al fin ora con amenazas, ora con caricias logró calmar el espanto del animal, y ya entraba en los arrabales de Angra, cuando un sacudimiento mucho mas fuerte que los que hasta entonces se habian sentido, hizo caer arruinadas muchas casas con un ruido espantoso. En esta

ocasion se encabritó el caballo de tal modo, que Don Luis no juzgando ya prudente fiarle su vida se apeó, y atándole á un árbol corrió con rapidéz hácia la fonda en donde estaba alojado. Todos los huéspedes se habian salido á la plaza, y luego tuvo el gusto de reconocer entre ellos á su amado Isidoro, el que al verle se arrojó en sus brazos esclamando:

«¡Ah mi amado señor! ¡cuán grande es mi felicidad! ¡cuán inquieto me hallaba por la incertidumbre de vuestra suerte! Estaba desesperado, y queria ir en vuestra busca; mas no sabia el camino de la quinta en que os hallabais, ni he podido encontrar nadie que quisiese acompañarme. Gracias al cielo nos hallamos reunidos, y ya no volveré á separarme de vos.”

En esto se presentó en medio de la gente un ayudante, anunciando que acababa de prenderse fuego al palacio del gobernador, y que se pedian algunos hombres benéficos para ayudar á la tropa de la guarnicion que se ocupaba en apagarle. Presentáronse unos

cuantos, á cuya cabeza se hallaban Don Luis é Isidoro: el primero trató de disuadir á este jóven del proyecto de acompañarle; pero Cardoso le manifestó que habia padecido mucho aquella tarde, y que estaba decidido á no separarse ya de su señor.

Cuando el Conde de Falsa llegó á vista del palacio, estaba tan completamente destruida una parte de él, que no era ya posible pensar en libertarla. Procuró pues penetrar hasta donde se hallaba el gobernador, y le convenció sin dificultad de que debia abandonar á la suerte aquel punto, y dirigir todos los ausilios al cuerpo principal del edificio. Colocado al lado del Conde de Falsa, admiró el gobernador su intrepidéz y serenidad, y como los talentos superiores, aun sin poner nada de su parte, adquieren siempre un ascendiente irresistible sobre los que los rodean, Don Luis se halló muy pronto encargado de la direccion general de los ausilios, los que distribuyó con el mayor conocimiento y prudencia. Ya la parte

incendiada del castillo se hallaba enteramente separada del resto del edificio, que por lo mismo podia mirarse como salvado, cuando se presentó en la plaza un hombre de mediana edad, de noble fisonomía, pero pálido, aquejado de dolores, y que apenas podia andar, sin embargo de irle sosteniendo dos criados. Llegado delante del gobernador, le hicieron sentar en un banco, y cuando su agitacion le permitió hablar, dijo así:

«Señor gobernador ¿teneis mis despachos?

«No señor, respondió el gobernador, pues ¿qué me los habeis entregado?

«¡Cielos! esclamó el desconocido, ¡sin duda se han quemado, y yo estoy perdido!"

Al oir Don Luis esta esclamacion, preguntó de qué negocio se trataba, y supo que aquel sujeto era capitan de un navío de línea que venia de Goa, y traia unos despachos de tal importancia, que su pérdida no podia absolutamente repararse; que habiendo llegado enfermo á la Tercera el

dia antes, habian declarado los médicos que sino respiraba el aire de tierra por algunos dias, sucumbiria antes de llegar á Lisboa; en consecuencia el gobernador, de quien hacia muchos años era amigo, le habia ofrecido un aposento en el palacio, en donde se habia alojado con aquellos papeles preciosos, de los que no queria separarse un instante; que la habitacion estaba situada en la parte incendiada, y que era muy probable que los despachos hubiesen sido devorados por las llamas.

Escuchó Don Luis esta esplicacion con la mayor impaciencia, y así que acabó de hablar el desconocido, hizo que le señalasen con la posible exactitud el lugar en donde habian sido colocados dichos papeles, y escapándose como un relámpago de entre las manos de los que hubieran querido detenerle, se dirigió hácia el edificio incendiado. Le costó bastante trabajo el penetrar por en medio del fuego y del humo, pero al fin llegó hasta el aposento del capitan, abrió el escri-

torio, sacó los despachos, y se bajó con la mayor rapidéz. Ningun tropiezo habia tenido hasta aquí; pero en el momento de salir á la calle, le cayó encima una viga encendida, que aunque felizmente solo le tocó de paso, le hizo una herida tan profunda en la cabeza, que al llegar á presencia del gobernador, solo tuvo tiempo para entregarle los documentos que habia salvado, y cayó desvanecido entre los brazos de Isidoro. Pasmado este jóven al ver á su amo arrojarse por entre las llamas, le habia seguido temblando hasta el pie del edificio, en donde le fue preciso detenerse por haberle perdido de vista; mas no apartó sus ojos de la puerta, y cuando le vió salir de nuevo alzó las manos al cielo por un movimiento indeliberado, y despues le siguió tan de cerca que se halló dispuesto á recibirle cuando cayó rendido por la fuerza del dolor.

Llamaron luego á un cirujano el cual curó á Don Luis sin querer por entonces manifestar su opinion acerca

de la naturaleza de la herida. En el entretanto ya el incendio estaba apagado, y habia pasado el peligro. Todo anunciaba tambien que no repetiria el terremoto; y los habitantes de Angra se fueron retirando á sus casas; mas el gobernador se empeñó en que Don Luis no habia de dejar el palacio hasta haber logrado su entero restablecimiento. Luego que el cirujano levantó el primer vendage, declaró que la herida presentaba un aspecto favorable, pero que el señor Conde no podia en muchos dias continuar su viage al Brasil. Oido este dictamen, escribió el gobernador á Lisboa participando la ocurrencia, y preguntando si la fragata en que habia llegado Don Luis á la Tercera debia aguardar su curacion, ó continuar el viage sin él.

Al cabo de diez dias llegó de Lisboa la contestacion, que estaba concebida en los términos mas honoríficos para el Conde de Falsa, de cuyo valor se hacian los mayores elogios, y á quien el Rey enviaba la orden de Cristo para indemnizarle en lo po-

sible de las desgracias que tan injustamente le habian oprimido. Añadia el ministro que la fragata debia partir luego para el Brasil, adonde el señor Don Luis la seguiria en otra ocasion; pues el Rey no queria que se pusiese en camino hasta que se hallase enteramente bueno.

Al otro dia de haberse recibido esta contestacion, entró en el puerto de Angra un buque mercante que venia de Lisboa, y habia hecho una larga travesía. Llevaba cartas para muchos habitantes de la Tercera, y entre ellas habia una para Don Luis, quien luego que se la entregaron reconoció la letra del Conde de Almeida, lo que le causó la mayor satisfaccion, porque como hacia tanto tiempo que no habia tenido noticias de dicho señor, empezaba ya á temer que le hubiese olvidado enteramente. Iba el sobre dirigido á la casa que habitaba en Lisboa antes de su partida, y Don Luis la abrió lleno de curiosidad, aunque muy ageno de pensar lo que iba á saber.

Escribíale el Conde desde una ca-

sa de campo situada á algunas leguas de la capital, y segun parecia estaba aun ignorante de la ausencia de la persona á quien la dirigia. En ella daba cuenta á Don Luis de todo lo que habia pasado en su familia despues de la última vez que se habian visto: durante la marcha del pleito habia manifestado Doña Aurora una agitacion y una inquietud estremedas; pero como su suerte permanecia incierta, la habia sostenido la esperanza; mas desde el momento en que supo que un decreto solemne habia despojado á su futuro esposo de sus bienes y títulos, y hasta de su nombre, y que en su consecuencia habia creido este que el honor le obligaba á renunciar para siempre á su mano, se habia entregado á la mas profunda desesperacion: devorábala una melancolía cruel; su salud habia llegado á resentirse, y los médicos que se consultaron fueron de opinion que debia salir á tomar el aire del campo; lo cual habia obligado á su tutor á alquilar un palacio en las inmediaciones de Lisboa. En

los primeros dias, la mudanza de sitio y la pureza del aire que allí se respiraba, influyeron favorablemente en la jóven Aurora; pero esta recayó poco á poco en su primera tristeza, y su abatimiento habia llegado últimamente á un estremo en que ya su vida empezaba á dar cuidado. En esta situacion decia el Conde de Almeida que no creia que el respeto á las conveniencias sociales pudiese exigir de él el sacrificio de su pupila, y por lo mismo rogaba á Don Luis que viniese á verle á fin de convenir juntos en las disposiciones necesarias para la realizacion de su himeneo con Doña Aurora, y que los nuevos esposos pudiesen presentarse en el mundo con el esplendor correspondiente á la clase de la novia, y á la que hacia poco habia pertenecido Don Luis.

Segun ya queda dicho esta carta habia sido remitida á Lisboa á la casa antigua de Don Luis; y dirigida desde allí al agente de negocios que estaba encargado de cuidar de sus intereses durante su ausencia, este la habia re-

mitido en un buque mercante que salia para la Tercera, en donde por fin la recibió Don Luis con mucho atraso.

Difícil seria pintar el efecto que la lectura de este escrito hizo en su corazon. Isidoro que se hallaba presente cuando la abrió, conoció al momento que versaba sobre algun asunto estraordinario, clavó los ojos en su amo, y retuvó la respiracion entretanto que este juzgaba conveniente esplicarle aquel misterio. Con efecto Don Luis rompió el silencio con estas palabras:

«Temo, querido Isidoro, que acaso tendré algo de que acusarme con respecto á tí.

«¿Cómo, señor? dijo Isidoro.

—«Quizá habré faltado á la confianza que te debo.

—«Ciértamente que eso seria muy cruel, porque nadie la merece mas que yo.

—«Sin embargo el cielo sabe que mi intencion era pura: lo que yo tenia que decirte debia incomodarte, y mientras el mal no era cierto, juzgué inutil el afligirte.

«¿Y por ventura lo será en el dia? preguntó Isidoro con voz turbada y vacilante.

—«No del todo hijo mio; pero necesito de tus consejos. La víspera misma del dia en que recibí la primer noticia del pleito que queria ponerme el Conde de Villanova, acababa de pedir en matrimonio á la señorita de Seixa."

Al oir estas palabras redobló Isidoro la atencion; apenas respiraba, y la ansiedad mas viva estaba pintada en su semblante.

«Al momento, continuó Don Luis, suspendí las diligencias, y cuando mi adversario fue declarado vencedor, creí que debia abandonar todas mis pretensiones á la mano de dicha señorita."

Tranquilizóse Isidoro un poco, y continuó su amo:

«Ahora acabo de recibir esta carta; mira lo que me escriben, y dime qué es lo que debo hacer."

Tomó Isidoro la carta que Falsa le entregaba. A medida que la iba leyendo se cubria su frente de una palidéz

mortal, y antes de acabarla se le fue de las manos, y cayó sin sentidos.

Asustado Don Luis, trató al principio de llamar para que le diesen socorro; mas prefirió despues acudir él mismo, y aunque débil aun, se levantó, y acercándose á Isidoro, quiso desabrocharle el vestido para facilitar la respiracion; pero al momento que le tocó, recobró el jóven súbitamente sus sentidos, y esclamó:

«Por Dios, señor, volveos á vuestro lugar; bien sabeis que no os hallais aun en estado de dejar la cama.

«Pero al menos, dijo Don Luis, déjame darte algun socorro.

—«No le necesito, me hallo muy bueno: dejadme, señor, dejadme; esto no ha sido nada; el calor de esta pieza; una jaqueca que tuve antes de ayer....

—«Isidoro, tú me engañas tambien á tu vez.

—«¡Yo engañaros, señor!

—«Sí: la causa de tu indisposicion es el sentimiento que te ha ocasionado la idea de mi casamiento. Tu me

has hablado varias veces de tus celos y de tu nimia delicadeza; pero confieso que no creia pudiese llegar á tal estremo, y pues exiges tantas pruebas de mi confianza, tiempo es ya tambien de que yo reciba la tuya toda entera. ¿Qué interés tan grande puedes tú tener en que yo no forme nuevos lazos? Y cuando yo llegase á ser esposo de Doña Aurora ¿en qué variaria tu posicion con respecto á mí? Nada podria disminuir mi reconocimiento á los muchos y eminentes servicios que me has hecho; permanecerias siempre á mi lado; serias siempre mi mejor amigo; y si el cielo me daba hijos, creeria llenar cumplidamente mis deberes confiándote el cuidado de su educacion. Dime pues, te repito ¿por qué no quieres que me case?

«Estoy tan léjos, señor, respondió Isidoro, de querer disuadiros de este himeneo, que despues de haber visto la carta del señor Conde de Almeida, os aconsejo y os ruego con el mayor encarecimiento que renun-

cieis en adelante á cualquiera otro proyecto. Me intereso mucho en vuestra felicidad, y estoy convéncido de que la hallareis al lado de Doña Aurora de Seixa. No dudo tampoco del buen afecto que os debo; y al fin es imposible que no me ameis un poco. Con respecto á lo que pasa en lo interior de mi corazon, permitidme que guarde un secreto que no debe integresaros. Si lo supieseis todo, me amariais mucho mas ó mucho menos de lo que me amais; y yo no me siento con fuerzas para esponerme á una prueba de esta naturaleza.

«¡Niño misterioso! esclamó Don Luis. ¿Qué significan esas palabras? Descorre el velo que cubre tus sentimientos, ó mañana mismo escribo una negativa terminante al Conde de Almeida.

«No hareis tal, señor, replicó el jóven Cardoso; porque sino me prometeis al instante casaros con Doña Aurora, os dejo para siempre, y el pobre Isidoro será perdido para vos."

Conocia mucho Don Luis el ca-

rácter de Isidoro para no estar cierto de que llevaria á efecto su amenaza; mudó pues de conversacion, y se puso á consultar sériamente sobre la proposicion del Conde de Almeida. Decidióse que Falsa escribiria á Lisboa pidiendo una licencia con el pretexto de ir á convalecer en su patria, y que luego que la hubiese obtenido, partiria á conducir al altar. á la que habia estado destinada para esposa de su amigo.

---

## *CAPÍTULO XXVI.*

Dispuesto ya de este modo el plan de Don Luis, solo restaba ponerle en egecucion; y para ello habiendo ido á verle aquella misma tarde el gobernador de la Tercera, le manifestó que persuadido de que para su completa curacion, era indispensable el aire nativo, se proponia pedir licencia para pasar por unos dias á Lisboa. El gobernador aprobó en un todo el proyecto, y le ofreció que al dia siguien-

te remitiria las cartas que quisiese dirigir en una corbeta del gobierno.

Aprovechóse Don Luis de la atenta proposicion de su huesped, y se puso desde luego á escribir varias cartas. Ademas de la del ministro, habia una para el Conde de Almeida, en la cual le esplicaba la causa del grande atraso con que contestaba á la suya, manifestaba lo muy satisfactorios que le eran los sentimientos que le conservaba la señorita de Seixa, y las bondades con que el Conde le honraba; anunciaba el paso que iba á dar con el gobierno para obtener una licencia, cuyo logro le parecia seguro; y por fin indicaba la época en que supuesto dicho permiso, podria estar de vuelta en Portugal.

Desde este momento hizo rápidos progresos la curacion; de manera que cuando llegó la licencia no tuvo Don Luis mas que hacer que buscar un buque en que poder embarcarse sin pérdida de tiempo. En el intervalo se habia ocupado principalmente en sondear el corazon de Isidoro con el ob-

jeto de descubrir lo que en él pasaba; pero este jóven estaba siempre sobre aviso, y solo algun acontecimiento imprevisto era lo que tal cual vez podia sorprenderle; pues fuera de estos casos, su prudencia y su reserva eran estraordinarias. Asi que, todo lo que su amo pudo leer en su conducta no fue mas que algo de melancolía, no tanta dejadéz como acostumbraba, una tranquilidad perfecta y una resignacion á toda prueba. Don Luis sin embargo no se dejó engañar por estas demostraciones, pues desde luego se persuadió de que aquella calma era solo aparente, y que su alma se hallaba devorada por un dolor profundo.

Afligíase al ver las penas que ocasionaba á un jóven que tanto le amaba, y cuya amistad era tan fina é ingeniosa; mas por otra parte no podia menos de reflexionar que su delicadeza llegaba ya á un estremo que debia causar su desgracia y la de todas las personas á quien amase; cuyas reflexiones le llevaron á desear que

su esquisita sensibilidad se embotase un poco, y le permitiese gozar de los bienes que el cielo le concedia, sin hallar en medio de ellos el orígen de un veneno que emponzoñaba su felicidad.

La travesía desde las Azores á Lisboa fue pronta y felíz. Luego que llegaron á esta capital, de la que Don Luis creia haberse separado para siempre, su primer cuidado fue informarse de si el Conde de Almeida se hallaba aun en el campo, y habiendo sabido que hacia tres dias que habia regresado con toda su familia, le envió luego una copia que de antemano tenia preparada de la carta que le habia escrito desde la Tercera, y anunció su visita para el dia siguiente. Cuando se presentó quedó sumamente satisfecho de las demostraciones de amistad con que le recibieron los Condes. En cuanto á Doña Aurora, su semblante estaba pálido y abatido, y se sonrosó luego que vió á Don Luis.

«Señora, dijo este, besando respetuosamente su mano, yo me atreví

á quejarme de la fortuna, porque parecia que queria arrebatarme á la vez todo lo que podia hacerme apreciable la existencia; mas hoy solo tengo motivos para dar gracias al cielo, pues queriéndome probar, me quita únicamente los bienes que menos valor tienen á mis ojos, y me deja uno que él solo es preferible á todos los demas juntos."

Las capitulaciones matrimoniales se estipularon sin dificultad, pues si Doña Aurora era hija única y huerfana, Don Luis no dependia de nadie. Cuando el notario las leyó en presencia de los futuros esposos, encontró Falsa una cláusula que no esperaba: el Conde de Almeida declaraba que habiendo perdido el hijo único que el cielo le habia dado, y no hallándose con esperanza de tener otro, si se verificaba aquel matrimonio, hacia donacion de todos sus bienes á Don Luis de Falsa, y que ademas se proponia solicitar del Rey el privilegio para traspasarle su apellido, armas y títulos. Esta nueva prueba de amis-

tad, arrancó lágrimas á Don Luis, que postrándose á los pies del Conde esclamó:

«No es de hoy, señor Conde, el tributaros yo un respeto filial; desde el primer dia en que mi querido Almeida me presentó á vos, conocí que erais el único que podia reemplazar para conmigo á los padres de que el cielo me habia privado; cuando os privó tambien á vos de vuestro hijo, juré en mi interior llenar sus veces para con vos, y jámas me hubiera separado de vuestro lado, si los decretos de la providencia no lo hubiesen dispuesto de otro modo. Mas espero que de hoy en adelante estaremos unidos para ya nunca separarnos.

«Tal es mi deseo, hijo mio, respondió el Conde de Almeida, y al pronunciar este nombre *hijo*, asomó una lágrima á sus ojos.''

Cuando el Conde de Almeida formó el proyecto de unir á su hijo con Doña Aurora, hizo disponer con magnificencia una habitacion de su palacio para los nuevos esposos; y en es-

ta ocasion propuso á Don Luis que pasase desde luego á ocuparla, lo que asi se verificó. Cerca de un mes se pasó en preparativos, porque aunque se habia determinado hacer la boda sin ninguna pompa, el Conde deseaba, que una vez casados pudiesen presentarse en el mundo con esplendor: complacíase en indemnizar á Don Luis de los injustos reveses de la fortuna; y repitió muchas veces que solo tenia el sentimiento de que Doña Aurora fuese su pupila y no su hija.

Determinado por fin el dia, se resolvió al mismo tiempo que la ceremonia de los desposorios se celebraria la víspera por la tarde, y Don Luis creyó que antes de bajar á comer debia detenerse en el tocador mas de lo acostumbrado. Acompañóle Isidoro, y uno y otro permanecieron silenciosos. Concluido el tocador, y cuando Don Luis se preparaba á pasar al salon, se le acercó el jóven Cardoso, y arrojándose á sus pies le dijo, que tenia que pedirle una gracia, á la que quedaria muy reconocido.

«¡Una gracia! replicó Don Luis. Debes estar seguro de que haré por tí cuanto puedas desear. ¿Qué es pues lo que quieres?

—«Que me deis vuestro permiso para ir á pasar unos dias en casa de mi padre: el pobre está ya viejo, y hace mucho tiempo que no le he visto.

—«¿Pues acaso, hijo mio, no tienes libertad para ir y venir cuando gustes? Pero sino me equivoco, yo creo que eliges un momento singular para hacerme esta peticion.

—«Al contrario, señor; mientras erais desgraciado, no podia, ó mejor diré, no debia dejaros. Mas hoy que vuelve á sonreiros la fortuna, ya no os es tan necesaria mi compañía.

«¿Pues qué, mi querido Isidoro, esclamó Don Luis, la confianza no es tan dulce en la prosperidad, como consoladora en la desgracia?

—«Convengo en ello, señor, pero no os faltaran oidos que reciban las vuestras; mis servicios deben seros en adelante mucho menos necesarios. Yo creo prudente aprovechar esta oca-

sion para visitar la casa paterna, y os confieso que sentiria mucho el que no quisieseis permitirmelo.

—«Estoy muy léjos de pensar en disgustarte; pero te engañas mucho si crees que puedo pasarme fácilmente sin tu asistencia. Desde que estás conmigo, me he acostumbrado de tal modo á tenerte siempre á mi lado, que me creeré solo en el mundo cuando no te vea. Parte, pues lo deseas; mas trata de que tu ausencia sea breve, y fija desde ahora la época de tu regreso.

—«Cuando haya llegado al lugar de mi destino, procuraré participaros el dia de nuestra reunion.

—«¡Lo *procurarás*! ¿Y qué podrá impedirtelo?

—«¿Por ventura puede el hombre disponer del dia de mañana? Para que yo os lo participe, es preciso que yo mismo lo sepa.

—«No te entregues á tan tristes pensamientos, hijo mio. En fin ¿cuándo volverás?

—«Antes de que os responda, de-

cidme: ¿me permitireis partir?

—«Sí.”

Viendo que Isidoro callaba, repitió Don Luis su pregunta:

«Y bien ¿cuándo volverás?

—«¡Nunca!”

Al pronunciar esta palabra se levantó Isidoro, y corrió precipitadamente hácia la puerta. Siguióle su amo, y cogiéndole del brazo le dijo:

«¡*Nunca*! ¿Y el voto que hiciste de permanecer *siempre* en mi compañía?

—«El mismo cielo me ha relevado de él: ¡nada os debo ya!”

En vano trató Don Luis de detenerle; se desprendió de él con una ligereza increible, desapareció como un relámpago, bajó corriendo la espaciosa escalera del palacio, atravesó el pórtico, y se halló en la calle antes de que fuese posible seguirle. Don Luis pasó aquella noche haciendo diligencias en busca de su criado, pero fueron inutiles. Isidoro no pareció.

La desaparicion de este jóven afligió sobremanera á su amo, quien du-

rante la comida y la ceremonia que la siguió, permaneció en estremo triste y preocupado; siendo lo que mas aumentaba su confusion el no atreverse á participar á nadie la ocurrencia; porque para ello era fuerza entrar en algunos pormenores sobre los celos, y la nimia delicadeza de Isidoro, que hubieran puesto en ridículo su carácter: y Don Luis le amaba demasiado para decir nada que pudiese perjudicarle.

Separáronse temprano y Don Luis para disipar la negra melancolía que le devoraba, se salió con el objeto de dar un paseo por el puerto; lisongeándose que alguna feliz casualidad le procuraria noticias de su amado Isidoro, cuya compañía era para él una parte de la existencia. Engolfado en sus meditaciones se paseó largo tiempo á la claridad de la luna, pero no encontró objeto alguno que le interesase. Ya trataba de retirarse, cuando de repente se le acercó un eclesiástico de aspecto venerable, que aunque á primera vista parecia ya de alguna edad, se dejaba ver en sus facciones que las

desgracias le habian avejentado mas aun que los años.

«¿No es el señor Marques de Tavira á quien tengo el honor de hablar? dijo el eclesiástico.

—«No sé, padre, como responderos á esa pregunta. ¿Hace mucho tiempo que no me habeis visto?

—«Mas de tres años, señor.

—«En ese caso puedo deciros que soy efectivamente el que buscais. Y bien ¿qué se os ofrece?

—«He llegado hoy á Lisboa en donde no conozco á nadie, y habiéndome presentado en vuestro palacio, me han dicho que os hallabais ausente. Me alegro de ver que me han engañado, porque confio en vuestra bondad que me ayudareis á reunir ciertas noticias que necesito.

—»Tendré, padre mio, el mayor placer en poderos ser útil; mas permitidme que hos haga á mi vez una pregunta. No me cabe duda de que os he visto ya en otra ocasion; pero sea que me falta la memoria, sea que la débil luz de la luna no me deja

distinguir bien vuestras facciones, me es imposible acordarme del lugar y época en que tuve el honor de hablaros." ..... : ..... . ....

Entonces aparentando el eclesiástico vacilar un poco, sacó una caja de oro y se disponia á tomar un polvo; cuando Don Luis que espiaba sus movimientos, esclamó:

«¡Ah padre mio! Ahora si que os reconozco perfectamente. Perdonad mi atolondramiento, pues me hallaba muy preocupado por una circunstancia que me atormenta. Vos sois aquel buen cura de las montañas de Alentejo, que me hospedó una noche, y cuyas tristes y estrañas aventuras me inspiraron el mayor interes."

—«Con efecto yo soy, y vengo á valerme de vuestro favor para una averiguacion muy importante que he de hacer en la capital.

«Antes de conoceros, dijo Don Luis, me habia ya ofrecido á serviros; juzgad pues, cuanto me interesaré por vos ahora que se el derecho que teneis á mi reconocimiento.....

Mas aguardad: me parece que una nueva luz ilumina mi entendimiento.... Solo una vez he oido vuestro nombre.... Tened la bondad de decirme ¿cómo os llamais?

—«Ambrosio.

—«¿Y el apellido?

—«Larena.

—«Ello por ello. Me parece pues padre mio que los servicios que yo pueda haceros en Lisboa, no serán de mucho tan grandes, como los que pienso recibir de vos. Venid pasado mañana sin falta á casa del Conde de Almeida, y preguntad por Don Luis de Falsa.

«¡Ah Señor! Haced lo posible para recibirme mañana, porque un dia es muy precioso para mi.

—«Tanto como eso me es imposible, porque precisamente mañana por la mañana me caso.

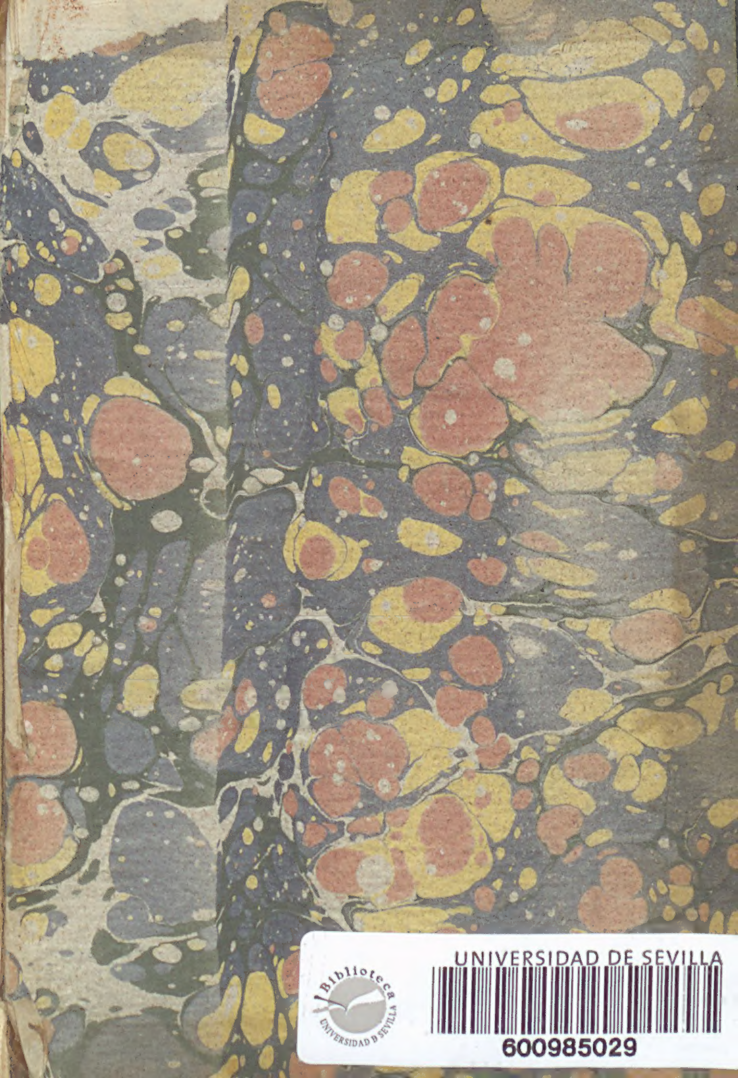
—«¿Os casais? ¡Ah! Es cierto: ahora me acuerdo de que me dijiste que la señora Marquesa habia muerto. Pero... perdonad mi indiscrecion: ¿quién es la señorita con quien os casais?

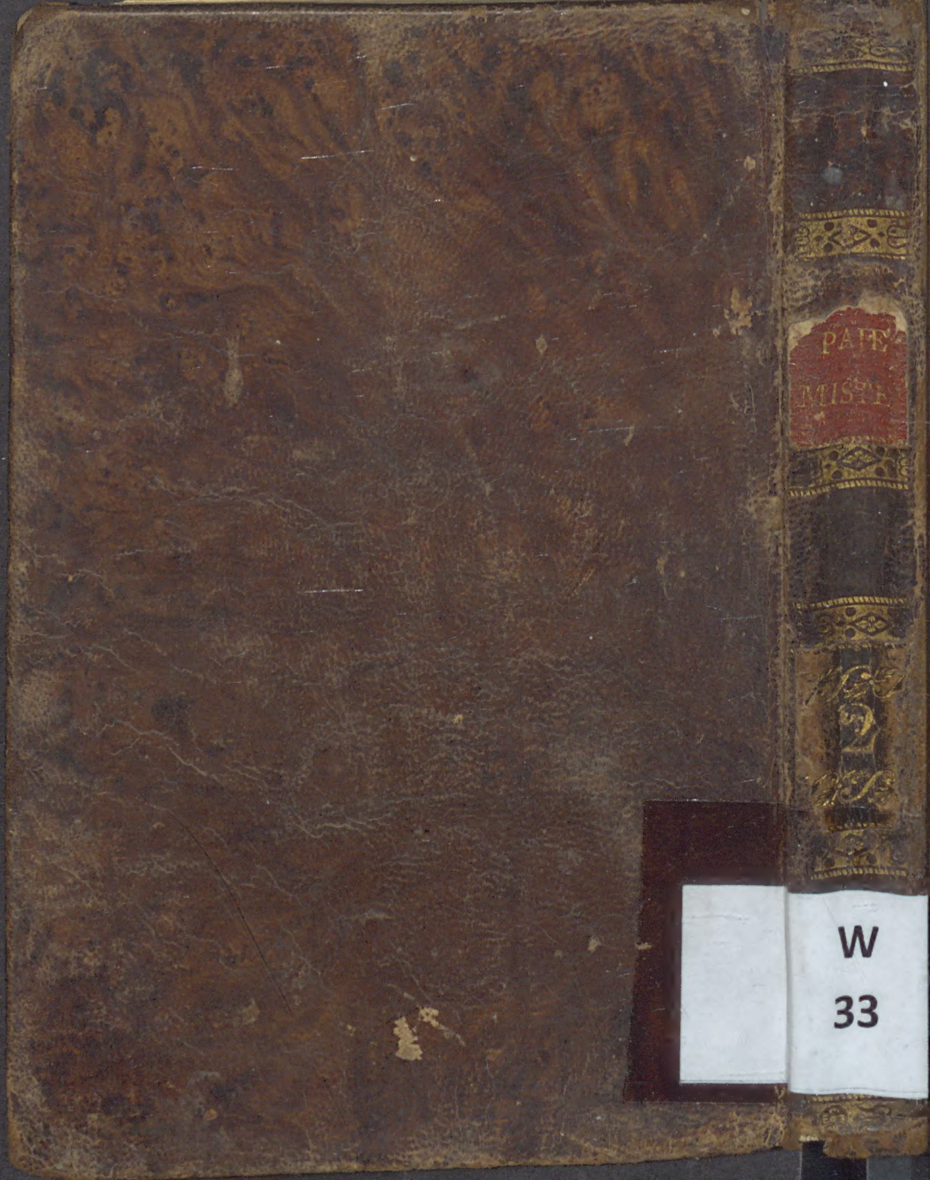
¿Será sin duda la hija del señor Conde de Almeida?

—«No es sino su pupila.

—«¿Qué decis?.... Mas no, yo me engaño sin duda.... Á Dios, señor Marques, aguardo con impaciencia el momento de poder hablaros."

Dicho esto se separó el padre Ambrosio, y Don Luis se dirigió á casa de Almeida, en la que entró triste y abrumado de mil funestos presentimientos.


UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600985029


W
33


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm